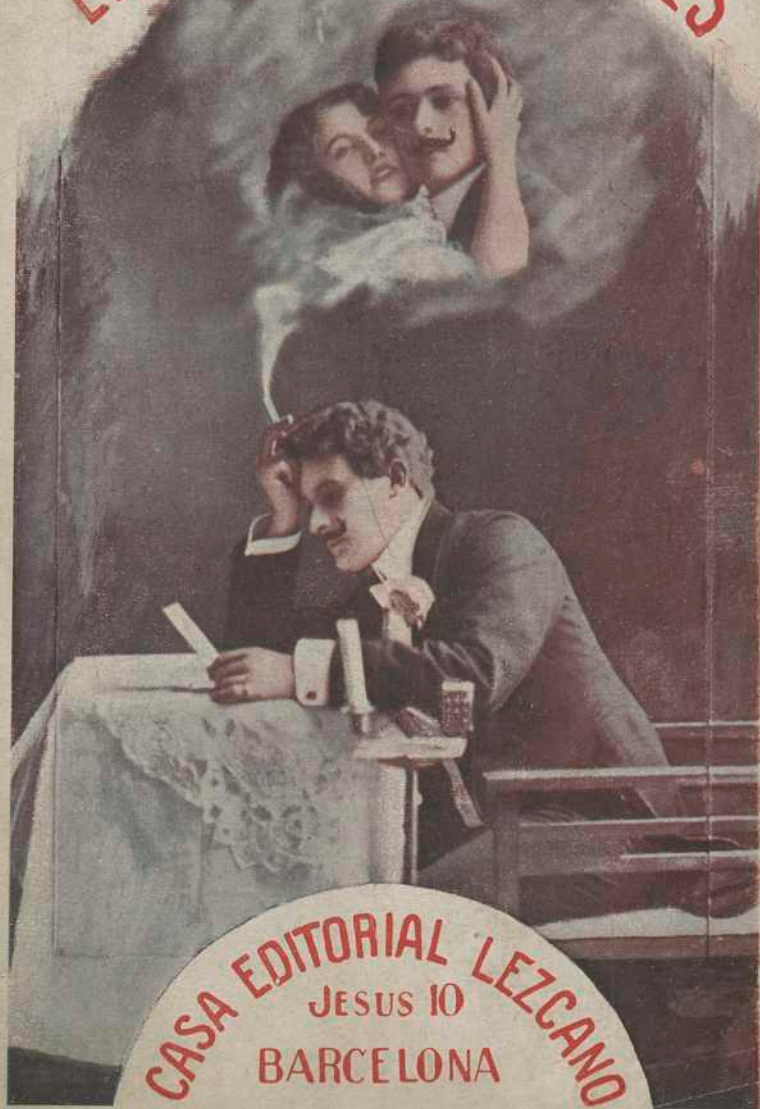
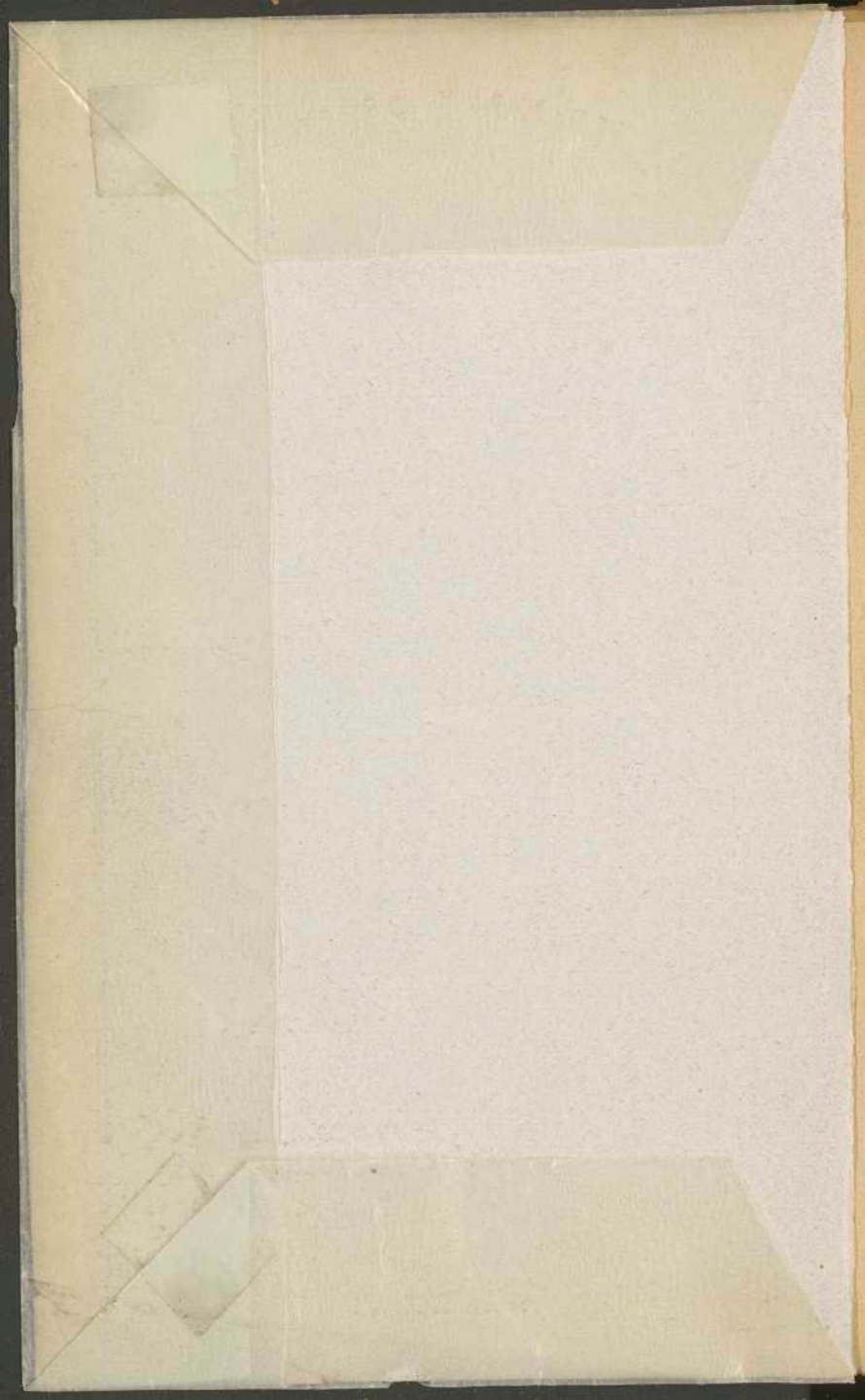


EL INFIERNO ^{DE} LOS HOMBRES

POR I.A.



CASA EDITORIAL LEZCANO
JESUS 10
BARCELONA



SP-137

Biblioteca Tragi-Romántica

EL INFIERNO
DE LOS HOMBRES

(NOVELA ORIGINAL)

por I. A.



CASA EDITORIAL LEZCANO

Calle Jesús, 10 : BARCELONA

ES PROPIEDAD. — QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE MARCA LA LEY

R. 16511



L IN

En
una d
reuni
pas,
vene
un c
dor
acc
sal
m
in
y



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIQUEÑOS

BIBLIOTECA



EL INFIERNO DE LOS HOMBRES

I

Opiniones diversas

En el mes de diciembre de 1897 y junto a una de las mesas del café de Fornos, veíanse reunidos tomando unos pastelitos y unas copas, a eso de las dos de la madrugada, tres jóvenes, como de veinticinco años de edad, y un caballero anciano que debía andar alrededor de los sesenta. Todos ellos eran amigos, y acostumbraban a reunirse en dicho sitio al salir de los teatros, sitio en que don Guillermo, que así se llamaba el anciano, hallábase invariablemente desde las diez de la noche leyendo periódicos y bebiendo cerveza.

Llamábanse los jóvenes, Germán Labastida, Luis Dominguez y Alfredo Tamarit, y los tres pertenecían a la alta aristocracia madri-

leña. Labastida era doctor en letras; Dominguez, doctor en medicina, y Tamarit, Doctor en leyes, pero el único que ejercía, y eso por mera distracción, era Labastida, el poeta romántico como le llamaban sus compañeros; en realidad, ninguno necesitaba utilizar los conocimientos de su profesión para vivir con fastuosidad y esplendidez, gracias a la fortuna de sus padres respectivos.

La amistad de dichos jóvenes databa de su más tierna infancia. Los tres habían recibido su primera educación en el mismo colegio en clase de internos; los tres habían cursado al mismo tiempo el bachillerato, y los tres habían hecho luego los estudios superiores en la misma Universidad, y como quien dice, con el mismo aprovechamiento, y como los tres giraban en el mismo círculo social, de ahí que su amistad fuera íntima, a pesar de sus distintos caracteres y de sus diferentes ideas.

Labastida era un soñador impenitente, con el alma llena de ilusiones, que todo lo veía en el mundo de color de rosa: juzgando a los demás por sí mismo, apenas columbraba las flaquezas del corazón y las miserias humanas, que tenía por raras excepciones en el concierto social: sus ideas eran levantadas y nobles; su proceder, correcto; su caballerosidad, nunca desmentida. Mariposa de alas explén-

didas, había revoloteado hasta entonces de flor en flor aspirando su delicioso aroma, sin que sus alas se hubieran quemado en el fuego de una pasión, porque, como él decía, aún no había encontrado el ideal de sus sueños para convertirlo en realidad esplendorosa de su existencia.

Dominguez por el contrario, era un excéptico; acostumbrado a operar sobre los cuerpos humanos en la clínica, su escalpelo no había tropezado nunca con el alma, sino con las vísceras, ni había dado con la cavidad en que aquella pudiera residir. Para él no existía el alma, sino el espíritu vital, el calor como fuente de la vida. Consideraba al ser humano coma una máquina movida por el resorte del estómago, a la que se le daba cuerda por medio de la alimentación. Cría que las pasiones eran hijas exclusivas del temperamento, más o menos sanguíneo, más o menos nervioso, y de las exigencias de nuestra naturaleza animal, más o menos imperiosas, más o menos extravagantes, y que el amor no existía tal como los idealistas lo imaginaban.

Tamarit no era ni romántico ni excéptico: creía en todo porque sí, como los católicos creen en los misterios de la religión, por la virtud de la fe, y no se tomaba el trabajo de profundizar ni de discurrir en materias tan

hondas. Convencido de no ser el llamado a resolver los áridos problemas de la vida y de la muerte, se contentaba con saborear lo agradable y esquivar lo que pudiera producirle disgustos, no se preocupaba de dónde venía ni a donde iba: únicamente se preocupaba de hacer su camino lo mejor que pudiese sin faltar a los preceptos del código social, ni incurrir en las faltas y delitos que tienen sanción expresa en el código penal. Era uno del montón, uno de tantos hombres como discurren en el mundo, felices o desgraciados, según las circunstancias.

Don Guillermo era un coronel retirado; hombre de sesenta años sobre poco más o menos, que vivía de su retiro, sin familia, solo en el mundo como los hongos en el campo, serio siempre, siempre reservado, asiduo concurrente del café de Fornos tarde y noche, bebedor inllenable de cerveza, sin que las libaciones ennegrecieran su fisonomía ni alegrasen nunca sus ojos. Correcto en sus formas, distinguido en sus maneras y avaro de palabras parecía guardar religiosamente algún secreto de su corazón.

La amistad entre el coronel y los tres jóvenes fué elaborándose insensiblemente. Aquél ocupaba siempre la misma mesa, y éstos iban, por lo común, a tomar asiento en la

inmediata cuando salían del teatro. La continuidad hizo que empezaran por saludarse, y la circunstancia de no encontrar los tres jóvenes cierta noche mesa alguna desocupada, los acercó y fué la causa determinante de unas relaciones que, si superficiales en un principio, se estrecharon luego con los lazos de la simpatía, hasta el punto de formar los cuatro una *peña*.

La noche en que presentamos a nuestros lectores á nuestros cuatro amigos, sostenían éstos una discusión bastante animada propósito de la mujer, de esa hermosa mitad del género humano, y, como siempre y dado el carácter de cada uno, las opiniones eran distintas.

—La mujer—decía Labastida—es lo más hermoso de la creación.

—O lo más feo—replicó Dominguez—según como se la mire.

—Míresela como se quiera, siempre resulta hermosa.

—¿Crees tú que una suegra puede serlo?

—Nada hay tan destructor ni tan terrible como el rayo, y sin embargo, el rayo tiene su belleza y su grandiosidad innegables.

—Ya te remontas, como de costumbre, a las esferas de la poesía.

—Y tú caes, como de costumbre, en los abismos de la prosa.

—Todo eso consiste —dijo Tamarit,—en que cada uno de vosotros vé las cosas a través de un prisma distinto: quitaos de los ojos los cristales, y veréis las cosas tales como ellas son.

—¿Cómo las ves tú, no es eso?

—Exactamente, como las veo yo, que no soy ni poeta ni excéptico.

—¿Y qué juicio es el que tienes formado tú de la mujer.

—El que tiene formado de ella la generalidad de los hombres; que unas veces hace nuestra felicidad y otras labra nuestra desventura; que no podemos prescindir de ellas nunca, y que la mejor manera de no perder en el juego del amor, es hacer el mayor número de bazas que se pueda, buenamente.

—Siempre tan vulgar en tus apreciaciones y en tus ideas. Luis, siquiera, tiene opiniones radicales, pero tú.....

—Yo no me separo del justo medio como vosotros.

—¿Y has sido muy feliz hasta ahora?

—No, pero tampoco he sido desgraciado.

—Yo bendigo a las mujeres con toda mi alma—dijo Labastida—ellas son para mí la

inspiración, el encanto de mis ilusiones, el ídolo de mis sueños.

—Yo, ni las bendigo ni las maldigo: las juzgo un instrumento más o menos melodioso, más o menos ingrato, según los elementos que predominan en su organización, y lo pulso á ratos, para distraerme únicamente. Si yo fuese poeta como Germán, diría, después de examinarlo someramente, que:

al tono de él con suavidad me ajusto,
y allá van notas donde va mi gusto.

—¡Descreído!

—Nada de eso: materialista si te place.

—Y usted, coronel, ¿qué dice de ésto?—
preguntó Alfredo.

El Coronel, que había estado escuchando toda la discusión sin intervenir en ella en forma alguna, sacudió pausadamente la ceniza del cigarro habano que fumaba, y contestó como reconcentrándose en sí mismo:

—Que el amor existe, pero que no es la mujer el paraíso ni el infierno del hombre, sino en casos rarísimos. Ese paraíso o ese infierno, reside en nuestras propias aspiraciones, en nuestros propios deseos, en nuestra naturaleza propia, en la gran influencia que los años ejercen en nuestro organismo físico, y en la poca influencia que ejercen en nuestro ser moral: en una palabra, en que el cuer-

po envejece con los años y el corazón permanece en eterna juventud. La memoria es el factor más importante de la dicha o de la condenación del hombre; los recuerdos son los que más alegran ó entristecen su espíritu, los que de manera más poderosa sostienen ó minan los últimos años de su existencia.

—Si no temiera ser indiscreto, me permitiría hacerle a V. una observación,—dijo Labastida.

—Hágala usted.

—Que debe V. haber amado mucho.

—Algo.

—Y si yo no temiese contrariar a V.—dijo Tamarit,—me permitiría pedirle un favor.

—¿Cuál?

—Que nos refiriese V. la historia de sus amores, haciendo en ella las salvedades que estime conveniente.

—La historia de mis amores es tan vulgar, que no merece narrarse, siquiera llene cuarenta años de mi vida; mas, puesto que ustedes desean conocerla y el tiempo no nos corre, ármense de paciencia, y escuchénme.

II

El amor del coronel

—«Tenía veintidos años cuando fui destinado de teniente a uno de los regimientos de guarnición en Sevilla.»

«Era yo entonces un soñador, un poeta, un romántico en toda la extensión de la palabra, y al pisar por primera vez el suelo de Andalucía, al respirar el aroma impregnado de azahar de aquellos paseos exhuberantes de vegetación y de aquellos patios espléndidos de hermosura, y al contemplar el azul purísimo de aquel cielo, me sentí como en mi centro porque allí la vida se resbalaba con la placidez de un sueño, o mejor dicho, porque:

allí era un sueño para mi la vida.»

«Amé a Amparo, niña gentil de diez y siete primaveras, nacida al arrullo del susurrante Bétis; de fantasía caldeada por el sol de aquella tierra, y de corazón que parecía formado por la condensación de antos y tan preciados aromas como saturan la atmósfera de los verjeles andaluces.»

Nuestro amor fué un idilio en tanto que

los padres de Amparo, que acerca de ella tenían proyectos preconcebidos, no se enteraron de él; pero luego se convirtió el edilio en odisea.»

«Sobrevino en esto la guerra de Africa, y allá fui con mi regimiento.»

Escribí á mi amada, pero inútilmente; no obtuve contestación suya.»

«Cuando regresé de Africa, orgulloso con mi empleo de capitán, pedí un mes de licencia, y me fui á Sevilla en alas del amor y de la impaciencia... ¡Inútil viaje también! Nadie supo darme razón del paradero de Amparo.»

«Hago aquí un paréntesis, y me traslado con mi historia al año 1874.»

«La guerra civil ardía en casi toda España.»

«Tras los sucesos cantonales, se había recrudecido la rebelión carlista en las provincias del Centro y del Norte.»

«En las vertientes de San Pedro Abanto se luchaba con encarnizamiento.»

«Y allí fui destinado con mi batallón, del cual era comandante.»

«Al pasar por Zaragoza, recibimos orden para detenernos tres días en dicha ciudad al objeto de cambiar el armamento.»

«Después de acuartelar la fuerza y de pre-

sentarme a las autoridades, me retiré a mi alojamiento á descansar.»

«Calculen ustedes cual sería mi sorpresa y hasta qué punto rayaría mi asombro cuando, al saludar a la dueña de la casa, me encontré con Amparo.»

«Sí, con Amparo, que de niña gentil, se había transformado en la más arrogante y hermosa de las mujeres.»

«En la plenitud de su edad, treinta y un años; en el período álgido de su hermosura, Amparo, á quien llevaba grabada en mi corazón como un ángel, me pareció una diosa.»

«Mi corazón, dormido, insensibilizado hasta cierto punto, dió un salto en mi pecho: ella, por su parte, se puso lívida al reconocerme, y luego, luego... roja como las amapolas, se arrojó a mis brazos.»

«Y era que, tras catorce años de no vernos, de no saber uno de otro, nuestros corazones latieron al mismo compás y nuestras almas se fundieron de nuevo en una sola.»

«El idilio, interrumpido por la mano de la fatalidad y por la acción del tiempo, se reanudó con toda la fuerza de expansión imaginable; y los tres días que permanecí en Zaragoza, me creí transportado al quinto cielo.»

»Y aquí me veo en la necesidad de abrir otro paréntesis de diez y nueve años.»

»En ellos no volví á saber de mi querida Amparo, por más que hice; quiza su esposo — me decía yo — se haya trasladado á otra región de España; quizá se haya ido con ella al extranjero. En cuanto a mí, terminada la guerra con los partidarios de don Carlos, me fuí á Cuba donde residí algunos años: después, y siendo ya coronel, tomé el retiro y me establecí en Sevilla.»

»La imagen de Amparo no se borraba ni por un solo instante de mi corazón ni de mis ojos: ora la veía ángel candoroso como en sus primeros tiempos, ora diosa deslumbrante y enloquecedora como cuando volví á encontrarla, pero enamorada siempre, siempre hermosa.»

»No paré hasta conseguir alquilar la casa frontera á la en que ella había vivido en 1860, y allí, evocando dulcísimos recuerdos viviendo de ilusiones y conllevando con resignación mi asma y mi reuma, pasé hasta el verano de 1893.

»Mi médico se empeñó en que debía tomar las aguas de Panticosa, y, aunque no podía desprenderme de mi casita ni del placer de contemplar la de enfrente, me resigné a hacer el viaje.

»Desde Madrid, hasta donde llegué solo en un departamento de primera, hice el camino acompañado de un caballero y de una señora, matrimonio al parecer, quienes por el entusiasmo con que hablaban de Zaragoza y de la Pilarica, y hasta por el acento y por los modismos que al hablar empleaban, se conocía que eran de las riberas del Ebro.

»Pero cuando les oí hablar de su casa situada en el paseo de Santa Engracia, precisamente en donde Amparo habitaba ó había habitado en otro tiempo, no pude contenerme y les pregunté por ella.

»—Vive—me contestó el marido—y es vecina nuestra.

»—¿Es feliz?—le pregunté.

»—Todo lo contrario. ¡Si supiera V. cuánto ha sufrido la pobre!

»—Cuenta V , cuenta V.—le dije.

«—Hace diez y nueve años, hizo su esposo un viaje á Madrid, que duró quince días, y, al regreso, supo que habían tenido en su casa un alojado, cosa que nada tenía de particular; pero no sé cómo ni de qué modo averiguó que el tal alojado había sido novio de Amparo antes de que ésta se casara, y desde que tal averiguación hizo, la casa fué un infierno: los celos le dominaron de tal suerte, que hasta su fallecimiento, acaecido hace tres años, Am-

paro ha sido una mártir. Si usted la viera, no la conocería.

»—Y la verá probablemente—dijo la joven completando el pensamiento de su esposo—porque es fácil que vaya con mamá á la estación á recibirnos.

»Desde aquel instante me sentí otro, parecía que mis achaques me abandonaban. El espíritu triunfaba de la materia.

»¡Iba a verla de nuevo, iba a realizar mi sueño de diez y nueve años, precisamente cuando menos fácil y posible lo creía!

»Entramos en el andén: mis ojos, ávidos de tropezar con los de mi adorada Amparo, con el único amor de mi vida, con el ídolo de toda mi existencia, investigaron rápidamente la doble o triple fila de personas que esperaban la llegada del tren, y no la hallaron.

»Y estaba allí, sin embargo, al lado mío, sin que de su proximidad me percatara, no obstante eso que se dice de las corrientes magnéticas.

»—Doña Amparo: aquí tiene usted un caballero que la conoce y que ha demostrado vivo interés en volverla a ver—dijo mi compañero de viaje, y volviéndose hácia mí añadió:—Aquí tiene usted á su amiga doña Amparo.

»Sí, era ella, era Amparo la dama que tenía ante mis ojos, pero ¡cuán distinta su imagen de la que yo conservaba fija en mi mente!

»Había enflaquecido mucho; su rostro estaba lleno de arrugas; sus ojos se habían apagado, su cabello había encanecido.

»Quiso hablar y no pudo. Al reconocermé, sus palabras brotaron en lágrimas por sus ojos: yo sentí que se me anudaba la garganta.

»—¡Amparo!—fué lo único que pude articular.

»La campana de la estación y la voz de «Señores viajeros, al tren» cortó aquella escena muda y desgarradora.

»En los quince días que estuve en Panticosa, reflexioné profundamente.

»Mi último encuentro con Amparo me había hecho un daño horrible: seguía amándola con toda mi alma, pero mi desilusión había sido completa.

»Amaba en ella su corazón, sus pensamientos, su alma; pero había cedido ante mis ojos el prestigio de su hermosura.

»Hubiera preferido no haberla vuelto a ver en toda mi vida, a verla despojada de la espléndida belleza con que la tenía estereotipada en mi retina: no había echado cuenta

de que los años no pasan en balde por nosotros.

»Reflexioné, como he dicho, profundamente, y, al regresar de las aguas, me detuve un día en Zaragoza para ver a Amparo y preguntarle si quería ser mi esposa.

»Gracias—me dijo—tu proceder me demuestra lo noble que eres; pero juzgando por mis sentimientos los tuyos, creo que a los dos nos conviene no volvernos á ver. Dame tu retrato de hace veinte años, toma el mío de aquella fecha, y figurémonos que nuestro encuentro de ahora no ha sido más que un sueño. De esta manera será posible que nuestra ilusión subsista y que aún gocemos momentos de ventura, ya que nuestro amor flota sobre la materia de nuestros cuerpos.

»Nos separamos.

»Desde entonces me establecí en Madrid, donde hago la vida que ustedes ven, esto es: en mi habitación, entregado á mis recuerdos. mientras éstos son halagadores, y en el café ahogándolos en cerveza, cuando son tristes.»

—Pero, don Guillermo—le dijo Tamarit cuando el coronel hubo concluído su relato—ese romanticismo de usted no es propio de los tiempos que corren.

—¿Acaso soy yo de esta época?—replicó el coronel con cierta acritud, y luego, levantán-

dose y despidiéndose de sus amigos con una inclinación de cabeza, salió del café sin añadir palabra.

—Ahí tenéis un hombre—dijo Dominguez cuando aquél se hubo marchado—que lleva un infierno en el corazón.

—Sí, pero con resplandores de luz—objetó Labastida.—El coronel es feliz en medio de su desgracia.

—O desgraciado en medio de su felicidad, que no es lo mismo—objetó Tamarit.

—El coronel es un ser tan extravagante como vosotros, que creéis en el amor y lo tenéis por artículo de fe—dijo Dominguez.—El amor no existe, lo que existe es el erotismo, la pasión voluptuosa, la necesidad de la mujer para el hombre y del hombre para la mujer, la función procreativa inherente á todos los animales.

—¿Según eso no has sentido latir tu corazón por mujer alguna?

—Ni lo sentiré latir nunca.

—Eres un desgraciado,—le replicó Labastida con acento conmisericordioso.

—No sabemos quien de ambos lo será más—le replicó Dominguez—si tú, que no desciendes nunca de las esferas de lo ideal, ó yo que jamás me remonto á ellas.

Infierno de los hombres 2

—El tiempo lo dirá.

—Al tiempo me remito.

—A la salud del que de nosotros sea más venturoso en el término de cinco años,—dijo Tamarit poniéndose de pie y levantando su copa llena de aromático Jerez.

—Sea,—le repuso Labastida imitándole.

—Sea,—exclamó Dominguez.

Los tres jóvenes chocaron alegremente sus tres copas, las apuraron de un trago, y minutos después obandonaron el café de Fornos y se dirigieron á sus respectivas casas.

III

Error irremediable

Había entrado de lleno el verano de 1902, y la sociedad aristocrática de Madrid y de casi todo España central, había emigrado hácia los puertos de la península y las costas meridionales de Francia, tanto por gozar de las frescas brisas del mar, cuanto por rendir culto á la costumbre establecida por la moda entre la gente adinerada.

Era una hermosa y espléndida mañana del

mes de julio, una de esas mañanas deliciosas que forman el encanto de los que veranean en San Sebastián, en la perla española del mar Cantábrico. La brisa que apenas soplabá de la parte de tierra, rizaba ligeramente la superficie de las aguas e iba a confundir en ellas, con las emanaciones salinas, el aroma de los bosques que rodean a distancia la «concha» paseo obligado de todos los bañistas. El sol parecía enviar en sus oblicuos rayos millones de doradas chispas que se difundían por la azulada atmósfera, y los pajarillos piaban alegremente en las ramas de los árboles exuberantes de hojas.

Lo agradable de la temperatura, lo hermoso y variado del paisaje, el soplo de la brisa, el trino de los pájaros, el fondo luminoso de la atmósfera, todo contribuía a alegrar el ánimo y a mantener la sangre en ese estado de dulce irritación que evidencia la plenitud de la vida y que determina el ansia de sus goces y de sus placeres.

Paseando por la concha en dirección a Miramar, á pocos pasos de donde las apacibles olas iban a deshacerse sobre la arena en sonrisas de espuma, y llevando del brazo a una joven de indiscutible hermosura, iba uno de los cuatro amigos, cuya presentación hicimos a nuestros lectores en el primer capítulo, el

poeta Germán Labastida, el optimista, el soñador, el hombre más feliz del mundo hasta poco tiempo antes, según él mismo decía.

Germán había encontrado su tipo, su ideal, su perla, sólo que, en vez de hallarse escondida entre conchas de nácar, la había hallado semi-oculta en las abruptas montañas de la provincia de Gerona, en un pueblecito casi separado de todo comercio con el mundo a donde él fué a pasar quince días para dedicarse á la caza, invitado por un amigo suyo: era una perla, pero ¡qué perla!

Emilia, que así se llamaba la joven, tenía veinte años cuando la conoció Labastida, y, sin ser una hermosura perfecta, era de una belleza sugestiva, montaraz, semi salvaje, una de esas bellezas que caldean la sangre más linfática y transtornan la imaginación menos romántica.

Hija del primer contribuyente del pueblo, alcalde perpétuo del mismo, y hombre que con su gramática parda, a falta de instrucción, le daba cien vueltas al más conspicuo, no había salido casi nunca de aquellos andurriales y que conocía a Gerona por haber estado en ella seis veces, y a Barcelona por haber ido una sola vez a la capital del principado por las fiestas de la Merced.

No carecía Emilia de ingenio ni de cultura

relativa; pero no pasaba de ser una señorita de pueblo, y de pueblo pequeño y arrinconado.

—Es un diamante en bruto—pensó Germán cuando la conoció—y es lástima, porque es sobradamente hermosa, y me gusta.

Nada más dado a sueños que la imaginación de los poetas. Germán soñó que aquella criatura, que se le había metido por los ojos, era la llamada a hacer la felicidad de toda su vida, y en fuerza de pensarlo se lo llegó a creer, y la imagen de Emilia, que empezó por deslumbrar sus sentidos, acabó por metérsele en el alma y por grabarse en ella con caracteres imborrables.

No era Labastida romo de entendimiento ni carecía de mundo. Con sus treinta años, su educación esmerada, sus estudios y su trato de gentes en el gran mundo, no podía desconocer que si Emilia era sugestivamente hermosa y de imaginación despierta, ni por su instrucción ni por sus maneras estaba a la altura de él ni de la sociedad que él frecuentaba, y esto le hizo contenerse en sus ímpetus y reflexionar hondamente.

Algo más tenía Emilia que no se compaginaba con el carácter de Germán, y era su prosaismo. No es decir que no le gustaran los versos, por lo que tienen de armónicos y por

que las flores contenidas en ellos recreaban sus oídos, pero nada más que por eso. Las ideas elevadas, los pensamientos sublimes, eran para ella música alemana, música tan honda que no llegaba a comprender. Acostumbrada a llamar al pan pan y al vino vino, no entendía una palabra de inspiración ni de metro, de Musas ni de retórica; pero ¡era tan hermosa, era tan provocativa, era tan atractiva!

Germán mantuvo consigo mismo una lucha tremenda. Su razón combatió contra su lirismo de una manera desesperada y quizá hubiera resultado vencedora sin una circunstancia tan casual como desgraciada. Una tarde en que cazaban juntos él, su amigo y el alcalde, resbaló al pasar por un breñal y dióse, al caer, tan fuerte golpe en la cabeza, que perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, se halló tendido en una cama en casa del alcalde, a la cual lo habían llevado en unas parihuelas improvisadas, por ser la más próxima, y asistido por Emilia que se desvivía cumpliendo las prescripciones de uno que había sido practicante y que ejercía las funciones de médico en la localidad, por no haberlo en ella.

Los golpes en la cabeza, o tienen consecuencias funestas e inmediatas, o se curan

pronto. El que sufrió Germán le produjo amagos de congestión cerebral, pero fuese por lo robusto de su naturaleza, fuese por la eficacia del tratamiento y por el esmero de la asistencia, lo cierto es que los amagos desaparecieron al segundo día, y que el cuarto pudo levantarse ya de la cama y sentarse en un sillón, aunque con la cabeza vendada.

En aquellos cuatro días ni se desnudó Emilia ni descansó un momento. Diligente y solícita, como quien no hace otra cosa que cumplir el más rudimental de sus deberes, ella fué la que veló al enfermo, le administró las medicinas y le dió los caldos ordenados por el practicante, sin consentir que en la habitación entrase criada alguna.

Tal solicitud cautivó al enfermo e interesó vivamente su corazón. La gratitud, surgiendo en terreno abonado ya, para un afecto más íntimo, se convirtió pronto en amor, y como el amor es ciego, o por lo menos ciega, no tardó en ponerle una venda sobre los ojos para que dejase de ver los defectos que en la joven había notado, y otros que ésta había tenido el talento natural de no dejarle ver; que eran su ambición y la rebeldía de su espíritu.

Hombre enamorado, hombre perdido, porque si el amor es el acicate más poderoso para empujar algunas veces al hombre y encum-

brarlo a las altas esferas de la poesía o del arte con mucha más frecuencia lo entontece y le hace cometer faltas y torpezas que no siempre tienen posible remedio.

Labastida no vió ya en Emilia sino una diosa por su belleza y un ángel por su bondad y por sus caritativos sentimientos. Si algún defecto pudiera tener, sería de un orden secundario, y la perspicacia de la joven de una parte, y de otra las lecciones que él le diera, le harían desaparecer bien pronto, sin dejar rastro alguno de su existencia.

Hecha esta reflexión, ya no vió Germán ante sí más que horizontes de color de rosa, caminos sembrados de flores, el mundo convertido en espléndido verjel saturado de aromas deliciosos y alegrado por los rayos de un sol, siempre primaveral, siempre risueño.

Acordóse del brindis que cuatro años antes propuso su amigo Tamarit y que él y Dominguez aceptaron, y se sonrió con placer inefable. Los tres seguían aún solteros, pero ninguno de ellos había llegado aún a la meta, los tres seguían persiguiendo la plenitud de su felicidad, y él, únicamente él, la tenía ya al alcance de la mano: él, según todas las probabilidades, era el llamado a batir el *record* de aquella felicidad.

Todas las dudas desaparecieron de su men-

te con los amagos de la congestión, pero, al desaparecer las dudas y los temores surgieron en su pecho. ¿Sería correspondido por Emilia? ¿aceptaría ésta su amor? ¿querría ser su esposa? Todo era de temer dado el carácter selvático de la joven, que Germán calificaba tan duramente.

Pero no era Germán hombre de tan poco mundo ni de carácter tan apocado, que no se atreviera a arrostrar el peligro de una repulsa, ni carecía de habilidad para insinuarse de modo que su dignidad no se viese comprometida, así es que, tanteó primeramente el terreno, y no se declaró en toda forma, hasta que tuvo grandes probabilidades de éxito.

Emilia no recató su alegría al escucharle: aunque lugareña, era mujer, y, sin que nadie la hubiese enseñado, sabía leer en el corazón del hombre, y había leído en el de Germán, como en un papel de música, toda la sinfonía del amor que aquél llevaba escrita en su pecho, y se alegró de oírla. No amaba a Germán, si por amor se entiende esa impresión arrobadora, ese ardoroso sentimiento que precipita el curso de la sangre por nuestras venas y que funde en una dos almas distintas; pero le gustaba el joven; le era agradable y simpático, sobre todo, cuando no se dejaba arrebatar por fantasías quiméricas; tenía buena po-

sición, era rico: vivía en la corte, y todo esto le dejaba entrever un porvenir de sedas y encajes, teatros y fiestas, algo así como un mundo nuevo y desconocido para ella, superior aún al que en Barcelona había entrevisto y admirado en los ocho días que estuvo en ella.

El *sí* pronunciado por los encendidos lábios de Emilia, fué para Germán la nota más deliciosa que había oído en su vida: la Barrientos no la hubiera podido dar mejor ni más limpia con su garganta de ruiseñor. Germán creyó que era la que los ángeles dan al descorrer las cortinas del celestial paraíso para que en él entren las almas de los bienaventurados.

El enlace se efectuó en el pueblo dos meses después, tiempo que el joven necesitó para poner casa en Madrid y arreglar todos sus asuntos. Recibida la bendición nupcial, los recién casados tomaron el tren de Francia, que pasaba por un pueblo no distante, y se fueron a disfrutar en Italia su luna de miel.

Las pasiones están sujetas a la misma ley que rige las cosas materiales, y si en algunos casos no parecen estarlo, consiste en la falta de tiempo: se generan, crecen, llegan a su apogeo, decrecen y se extinguen. Nada más intenso que el dolor que a una madre le causa

la muerte de un hijo, y, sin embargo, ese dolor decrece, se amortigua, y con el tiempo llega á convertirse en un recuerdo melancólico, y á veces dulce. El amor ciega en su primer período; pero luego, la venda va cayendo poco á poco, y cuando el amor deja de ser una pasión, se trueca en un sentimiento de ternura, en una amistad íntima avalorada por los goces de la posesión.

Y eso fué lo que le ocurrió a Germán; prematuramente quizá, pero debido a causas naturalísimas, como eran, la diferencia de educación y la diversidad de caracteres. El supuso que aquellas diferencias, que juzgó pequeñas, se borrarían con el tiempo, y supuso mal; las diferencias, se acentuaron tan pronto como la sangre hubo recobrado su calor y curso naturales, y cuando la intimidad de la vida conyugal estableció entre ambos la confianza consiguiente.

La continencia, o mejor dicho, la cortedad impuesta por la novedad de lo desconocido, dió a Emilia, durante un mes, las apariencias de una dama distinguida, coartada por el rubor, pero pasado el mes, cuando se fué acostumbrando a su nueva vida y se fué familiarizando con cuanto la rodeaba, reapareció la lugareña semi selvática, bajo las sedas y las blondas que la cubrían.

Inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo Germán para desterrar de ella hábitos y costumbres inveterados. Los primeros consejos los escuchó Emilia sin protestar de ellos, pero al cuarto o al quinto, le dijo á su esposo:

—Chico: ya me cargas con tus sermones: déjame vivir a mi gusto: cuando te casaste conmigo ya sabías como yo era, y si no te gustaba, no te debiste casar.

Aquel desplante y los muchos más que le siguieron, demostraron a Germán que había cometido una sensible equivocación al enlazarse con Emilia, pero lo que más disgusto le produjo, fué el prosaismo que empezó a notar en su mujer.

—Mira—le dijo un día ésta—no me vuelvas a llevar a la ópera, porque no entiendo una palabra de lo que dicen y la música me da sueño: lo que a mí me gusta son los bailes y las comedias, los sainetes sobre todo. Los versos me aburren también; son como la música, me dan sueño.

—Pero mujer—le arguyó él con melancólica dulzura—¿cómo es posible que no te guste la música, si la música, doméstica hasta las fieras?

—La fiera serás tú—le replicó ella con voz irritada y le puso morros por unos días

Cuando las cosas no tienen remedio, lo

mejor de todo es llevarlas con resignación y sacar de ellas el mejor partido posible, y eso fué lo que hizo Germán. Que su mujer era hermosa, no podía negarse, y bien convencido estaba él de ello; que era buena, lo creía como artículo de fe; que estaba enamorada de él, lo suponía con motivos más o menos fundados: la única falta que le encontraba y que con el tiempo y la constancia aún esperaba borrar, era su ordinariez. Después de todo, aquella falta no era tan evidente en sociedad como en la vida íntima, tal vez porque Emilia juzgara que en el hogar huelgan los refinamientos de todo género.

Cuando después de su correría por Italia se instalaron en Madrid, fue cuando Germán apuró las heces del cáliz de la amargura: su mujer, ni se había corregido, ni se había enmendado. Vulgar en sus maneras, y no menos vulgar en su decir, lo mismo le plantaba una fresca al lucero del alba, que se reía en las barbas de un capuchino, y cuando su esposo le amonestaba por ello, solía contestarle:

—Mira, no me sermonees: hago lo que me da la gana: esa gente es estúpida: todos parecen muñecos de feria: no te parezcas tú á ellos.

Convencido Germán de que todo cuanto

hiciera sería tiempo y trabajo perdidos, acabó por bajar la cabeza y resignarse con su suerte, es decir, con el ridículo que pesaba sobre él por la detestable educación de su esposa, no por otra causa.

—Oye, chico—le dijo ella al acercarse el estío.—Todos nuestros amigos se van a pasar el verano a las orillas del mar, porque dicen que aquí hace mucho calor, y yo quiero que nos vayamos también nosotros.

—Como quieras,—le contestó él—nos iremos a Alicante.

—No, no: a San Sebastián, que es a donde va la gente encopetada: en donde esa gente se mete en remojo, bien puedo meterme yo.

Y Germán no tuvo más remedio que ceder y buscar un piso en San Sebastián para él y su señora, pues no quiso ésta ir á ninguna fonda ni casa de huéspedes.

—Me cargan las fondas: nunca ponen *monchetas y arengadas* en la mesa, que es lo que más me gusta—le dijo con acritud.

IV

Un amigo como hay varios

Cinco meses hacía que se había casado Germán; y no solamente no se consideraba ya el más feliz de los cuatro amigos, incluyendo al coronel que en sus revueltas ideas llevaba escondido un infierno, sino que se juzgaba uno de los hombres más desgraciados de la tierra. Todas sus advertencias, todos sus esfuerzos, habían sido estériles; ni afanes ni solicitudes habían conseguido limar la áspera corteza de su esposa, y el diamante, como él decía, continuaba tan en bruto como cuando él se encargó de pulimentarlo: lo único que consiguió fué enagenarse, por su continuo sermoneo, parte del cariño de su mujer, y hacer que ésta perdiese su ruda franqueza y se hiciese solapada, e impenetrable a veces.

Nada hay más peligroso para los maridos que la reconcentración mental de sus mujeres. La mujer es comunicativa por naturaleza, y, cuando deja de serlo, es porque lo que piensa no es nada católico, nada plausible, nada favorable para aquel a quien se lo oculta, y hay que advertir que si son peligrosos

los ocultos pensamientos de la mujer romántica, son más peligrosos aún los de la mujer prosaica, por cuanto son, de ordinario, más materiales y no menos ejecutivos.

Emilia que, al conocer a Germán, vió a éste rodeado del doble prestigio del oro y de la gentileza en la comparación que hizo con cuantos hombres había tratado y conocido hasta entonces, fué poco a poco convenciéndose de que había en el mundo otros muchos que le aventajaban, bien en riquezas, bien en atractivos físicos, y hasta juzgó que le aventajaban todos en condiciones morales, por cuanto ninguno *la sermoneaba* como él, sino que por el contrario, todos se esforzaban en complacerla, ninguno la contrariaba, y no había desplante suyo que no fuese para ellos una gracia, una ocurrencia feliz, una sutileza de ingenio. Unicamente su marido juzgaba aquello como una vulgaridad reprensible, tal vez por su endemoniada afición a la poesía, afición que a ella se le hizo cada vez más repulsiva.

Tamarit y Dominguez, en su condición de íntimos de Labastida, habían sido tertulianos asíduos de éste durante los tres meses que el matrimonio había residido en Madrid. El coronel no le hizo en aquel tiempo más que dos visitas, cohonestando su retraimiento,

unas veces con sus achaques y otros con lo desapacible del tiempo, circunstancias que no le impedían, sin embargo, concurrir al café de Fornos.

A Dominguez, no obstante su escepticismo, le disgustó Emilia: la joven le hizo el efecto de una píldora de mal sabor envuelta primorosamente en pan de oro, para encanto de la vista y engaño del paladar. Dominguez no creía en la existencia del alma, sino en el conjunto de nervios y de vísceras, animados por el calor de la sangre; pero creía en la atracción moral, á la vez que en la atracción física de los seres, y no halló, para él, en Emilia esas dos atracciones poderosas.

Tamarit, por el contrario, tan separado del romanticismo de Germán como del escepticismo de Dominguez, pancista por temperamento, halló a Emilia deliciosa en todo, hasta en sus extravegancias, que calificó de genialidades; hasta en lo vulgar de su expresión, que tradujo por ingenuidad sencilla y ocurrente. A diferencia de Dominguez juzgó que la píldora, si alegraba los ojos por su envoltura espléndida, había de ser más rica aún al paladar por la aromática dulzura de su contenido, y se propuso convencerse de ello de una manera real y positiva.

Infierno de los hombres 3

Tamarit tenía formado un concepto muy raro de la amistad. Decía que, entre dos buenos amigos, todo debía ser común, así las penas como las alegrías, y puesto que él había tomado una parte activísima en el dolor de Germán, cuando murieron sus padres; y había confundido sus lágrimas con las de su amigo sobre las tumbas de aquellos, justo y natural era que participase también de su felicidad en forma análoga; pero tal reflexión no le obscureció la mente hasta el punto de que dejase de comprender que Labastida no opinaría del igual modo, y que, para realizar su pensamiento, tenía necesidad de obrar a espaldas de él.

Listo, porque lo era. exploró rápida y hábilmente los flacos de Emilia, y tardó muy poco tiempo en ganar, en el concepto de ésta, todo el terreno que Germán iba perdiendo con sus justas advertencias y sus ideas románticas, hasta que consiguió que Emilia, reflexionando a sus solas, se dijese:

—Este es el hombre que a mi me convenía por marido, y no el que tengo.

De otra parte, y colaborando inconscientemente con Tamarit, la sociedad acertaba las distancias entre ellos e iba allanando las sinuosidades del camino que ambos debían recorrer hasta verificar su conjunción, pues

nada hay tan sugestivo e incitante como los malos ejemplos, y ¡fueron tantos los ejemplos malos ofrecidos a su consideración, unos por el rumor social, otros por el maquiavelismo de Tamarit, y muchos de ellos por la inconsciencia de su marido!

—En mi pueblo—pensaba Emilia—eso sería cosa escepcional y censurable, pero veo que aquí es cosa corriente, y que nada tiene de particular; hasta parece que se ha puesto de moda. Después de todo, hacen bien las que tienen maridos posmas que las aburren con sus consejos impertinentes: de alguna manera se han de distraer.

No por eso dejó Emilia arrastrarse por tal reflexión: hay en toda mujer algo poderoso que la contiene y que aplaza su caída, algo que aún sin darse cuenta de ello le arguye en su conciencia por elástica que ésta sea. Emilia, a quien Tamarit fué simpático en un principio por lo distanciado que estaba de su esposo en ideas, se fué aficionando a él poco a poco y acabó por quererle más que a Germán, pero no solamente supo disimularlo, sino que supo contenerse en ciertos límites cuando Tamarit, seguro de la influencia que ejercía en el ánimo de Emilia, se le declaró en toda regla.

—Bien — le dijo ella — querámonos; pero nada más.

Y fué tal el acento con que pronunció aquellas palabras, que Tamarit no se atrevió a tirar más de la cuerda por temor de que se rompiese dado el carácter genial y selvático, de la joven.

Dícese axiomáticamente, que las cosas caen del lado a que se inclinan, y tal grado de inclinación había tomado aquella, que Tamarit juzgó la caída inevitable a plazo más o menos largo, y del lado suyo: lo único que necesitaba, era la virtud de saber esperar el momento oportuno, momento que no tardó en presentársele.

El demonio, que, por afinidad, parece mezclarse en esta clase de asuntos, hizo que entre los esposos surgiese una de esas pequeñas desavenencias que, como las nubes de verano, pasan en seguida, pero que en la ocasión aquella no pasó en menos de ocho días, por cuestión de amor propio de Germán, que, por primera vez, quiso mantenerse firme para ver si de aquel modo conseguiría lo que con dulzura y transigencia no había conseguido hasta entonces.

La temporal separación en que los esposos vivieron, sin demostrarlo en la apariencia, empezó a influir al cuarto día en la naturaleza de Emilia, y a manifestarse en sus nervios y en su sangre, irritables unos y otra por tem-

peramento, siquiera ella hiciese todo lo posible por ocultarlo.

Para Tamarit, que anduvo toda su vida a salto de mata, eran un termómetro los ojos de las mujeres, y no tardó en leer en los de Emilia la elevación de su temperatura. «Esta es la mía», debió decirse, y apretó el cerco de tal manera, que la plaza se le rindió sin defenderse apenas, casi sin cuidarse de dejar bien puesto el pabellón, y ¡cosa extraña! desde aquel día fué Emilia menos adusta e intransigente con su esposo; desde aquel día pareció escuchar y hasta seguir sus consejos; desde aquel día empezó a modificar, si no su carácter, las manifestaciones de él, procurando ser menos vulgar y menos prosaica.

—Dile a tu marido que te lleve este año a San Sebastián.—le dijo Tamarit.—El coronel, Dominguez y yo, hemos convenido pasar allí el verano, justo es que tú y yo lo pasemos juntos,—y ya hemos visto los argumentos que Emilia empleó para convencer a su esposo.

Este, desde que notó el cambio de su mujer, es decir, su mayor docilidad, empezó a respirar más libremente, como si del pecho se le fuera quitando poco a poco la losa del plomo que lo oprimía. Era para él indudable que su perseverancia, y la firmeza con que por una sola vez había procedido, habían determinado

el principio de una nueva era en su vida matrimonial, y su mente, siempre dada a los sueños, entrevió en lontananza los espléndidos horizontes de oro y de rosa que el prosaismo y la vulgaridad de su mujer habían cubierto con denso velo. ¡Cuán cierto es que el hombre no suele ver más allá de sus narices en todo cuanto con la mujer se relaciona!

No hay nada que haga a los hombros tan sociables y expansivos como el sentimiento de su propia felicidad, y desde el momento en que Labastida entrevió la suya, merced al cambio de conducta de su esposa, estrechó más los amistosos lazos que le ligaban a unos y a otros, y muy especialmente los que le unían a Tamarit, al consecuente amigo que más parte había tomado en sus penas, y que más parecía gozar en sus alegrías.

V

La pasión de los celos

El hotel en que Tamarit y Domínguez habían hecho reservar tres habitaciones, dos para ellos, y otra para el coronel cuando éste fuese a San Sebastián algo más adelante, estaba casi

completamente lleno de turistas, todos ellos pudientes, pues era uno de los más caros de la ciudad. Franceses, ingleses, alemanes, italianos y españoles confraternizaban en la mesa redonda, pero el espíritu de nacionalidad los había ido reuniendo por grupos, sin perjuicio de que la conversación se generalizara algunas veces. Entre los españoles, a más de los dos amigos, figuraba una familia formada por un matrimonio joven y dos niños, de la que debemos hacer especial mención.

Llamábase el marido don Guillermo Salazar, y era un propietario bien acomodado, natural de Andalucía, de treinta y dos años de edad, bien parecido y de educación correcta. Remedios, su esposa, tenía veinticinco años, y aunque, no subyugara por su belleza a primera vista, resultaba hermosa a poco que se la analizara detenidamente.

Ensalzados por los vínculos del amor seis años antes, sólo una nube pasajera había oscurecido momentaneamente el cielo de su felicidad y amenazado destruir la paz de la familia. (1) Solo un conato de infidelidad, de parte de Guillermo, que pudo tener fatales consecuencias, tuvo que lamentar Remedios; pero el arrepentimiento de su esposo fué sin-

(1) Véase *El Paraíso de las Mujeres*.

cero, y tan ejemplar después su conducta, que el cielo de la felicidad volvió a brillar para aquél matrimonio con sus más vivos resplandores, hasta poco tiempo antes de su ida a San Sebastián.

¿Tuvo Remedios fundados motivos para volver a desconfiar de su esposo? No, ciertamente, pero es ley natural que, cuando la mujer pierde una vez la confianza en su marido, no la recobre nunca en absoluto, y que cualquier ligero motivo o la mera presunción, basten a alterar su sosiego y a creer en infidelidades que tal vez no existen.

Y menos mal si la mujer, por la índole de su carácter o por el gran dominio que ejerza sobre sí misma, sabe y puede disimular sus celos hasta obtener la seguridad de que son fundados, que entonces, la misma razón de ellos justifica sus recriminaciones y sus lágrimas; pero cuando los celos carecen de fundamento, las lágrimas y las recriminaciones, al lacerar el corazón del esposo por lo injusto de la desconfianza, determinan el principio de una desviación real, de un disgusto que acaba, o por lanzarlo a él a infidelidades en que no soñara, o en convertir en un infierno la vida matrimonial.

Remedios, que amaba verdaderamente a su esposo, y que profesaba el principio de que

los celos eran hijos bastardos del amor, en cuanto imaginó que aquél le era infiel por segunda vez, se afligió sobremanera y dió al olvido lo de la bastardía de los celos: devorada por ellos, o no supo, o no tuvo fuerza bastante para contenerlos y comprobarlos, y tradujo su pena en acusaciones y lágrimas.

Inútil fué que Gillermo tratase de vencerla del error en que estaba; inútil fué que extremara con ella sus atenciones y las pruebas de su cariño, porque Remedios, recordando que su esposo nunca le escribió más cariñosamente ni estuvo más atento con ella que cuando en París, pretendía los favores de otra, juzgó que en aquél caso sucedía lo mismo, y no dió credito alguno a sus palabras y a sus acciones.

Y no es esto decir que los celos de Remedios no tuvieran alguna razón de ser. Guillermo era joven, guapo y tenía suficientes condiciones físicas y morales para ilusionar a cualquier mujer, y ¡hay tantas sirenas en el mundo que se complacen en cautivar a los hombres, especialmente si son casados, bien porque se enamoren de ellos, bien por capricho, bien por su perverso gusto, por la vanidad de hacerlos olvidar sus deberes y de arrebatárles el cariño de sus esposas!

Precisamente una de tales sirenas fué la

que suscitó los celos de Remedios; una joven, beldad, casada, de vida alegre y de virtud dudosa, a la que Guillermo no podía menos de tratar por la cuestión de intereses que le ligaba con su marido, conocido negociante en Sevilla. Felisa, que así se llamaba la joven, se encaparichó de Guillermo y empezó a coquetear con él de una manera tan poco velada, que pronto llegó a noticia de Remedios.

Aunque el hombre es tan débil que rara vez resiste a las tentaciones de una mujer bonita, Guillermo resistió a las de Felisa, no por virtud, sino por el miedo de que pudiera llegar a oídos de su mujer la infidelidad: quería de tal modo y estaba tan arrepentido de haberle ya dado un disgusto, que no quería reincidir en manera alguna. Hízose, pues, el torpe, y no se dió por entendido de las coquetías ni de las atenciones de Felisa.

Nada irrita tanto a la mujer, como el no ser comprendida en determinados casos, y tal irritación acaba comunmente, o por el desvío más absoluto, o por la persecución más encarnizada, y este último sistema fué el que empleó Felisa para con Guillermo, sin dársele un ardite de lo que pudieran decir de ella.

Una tarde en que Guillermo necesitó ver imprescindiblemente a Julián, marido de Felisa, para ultimar un contrato de venta, fué a

verlo a su casa, y aunque Julián había salido diciendo que no volvería hasta la hora de cenar, Felisa le dijo que entrase y le esperara, puesto que volvería muy pronto, y tanto fué lo que insistió en ello, que por último condescendió y pasó adelante.

—Observe—le dijo ella con la sonrisa en los labios y la picardía en los ojos—que parece que tiene V. miedo de entrar en casa no estando en ella mi marido.

—Señora, miedo no—le repuso Guillermo—pero me retraigo por el bien parecer: ¡es tan mala la murmuración!

—Eso es una excusa; la verdad es otra.

—Le aseguro a V. que no.

—La verdad es que me encuentra V. fea y que le asusto con mi fealdad.

—En todo caso, sería lo contrario—le replicó Guillermo con galantería.

Es usted extraordinariamente bonita, y me temo que su hermosura ponga en grave peligro la felicidad que debo a mi mujer, y la amistad que me une a su esposo.

¡Buenos son Vdes. los hombres para tener en cuenta esas cosas cuando les gusta una mujer!

—Hay de todo en el mundo.

—De todo, menos esposos fieles y amigos buenos.

—Muy malos nos juzga V. cuando descon-
fía de nuestra virtud.

—La virtud dejó de existir en el mundo
hace ya mucho tiempo: empezaron por no te-
nerla nuestros primeros padres ¿cómo quiere
ustedes que la tengan sus descendientes?

Guillermo empezó a encontrarse en análo-
ga situación que José ante la mujer de Puti-
far pero con menos firmeza que aquél.

—Creame V., Felisa—le dijo—la virtud
existe, sino por sí misma, por una causa o
por otra: si así no fuera...

—¿Qué?

—Nada: iba a decir un disparate.

—Dígalo usted.

—No; me arrepiento de ello.

—Y yo vuelvo a mi tema: todo lo que us-
ted ha dicho no ha sido más que un pretexto
para disfrazar la verdad, esto es, que le pa-
rezco a V. fea.

—¡Fea! ¿fea, cuándo es V. una de las mu-
jeres más hermosas de Sevilla?—le contestó
Guillermo sin poderse contener.

—En eso tampoco dice V. la verdad, por-
que si así fuera...

¿Qué?

—Que en vez de huir de mi, como parece
que huye, me hubiera V. echado alguna flor.

—¿Y qué hubiese adelantado con echarle

algunas flores? ¿acaso no se las echan a usted otros muchos?

—Sí, pero me hubieran gustado más las suyas, por lo mismo que tan avaro es de ellas.

—Debo serlo en obsequio a mi mujer.

—¿Y a mi marido, no es verdad?

—También.

—Veo que es V. la discusión personificada, y hasta me hará V. creer que la virtud existe en los hombres.

Guillermo estaba sobre ascuas: la hermosura de aquella mujer y lo incitante de sus palabras le enardecía la sangre y le impulsaba hacer su conquista, pero el recuerdo de Remedios le contenía poderosamente. Deseoso de evitar lo crítico de la situación, guardó silencio unos instantes, y levantándose luego, dijo:

—Veo que tarda su esposo; volveré después.

—¿Tiene V. miedo de verse a solas conmigo?—le replicó Felisa con sorna y envolviéndole en una mirada acariciadora.

—Quizá, aunque el miedo no lo tenga por mi.

—¡Bah! siéntese usted y espere, que no tardará en volver Julián.

Guillermo volvió a sentarse.

—¿Cree V.—dijo Feliso al cabo de unos momentos—que si yo me empeñase en conquistar a un hombre lo conseguiría?

—Así lo creo.

—¿Aunque ese hombre fuese tan timorato como usted?

—Poco a poco: yo no soy timorato ni lo he sido nunca: soy avaro de mi tranquilidad.

—Es decir, que es V. egoísta.

—Sí, pero mi esgoísmo es amplio: soy egoísta de mi bien y del ajeno.

—Por ejemplo, del de mi marido y del de su mujer de V. ¿no es eso?

—Así es.

—He ahí un egoísmo que no comprendo, y que me parecece una sutileza más bien que otra cosa.

—¿Sutileza, por qué?

—Porque usted no ha de ir a decirle a su mujer, ni... al marido de la que sea su amante, sus pecadillos de amor.

—Pero pueden saberlo, o sospecharlo por lo menos.

—Saberlo, no: sospecharlo tal vez; pero de la sospecha á la certidumbre media un abismo. Además, ¿quién es capaz de evitar las sospechas, aún cuando nada exista? ¿Cree usted que yo tengo seguridad de que Julián no me es infiel y que no sospecho de varias?

—Mi mujer no duda de mí, ni sospecha de ninguna.

—Su mujer de usted debe ser muy inocente o muy santa.

—Tiene confianza en mí.

—La que el cordero debe tener en el lobo; una confianza relativa y circunstancial.

—Absoluta, señora.

—Pues, hijo, ninguno está en mejores condiciones que usted para gozar de la vida a mansalva, y buen tonto será si no lo hace.

La conversación se prolongó mucho tiempo en la misma tesitura; Felisa provocando a Guillermo, y éste resistiendo la provocación y luchando consigo mismo entre dos fuerzas opuestas; la incitante hermosura de Felisa, y el recuerdo de su querida Remedios, hasta que, conociendo que sus energías se agotaban y que iba a sucumbir a la tentación, hizo un supremo esfuerzo y se despidió de la provocativa joven pretextando un asunto urgente, y prometiendo continuar la conversación al siguiente día, aunque con el firme propósito de no cumplir la promesa.

Remedios, que ya vivía recelosa, había hecho seguir aquel día a su marido, y supo que éste había permanecido en casa de Julián más de hora y media a solas con la mujer del mismo, y dedujo que ambos se entendían;

que él la engañaba; que era preferida por otra, y que su desgracia era tan cierta como grande e innmerecida.

Guillermo la encontró hecha un mar de lágrimas, y ageno a haber sido expiado, disculpó su tardanza con el encuentro de unos amigos, para no aumentar las sospechas de Remedios si le decía que había estado cerca de dos horas en casa de Julián no estando éste en ella, y aquella disculpa fué el coronamiento del castillo que Remedios se había formado en su imaginación. Si alguna duda le quedaba respecto a la infibilidad de su esposo, quedó completamente desvanecida desde aquel instante.

Inútiles fueron ya cuantas protestas y cuantos juramentos le hizo Guillermo para disuadirla de su error. Cuando una mujer llega en su desconfianza al estado a que llegó Remedios, no hay nada que la convenza, y si momentáneamente se calma, es para excitarse de nuevo y con mayor violencia por la cosa más insignificante. En todas partes ve peligros para su felicidad; se figura que todas las mujeres aspiran a la posesión de su marido, y cree que éste, tornadizo y frágil, la engaña con todas ellas. Los celos, al apoderarse del corazón de la mujer, borran los resplandores de su inteligencia y se convierten en un

tormento perpetuo, en una enfermedad que se hace crónica, en un tormento terrible.

Guillermo conllevó con resignación estoica, unas veces los llantos y otras los arrebatos de su mujer, pero tuvo momentos en que creyó no poder resistirlos, y en que rayó en los límites de la desesperación y estuvo a punto de dejarse vencer por los halagos de Felisa para que su mujer tuviese, por lo menos, razón de estar celosa; pero le contuvo el recuerdo de sus hijos, y más que todo, la voz del deber, escarmentado de haberla desoído en otra ocasión.

Ansioso de la paz del hogar, dijo un día a Remedios:

—Estamos a principios de verano: ¿quieres que en vez de irnos a nuestra quinta de Utrera, nos vayamos a orillas del mar? Elije sitio y nos iremos por todo el tiempo que tú quieras.

Remedios acogió gozosa el pensamiento, y recordando que su única amiga verdadera, Jacinta, la casada con el rico millonario inglés lord Welt, su compañera de la infancia, le había dicho meses antes al despedirse de ella para hacer un viaje a América, que el verano próximo iría a San Sebastián por una temporada, le contestó a su esposo:

—No tengo inconveniente en que vayamos

Infierno de los hombres—4

a San Sebastián, si tú quieres, puesto que ha de ir allí Jacinta.

—Iremos.

—¿No sientes salir de aquí?—le preguntó Remedios con intención.

—Si lo sintiera, no te lo hubiera propuesto.

—¡Hay tantas maneras de disimular!

—Nó seas tonta, mujer. ¿Cuando te vencerás de que tus celos son infundados?

—Podrán serlo ahora; pero no lo han sido antes.

—Antes y ahora, como siempre.

—¿Cómo cuando estuviste en París?

—Me habías dado palabra de no volverte a acordar de ello. Es la única falta que contigo he cometido en mi vida.

—¡Oh! ¡Si eso fuera cierto!

—Lo es: te lo juro por lo que hay de más sagrado en el mundo para mí: por la salud de mis hijos.

Remedios pareció dejarse convencer, y se trasladó a San Sebastián con su esposo, con su hijo Carlitos que había cumplido ya seis años, y con su hija Jacinta que aún no tenía cuatro.

VI

¡Pobre Guillermo!

La estación veraniega en los puertos de mar es la más propia para contraer amistades, sobre todo entre los que viven en la misma fonda o en la misma casa de huéspedes, y Guillermo que esquivó todo lo posible salir a la calle como no fuera con su mujer, para que ésta no se recelara, tardó poco en intimar con Dominguez, con Tamarit y consiguientemente, con Labastida que iba a verlos con frecuencia. Los cuatro venían a ser de una mis-clase social.

Generalmente so reunian a eso de la una, después de haber almorzado, y se estaban de conversación hasta las cuatro, excepto Tamarit que con frecuencia los abandonaba a las dos, diciéndoles que tenía que acudir a una cita.

—No te creía tan inflamable,—le dijo una tarde Germán,—aún no llevamos aquí ocho días y ya es ésta la tercera o cuarta vez que te eclipsas: deben ser los tuyos amores de escopetazo.

—Me inflamo como los militares en campaña, y hago el amor lo mismo que ellos, a la carrera. Profeso la máxima detiempo que no e ap rovecha es tiempo perdido.

—¿Y merece la pena tu conquista?

—¡Vaya si la merece!

—¿Es dama de medio pelo?

—Puedo asegurarte que no; en ningún sentido: en todos ellos es cabal.

—¿A tal punto hemos llegado ya?—preguntó Labastida?

—A tal punto hemos llegado,—respondió Tamarit,—y cuenta que yo soy como Santo Tomás, que no aseguro nada sin haberlo visto.

—Sea enhorabuena.

—Gracias, chico.

—Apuesto algo,—dijo Dominguez con sorna,—a que tienes la pretensión de que esa mujer te quiere.

—Si no me quiere, me lo dice y me lo demuestra, y para mí es lo mismo: ya sabes que yo no me dedico a sondear corazones.

—El coarazón no es más que una víscera...

—No prosigas: tantas veces nos lo has dicho, que ya lo se de memoria, pero, no obstante tus teorías, yo creo en la atracción y en la repulsión de los seres, siquiera sea momentánea, y procuro aprovechar los momentos de

atracción; sobretodo cuando las mujeres son bonitas.

—¿Según eso, los aprovechas también cuando son feas?

—También: mi procedimiento es distinto al de la generalidad de los hombres: éstos, por lo común, buscan mujeres de su gusto y las persiguen la mayor parte de las veces, sin éxito satisfactorio para ellos: yo, menos escrupuloso, no reparo tanto en las que me gustan como en aquellas a quienes les gusto yo, y me lanzo tras éstas teniendo adelantadas las tres cuartas partes del camino. De ahí que mis triunfos sean pronto y fáciles.

—Pero no duraderos.

—Eso no importa: en la variación esta el gusto: por lo demás, algunos hay que duran y perduran más de lo que uno quisiera.

—¿Te sucede eso con el último? — preguntó Domínguez.

—No: ese es uno de los que más me han agradado por las circunstancias especiales que han ocurrido en él.

—Cuéntalas,—dijo Labastida.

—Libreme Dios de hacerlo: esas particularidades deben ser siempre un secreto para todos, y me extraña que tú, hombre casado, te intereses todavía por conocer ciertas cosas

cuando te debes considerar retirado ya del mundo.

— Eso no; yo podré estar retirado del mundo en cuanto a livianos placeres, pero en cuanto a conocer y saborear las intrigas de amor, creo que puedo hacerlo, y si no, que lo diga el señor Salazar, que se encuentra en mi mismo caso.

— La discreción se impone siempre y en todos los casos:— contestó el interpregado— ni un amante debe decir nada que pueda ser indicio para el descubrimiento de quien es su querida, ni un amigo, por íntimo que sea, debe preguntárselo nunca.

— Te has lucido,— dijo Domínguez a Tamarit.

— Respeto el fallo de nuestro amigo Salazar,— dijo Labastida dirigiéndose a Tamarit,— y retiro mi pregunta. Quizá el tiempo nos revele lo que tu no nos quieres descubrir.

— Lo dificulto. Hasta luego señores,— dijo marchándose.

— Adios, y buena suerte,— le contestó Labastida sonriéndose.

— Adios,— le contestaron los demás.

Tamarit salió de la fonda, dió un rodeo, y se fué a casa de Germán, en la que ya se le esperaba con impaciencia.

— Es un vividor,— dijo éste al marcharse Ta-

marit—y en parte hace bien, siquiera no pensemos como él los que nos separamos de lo vulgar.

—¿Y Emilia?—le preguntó Domínguez.

—En casa leyendo un libro. No puedes suponer lo contengo que estoy con ella de poco tiempo a esta parte. Se ha dulcificado de una madera extraordinaria, y no ha de pasar mucho tiempo sin que brille en sociedad con luz propia: apenas le queda ya resabios de pueblo.

—¿De dónde es su señora de usted?—le preguntó Salazar.

—Del rincón más oculto de la provincia de Gerona: la conocí allí por casualidad, y no me pesa haberme casado con ella.

—Indudablemente que es muy hermosa,—dijo Domínguez.

—Y de una virtud intachable,—Replicó Labastida,—pero tenía un defecto, que, afortunadamente, va desapareciendo ya, y que desaparecerá en breve, porque tiene un talento natural de primer orden. Acostumbrada al trato de gentes de su pueblo, descendía algo en sociedad. ¿No la conoce usted?—dijo, dirigiéndose a Guillermo.

—Aun no he tenido ese honor.

—Pues mañana la verá usted y juzgará por sí mismo.

Salazar se limitó a hacer una leve inclina-

ción de cabeza: creyó que aquello era el anuncio de una visita, y tembló por sus consecuencias: los celos de su mujer se le vinieron en seguida a la imaginación y le privaron del uso de la palabra.

—¡Hombre! mañana debuta en el teatro la nueva compañía,—dijo Domínguez dejando sobre la mesa el diario que había tomado de ella momentos antes,—será cosa de ir a verla.

—Prisa se deben ustedes dar si lo desean,—replicó Guillermo gozoso de esquivar la conversación comenzada,—porque ya he enviado por un palco y han tenido que pagarlo con prima a los revendedores, por no haberlos ya en taquilla.

—Yo estoy abonado por toda la temporada,—dijo Labastida.

—Nosotros tenemos también tres butacas abonadas,—dijo Domínguez,—porque hemos contado con el coronel, que no tardará en llegar.

—Por cierto que es tocayo de usted,—añadió Germán,—es persona muy respetable, pero un verdadero misántropo.

¿Y como, siendo misántropo, se abona a las funciones teatrales?

—Le hacemos ir a ellas para curarlo de su melancolía.

—¿Es joven aún?

—Tiene más de sesenta años.

—¿Llora la pérdida de algún hijo?

—Es soltero y sin familia.

¿Por qué entonces tan hipocondriaco?

—Por la pérdida de sus ilusiones: es historia bastante larga que ya le contaré a usted otro día, pues veo que su niño de usted viene a buscarlo, indudablemente.

En efecto, Carlitos, vestido ya en traje de paseo, se acercó a Guillermo y le dijo:

—Papá: mamá dice que vayas a vestirme para salir: la nena ya está vestida.

Deshízose la reunión, y en tanto que Labastida y Domínguez se fueron un rato al casino, Guillermo entró en sus habitaciones para vestirse y acompañar a su mujer y a sus hijos a el paseo que pensaban dar por la concha.

Intenciones tuvo de anunciar a Remedios la probable visita de Germán y de su esposa, pero como aquél no había sido explícito, y como, de otra parte, temiera despertar sospechas y le asustaran los celos de su mujer, prefirió callarse y dilatar todo el tiempo posible la causa de un nuevo disgusto.

Todo el día siguiente lo pasó en la mayor zozobra temiendo oír anunciar la visita; pero cuando obscureció sin que nadie la anunciara, respiró con alguna más libertad, y, ansioso por dejar la casa para no encontrarse con

aquella a última hora, aceleró los preparativos para ir al teatro.

—No metas tanta prisa, que aún es temprano,—dijo su mujer,—nunca te he visto tan impaciente por ir a ver una función.

—Como es la primera noche, me gustaría ver el desfile de entrada.

—¿Por ver caras bonitas?

—No, mujer: por ver la animación.

—¿No comprendes que es algo cursi ir de los primeros?

—Efectivamente; pero por una vez no importa.

El teatro se llenó aquella noche con lo más distinguido de la colonia verianega, y fué una verdadera exhibición de bellezas más o menos auténticas, más o menos falsificadas, y de trajes vaporosos y elegantísimos.

El verano, en poblaciones como San Sebasbastiá, es un pretexto, en muchas mujeres, para lucir sus galas y sus buenas formas, aquellas en paseos, teatros y casinos, y estas en las orillas del mar.

¡Cuántos aficionados a investigar las últimas se pasan horas enteras en la playa, gemelos en mano, atisbando la entrada y salida en el mar de las bañistas jóvenes y tomando apuntes en su memoria, de las perfecciones que logran descubrir!

Pero volvamos al teatro y a nuestros amigos.

En el segundo entreacto dejó Guillermo su palco y salió al corredor con el único objeto de fumar un cigarrillo, pero no había hecho más que encenderlo, cuando se encontró de manos a boca con Labastida que se fué hacia él y le dijo:

—Venga V. conmigo y le presentaré a mi mujer: ya le he anunciado su visita, y le espera.

Bien hubiera querido Guillermo pretextar una excusa, pero ni la halló a mano, ni le pareció bien buscarla: hubiera sido una grosería negarse a seguir a Labastida, y se resignó con su suerte, seguro de la tormenta que estallaría sobre él como consecuencia de aquella presentación si su mujer se percataba de ella.

—Emilia—dijo Germán entrando con Salazar en el palco en que aquella estaba—tengo el gusto de presentarte a mi amigo don Guillermo Salazar, de quien ya te he hablado—y volviéndose a éste, añadió—mi esposa.

Emilia tendió su mano al recién llegado y le dijo, indicándole un asiento enfrente de ella.

—Siéntese V.: ya me lo ha dicho Germán que son Vdes. buenos amigos, y lo celebro.

—Señora—le contestó Guillermo con ga-

lantería, olvidándose por un momento de la presentida borrasca y tomando el asiento, que se le indicaba.—Tengo una verdadera satisfacción en ofrecer a V. mis respetos y mi amistad.

Emilia estaba aquella noche más hermosa que nunca: había tenido algunas horas antes un pequeño altercado con Tamarit, y la sangre, al colorear más su rostro, le había dado el aspecto selvático que ya iba perdiendo, y que era el más singular de sus encantos físicos. Bien peinada, bien prendida, sin amaneamiento casi, deslumbraba a primera vista, y aunque algo hacían decaer la ilusión lo vulgar de sus ideas y lo poco atildado de su lenguaje, era imposible no sentir, más ó menos, a su lado, una impresión agradable. Unase a esto el propósito que se había formado aquella noche de darle celos a Tamarit, para hacerle rabiarse, y se formará idea del poder sugestivo de su mirada y de su sonrisa.

—Me ha dicho Germán que es V. casado y que tiene dos niños ¿los ha traído V. al teatro?

—Si señora.

—¿Dónde están?

Guillermo sintió un ligero escalofrío, pero contestó con aparente tranquilidad, indicando el palco en que estaba su familia.

—Allí en el tercer palco principal de enfrente.

—Sí; ya veo a su esposa con los niños ¿sabe V. que es guapa?

—No tanto como V. señora, ni mucho menos.

Emilia le dirigió una mirada intensa, dibujó en sus labios una de aquellas sonrisas que por lo atrevidas parecían una provocación, y le contestó:

—Muchas gracias: a Vdes. les parece siempre mejor lo ageno que lo propio.

La casualidad, la pícara casualidad que constantemente persigue al que es víctima de los celos de una mujer, hizo que Remedios se fijara momentos antes en el palco de Labastida y descubriese a su esposo en conversación con Emilia. Alterada y nerviosa cogió los gemelos y sorprendió la mirada y la sonrisa que Emilia dirigió a su marido, y la placidez con que éste la contemplaba, y no necesitó más para creerse de nuevo engañada y preterida.

¿Cómo no le había dicho Guillermo que conocía aquella mujer? ¿Por qué se había atrevido a ir a su palco sin decirle nada? ¿Por qué la contemplaba él tan embelesado? ¿Por qué le miraba ella de una manera tan fija y le sonreía de un modo tan provocativo? ¡Oh y lo peor de todo era que aquella mujer no aparen-

taba tener más de veinte años, y que era hermosa, si, muy hermosa, demasiado hermosa para no enardecer la sangre de cualquier hombre que estuviese a su lado, mucho más la de su marido, a quien tan frágil le creía.

Su indignación no tuvo límites. Era hasta donde podía llegar el descaro de Guillermo: ya no se recataba para serle infiel; lo era hasta en los sitios más públicos, sin cuidarse de la evidencia ni del ridículo en que la ponía a ella. Levantóse de la silla en que estaba, se echó precipitadamente sobre los hombros la salida del teatro; cogió a sus hijos de la mano, y, saliendo del palco, siguió el corredor, bajó las escaleras, atrevesó el vestíbulo, salió a la calle, y se dirigió a la fonda con la cabeza trastornada y el corazón hecho un infierno.

Cuando cinco minutos después abrió Salazar la puerta de su palco y lo encontró vacío, se quedó yerto,

—¡Bah!—Se dijo—ya tenemos otra tempestad encima, o mejor dicho, otra serie de tempestades como las anteriores, y tan sin motivo ni fundamento como ellas—y se encaminó a la fonda, presumiendo la tormentosa escena que en ella le aguardaba.

VII

Casualidad y coincidencias

El coronel, que transigiendo por último con las reiteradas instancias de sus jóvenes amigos y con las indicaciones de su médico, les había dado a aquellos palabra de ir e unírseles en San Sebastián en la segunda quincena de julio, no quiso hacerlo sin dar antes una vuelta por Sevilla y contemplar por última vez quizá, la casa en que vivió Amparo cuando tenía diez y siete años y en la que alborearon sus amores, aquellos amores, únicos que habían llenado toda su existencia.

Don Guillermo había hecho todo cuanto le fué posible por seguir el consejo de Amparo; por olvidar su último encuentro con ella; por forjarse la ilusión de que tal encuentro no había sido más que una triste pesadilla; que Amparo seguía siendo la visión encantadora, el ángel purísimo que batió ante él sus alas en la primavera de su vida, ó la hermosa aparición, la diosa esplendida que le enloqueció en Zaragoza catorce años después, y de la cual conservaba el retrato como pudiera conservar una reliquia santa; pero por más que había hecho

por engañarse a sí mismo, el recuerdo de su última entrevista surgía a veces en su imaginación para torturar su espíritu y atenacear sus ilusiones, para desvanecer sus sueños y lanzarle de lleno en la triste realidad.

Cuando esto último sucedía considerábase el más desgraciado de los hombres, y a no haber adoptado el sistema de ahogar en cerveza sus pensamientos tristes, hubiera concluído por volverse loco o por pegarse un tiro: afortunadamente, predominaban en él los pensamientos halagadores, a los que daba fuerza incontestable con sus hermosas líneas, su mirada intensa y su sonrisa embriagadora, el retrato de la mujer querida.

El coronel realizó su proyectado viaje a la ciudad del Bétis, paseó de nuevo sus calles, y se detuvo otra vez ante el balcón y las rejas en que tantas veces había visto a Amparo entre tiestos de flores y verdes enredaderas, y allí permaneció más de una hora con los ojos abiertos sin ver a los que junto a él pasaban sin oír los rumores de la población, sin tener en cuenta el decurso del tiempo, y sin percatarse de si llamaba o no la atención de los transeúntes.

Todo su ser estaba concentrado en su pensamiento, y este en la imagen angelical de Amparo, tal como era cuando él la conoció,

cuando le declaró su amor, cuando obtuvo de ella el anhelado «sí», cuando escuchó su juramento apasionado de quererle siempre, y cuando aquél juramento quedó sellado por un doble beso que fundió en una sus dos almas enamoradas, sus dos almas gemelas.

El coronel se olvidó por completo, durante aquella hora, de su edad, de sus achaques, y de los cuarenta y dos años transcuridos desde entonces, y fué, derante aquellos sesenta minutos, el más feliz de los hombres. Luego, dando un suspiro que dilató extraordinariamente su pecho, giró sobre sus talones, se alejó de aquél sitio y encaminó sus pasos por la puerta de Jerez en la parte del muelle comprendida entre la torre del Oro y el paseo de las Delicias, que era uno de los sitios predilectos de Amparo.

Hacía pocos momentos que había fondeado en el Guadalquivir, frente a dicha parte del muelle, un precioso yate con la bandera de la matrícula de Sevilla, procedente del Brasil, y el coronel se detuvo a contemplar la maniobra de arriar la canoa y de meterse en ella los tripulantes. Luego vió bajar por la escalera a un anciano de pelo blanco y albas patillas, pero de construcción aún bastante vigorosa, y tras él una joven como de veinticinco años,

Infierno de los hombres.—5

morena, hermosa y sencilla aunque elegantemente vestida, los cuales tomaron asiento en la popa de la canoa, que desatracoó al instante del costado del buque y se dirigió hacia el muelle a fuerza de remos. Debían de ser los dueños de la embarcación, y también de éstos un carruaje estacionado a corta distancia de la escalinata.

La canoa hizo la *cia-boga* al llegar a la orilla para atracar de popa, y el anciano, poniéndose ágilmente en pié, trató de ganar tierra de un salto para ofrecer su mano a la dama y que desembarcase ésta, pero, sea por lo húmedo del muelle, sea porque colocara el pié sobre alguna cáscara de fruta, el hecho fué que resbaló y cayó de espaldas en el río.

La joven lanzó un grito de angustia, e hizo ademán de quererle arrojar tras él; pero un marinero la contuvo oportunamente, en tanto que otro se lanzaba de cabeza en las aguas; sin embargo, antes que él se había arrojado ya a ellas el coronel sin despojarse de prenda alguna ni cuidarse de su asma ni de su reuma.

Afortunadamente, el anciano era buen nadador y no tardó en salir a la superficie y ganar el muelle, seguido del coronel. La joven, llorando y temblorosa por efecto de la emoción, se abrazó al viejo con muestras del ma-

yor cariño, y volviéndose hacia el coronel, le alargó la mano diciéndole con voz comovida:

—Gracias, muchas gracias, coballero.

—Señora,—le contestó él,—no las merezco, porque de nada ha servido mi solicitud.

—Eso no importa; la acción es la misma y demuestra lo noble de sus sentimientos.

—Suba usted con nosotros al coche,—dijo el anciano al coronel.—se halla usted tan mojado como yo, y a nuestra edad no conviene la humedad por mucho tiempo. Mi casa está cerca,

—Sentiria molestar a ustedes.

—¿No acaba usted de exponer su vida por mi?

—No he hecho más, que lo que hubiera hecho usted en mi caso.

—Es verdad, y como usted me hubiera brindado luego con su carruaje, justo es que yo le haga entrar en el mío.

—Señores: basta de cumplidos: se están ustedes enfriando; al coche los dos: lo mando yo,—dijo la dama.

—Obedezco, señora,—repuso políticamente el coronel.

Cinco minutos después entraban en una magnífica casa que el viejo y la joven habitaban en Sevilla, y acto seguido cambiaron todos de traje y se reunieron en el salón,

—Caballero,—dijo el anciano,—ha tomado usted posesión de su casa en la que siempre será cariñosamente recibido: me llamo Eduardo Welt, y tengo el gusto de presentarle a mi esposa Jacinta.

—Muchas gracias, caballero, le—contestó el coronel,—Guillermo Rocomora, coronel retirado, se ofrece a ustedes como el más agradecido de sus servidores, y no pone a su disposición su casa, porque no la tiene.

—¿Vive usted en alguna fonda?

—En el hotel de Madrid, para cuanto ustedes quieran mandarme: llegué ayer de Madrid, y dentro de tres días o cuatro, saldré para San Sebastian.

—Allí pensamos detenernos un mes o mes y medio este año, cuando vayamos a Inglaterra,—dijo Jucinto,—pero no iremos hasta fines del actual o primeros del entrante, después que hayamos descansado del viaje. Contamos con que usted nos dispensará el honor de ir a vernos.

—El honrado seré yo, señora; pero para cuando llegue ese caso, quiero hacerles una súplica.

—Usted no suplica; manda:—le dijo afectuosamente el inglés.

—Muchas gracias.

—¿Qué desea usted?—le preguntó con interés Jacinta.

—Que no hagan ustedes mención alguna del origen de nuestro conocimiento; bastaría que ustedes dijesen algo para que se fijase en mí la atención de los bañistas, y soy enemigo de la popularidad.

—Quedará satisfecho su deseo, y respetamos su modestia.

Al día siguiente del suceso que acabamos de referir, recibió lord Welt la siguiente carta.

«Mi querido amigo:

«Los celos que, al partir ustedes para América empezaban a dibujarse en el carácter de Remedios, se acentuaron de tal modo y tan sin motivo en esa, que me hicieron sufrir extraordinariamente. Viendo que la vida se tornaba para mí un suplicio, le propuse irnos a veranear a la costa, al sitio que ella eligiese, y nos vinimos a San Sebastián; pero aquí ha vuelto a encelarse tan sin motivo como ahí y la vida se ha convertido para mí en un infierno; estoy desesperado.

«Si a ustedes no les fuera molesto anticipar su venida y estar aquí algunos días más de los convenidos, se lo agradecería con toda mi alma porque creo que Jacinta es la única persona

que tiene dominio sobre ella, y que puede convencerla del error en que está respecto a mí.

«Carlitos y su ahijada de ustedes, cada día más hermosos, pero más disgustados: las pobres criaturas lloran al ver llorar a su madre y al verme a mí, tan triste unas veces, tan desesperado otras.

«Creo que esta carta les encontrará ya en Sevilla; la escribo sin que Remedios lo sepa:

«Saben ustedes que les quiere de todo corazón su buen amigo y compadre

Guillermo Salazar.»

—No se cual de los dos será más desgraciado,—exclamó con sentimiento Jacinta cuando su esposo le leyó la carta,—si ella o él.

—Los dos por igual,—replicó lord Welt, Remedios, porque los celos son ya para ella enfermedad incurable, y Guillermo, porque será eternamente la víctima de esos celos.

—¿Qué piensas que hagamos?

—Lo que Guillermo desea, por más que no lo considero remedio eficaz, sino un paliativo.

—¿Cuándo quieres que salgamos de aquí?

—Mañana mismo, si te parece.

—¿Por tierra o por mar?

—En el yate, y si quieres, invitaré al coronel para que nos acompañe: esta mañana,

cuando fuí a verle, me dijo que tenía fijada su salida para dentro de dos días.

—Me alegraré de que venga con nosotros: así te distraerás más en el viaje, y se te hará corto.

—Eres una pérfida.

—¿Por qué?

—¡Porque bien sabes tú que eso que has dicho no es verdad.

Jacinta sonrió dulcemente, y lord Welt salió para invitar al coronel a que los acompañara en su viaje, invitación que el coronel aceptó de buena voluntad: le había sido muy simpático el inglés, y había creído ver en Jacinta una mujer distinguida y de muchísimo talento.

El que haya leído nuestra anterior novela titulada «El paraíso de las mujeres», sabrá perfectamente quienes eran Jacinta y lord Welt: para el que no la haya leído, se los daremos á conocer en cuatro palabras.

Lord Welt era un noble inglés riquísimo, que se enamoró un día, en la feria de Sevilla, de Jacinta Gutiérrez, hija única de un opulento comerciante y banquero de la calle de Francos; pero hombre casado a la sazón, nada insinuó a la joven. Huérfana ésta a los diez y ocho años y reducida a la medianía por la quiebra de su casa, vió destruídas en un mo-

mento todas sus ilusiones y truncado su afán de goces continuos y variados que constituían la esencia de su ser, y aceptó la desinteresada protección del lord, que la hizo aparecer como viuda de un sobrino suyo, y alternar con la más alta sociedad de París. Privado luego el lord de la administración de su hacienda, a consecuencia de un pleito que le pusieron su mujer y su hijo, Jacinta le hizo renunciar a la pensión de tres mil libras esterlinas que le habían fijado para alimentos, y realizando ella sus joyas, su moviliario, sus trenes y su hotel, puso su importe a disposición del lord, y se trasladaron a Sevilla donde compraron una casa y una quinta y vivieron con las rentas del pequeño capital que les había quedado, hasta que, viudo el lord, y muerto su hijo en la guerra del Transwal, entró de nuevo en posesión de todos sus bienes y se casó con Jacinta, que había concebido por él un cariño entrañable. Réstanos decir que Jacinta y Remedios se conocían desde niñas, y que, no obstante lo distinto de sus caracteres, se habían querido siempre como hermanas.

VIII

Escena tumultuosa

Los amores de Emilia y Tamarit seguían siendo un misterio para el esposo de aquella, pero habían dejado de serlo para Domínguez, quien al conocerlos por una casualidad, se encogió filosóficamente de hombros y se dijo:

—Lo de siempre: el organismo en acción. Los seres humanos, como los irracionales, espolcados por la fuerza de la naturaleza. Hoy se jurarán amor eterno, y no pasarán tres meses sin que ella tenga otro amante y él otra querida. El amor no existe, porque no existe el alma.

El mismo día en que Domínguez se hizo esta reflexión, tuvieron Salazar y Remedios la décima pelotera a causa de unos supuestos amores entre aquél y Emilia, por haber saludado el primero a la segunda en el paseo, en cumplimiento de un deber de urbanidad.

—Aún dirás que no os queréis y que no os entendéis—exclamó remedios despechada en cuanto llegaron al hotel y se encerraron en sus habitaciones.

—Y lo diré siempre porque, es verdad, —le contestó paciente Guillermo.

—¿Y tú, que has decir, hipócrita?

—No te exaltes y escúchame: Si yo no te quisiera lo que te quiero; si no fueras para mí la única mujer a quien amo en el mundo ¿crees tú que conllevaría con paciencia tus celos, y que no me hubiera separado ya de tí?

—Los conllevas con paciencia, porque son justos, porque eres culpable, porque la conciencia te grita que no debes rebelarte contra ellos sino bajar la cabeza y sufrirlos como castigo a tus infidelidades.

—Estás en un horror del que te quisiera sacar en bien tuyo, en bien mío, y en bien de esas pobres criaturas que tanto sufren al vernos sufrir a nosotros.

¿Y quien tiene la culpa más que tú con tus liviandades?

—La tienes tú con tus injustos celos.

—Si yo no te quisiera tanto, no los tendría —dijo Remedios deshaciéndose en lágrimas— si tú fueras para mí tan indiferente como lo son otros maridos para sus mujeres, no sufriría las penas que sufro.

—Las sufres, porque quieres, no por que debas sufrirlas, no porque tengas motivo para sufrirlas. Desecha esas ideas que te atormentan y que se han convertide para tí en idea

fija; vuelve a ser lo que has sido durante algunos años, y la tranquilidad volverá a renacer, y la dicha volverá a cernerse sobre nosotros.

—Eso es lo que tú quisieras; que cerrarse los ojos para no ver, los oídos para no oír, y que te dejase campar por tus respetos y gozar de los placeres en brazos de otras.

—Veo—dijo Guillermo con voz seca—que hay que dejarte por imposible.

—Sí, eso és; déjame, abandóname; deja y abandona á tus hijos...

—No he dicho eso: has entendido mal.

—Si yo soy muy torpe; si no tengo ya ni sentido común.

—¡Pero mujer....!

—Si no necesito que me lo digas; si yo lo conozco; si tuviera yo sentido común, ya no te querría, ya te hubiese despreciado cien veces y hubiese hecho contigo lo que otras menos escrupulosas, hacen con sus maridos; lo mismo, exactamente lo mismo, que lo que tú haces con tu mujer.

—No desbarres, Remedios, no desbarres, y si es verdad que me quieres, demuéstramelo de otro modo.

—¿Dejandote hacer lo que quieras?

—No mortificándome con tus celos injustos.

—Cambía tú y cambiaré yo.

—El cambio mío sería para tí muy doloroso, porque consistiría en echarme el alma a la espalda; en oírte como quien oye llover, y en buscar fuera de mi casa la felicidad que en ella echo de menos.

—Sí; ya lo sé: en hacer descaradamente lo que ahora haces de una manera hipócrita.

Al oír Guillermo aquella frase, sintió que todos los nervios se le contraían y que la sangre se le subía a la cabeza, y temiendo decir algo que empeorase la situación, cogió el sombrero y se marchó a la calle con el rostro sombrío y la mirada fosca. Al pasar por el patio del hotel vió a sus hijos que jugaban con los de otros huéspedes, y acercándose a ellos les dijo:

—Subid, hijos míos a hacerle compañía a mamá hasta que yo vuelva—y luego se encaminó a la playa, en busca de aire que respirar, porque se ahogaba.

Los niños, obedecieron á su padre, dejaron sus juegos y subieron a sus habitaciones, en donde se encontraron con un espectáculo tristísimo. Su madre presa de un fuerte ataque de nervios, rodaba por la esterilla que servía de alfombra dándose golpes contra los muebles. Carlitos, asustado, salió dando voces y pidiendo socorro, diciendo que su mamá se

había puesto muy mala, y tres ó cuatro huéspedes, entre ellos Dominguez entraron precipitadamente en la habitación, sugetaron a Remedios y la echaron sobre la cama.

Dominguez examinó a la enferma, le tomó el pulso, y le recetó acto seguido una antiespasmódico, que no tardaron en traer de la botica más próxima, y que le hizo tomar, no sin grandes dificultades.

Tras el acceso sobrevino la reacción. Cuando los nervios de Remedios se aflojaron, cuando a la tirantez siguió la laxitud, se operó en su mente un rápido cambio de ideas, a tenor de las cuales latió el corazón de la pobre joven. Recordó entonces el semblante tétrico y la mirada fosca de su marido al salir del aposento, y temió que, exasperado, nervioso como lo había estado ella, se hubiera lanzado a cometer algún disparate, a atentar contra su vida, a echarse de cabeza al mar, y aquel pensamiento, exagerado quizá, pero posible, se apoderó de ella hasta el punto de hacerla temblar.

Quería a Guillermo apasionadamente, y, olvidando al punto sus celos, temió haber sido demasiado cruel con su esposo, y se arrepintió de ello.

—Que busquen a mi marido—dijo a los que la asistían—que lo busquen y le digan que

quiero verlo; pero que no le digan que estoy mala, no se vaya a asustar creyendo que la cosa es grave.

Guillermo que había llegado a la playa con el corazón dolorido y la cabeza hecha un caos empezaba a serenarse después de una hora de divagar por la orilla con el sombrero en la mano, recibiendo en la frente el soplo de la brisa que, a aquella hora, las diez de la noche, había refrescado bastante, cuando se le acercó uno de los criados del hotel y le dijo que le llamaba su señora.

—¿Ocure algo?—preguntó.

—Sí; pero no es cosa de cuidado: un accidente que ha tenido la señora, pero la metieron en la cama, le dieron una medicina, y ya se ha tranquilizado.

Gaillermo no quiso oír más. Al saber que su esposa estaba enferma, olvidó instantáneamente y por completo la tumultuosa escena que con ella había tenido; olvidó su propio martirio. se olvidó de todo y corrió hácia el hotel impulsado por el cariño ardiente que la tenía.

En menos de cinco minutos llegué a la fonda; subió con celeridad las escaleras, y se encontró junto a la cama en que estaba su mujer.

—¿Qué es eso, hija mía, qué tienes?—le

preguntó con dulce solitud, inclinándose sobre ella y besándola con ternura.

— Nada, — contestó Remedios, dominada por la inflexión de voz de su marido y devolviéndole cariñosamente sus besos—un ataque de nervios que ya pasó.

—¿Qué has tomado?

—Una poción calmante que me ha recetado el médico.

—¿Qué médico?

—Tu amigo Domínguez; aunque no ejerce, acudió al momento, y... dí: ¿me perdonas?

—¡Qué si te perdono! con toda mi alma.

La conciliación de los esposos fué cabal, fué sincera, y duró hasta el día siguiente: su felicidad no se prolongó más de veinticuatro horas. Nubecillas ligeras en un principio, densos nubarrones después, condensaron a los tres ó cuatro días otra tempestad como la anterior.

—¿Qué tiene la mujer de Salazar?—le preguntó a Dominguez su amigo Tamarit.

—Celos.

—¿Y que son celos?

—Un principio de locura; una monomanía; una excitación nerviosa que ofusca la inteligencia y que sólo deja perceptible en ella una idea constante, fija indestructible; una enfermedad que, como todas las afecciones

cerebrales, es muy difícil, y hasta imposible de curar en la mayor parte de los casos, y que perdura con la edad hasta la decrepitud.

—Pues, chico, está divertido Salazar.

—Lo peor de todo es que hay muchos Salazares en el mundo, aunque no todos con la misma sinrazón que él.

—En cambio hay otros...

—¿Confiados?... lo sé: esos abundan más; pero no hay que fiar demasiado en ellos, porque suelen tener la propiedad de los toros marrajos, que embisten cuando menos uno se lo espera.

Tamarit comprendió la alusión, pero no se dió por entendido de ella.

IX

Impresiones y sorpresa

Amaneció el día veinte de julio, y poco después, empezó a brillar el sol de una manera espléndida: la playa ofrecía un aspecto animado y alegre; la brisa apenas hacía oscilar las hojas de los árboles; el mar, completamente tranquilo en la bahía, semejaba la luna de un espejo gigantesco; de la parte de afue-

ra, más allá del castillo de la Mota, su tono, densamente azulado, evidenciaba que por allí corría brisa más fresca.

Tamarit y Domínguez habían salido del hotel muy temprano y vagaban por la playa recreando sus ojos en las formas que el caprichoso traje de las bañistas les dejaba ver, hasta que fuese hora de ir a la estación a recibir al coronel. Este les había escrito desde Madrid, antes de marchar para Sevilla, diciéndoles que llegaría a San Sebastián del 20 al 21 en el expreso de Francia, y no habían tenido luego ninguna noticia en contrario. El mutismo del coronel obedecía a que lord Welt y Jacinta tuvieron el capricho de sorprender a sus amigos con su llegada, y rogaron al coronel que nada dijese éste a los suyos respecto al viaje del yate.

Serían poco más de la ocho cuando la airo-sa embarcación de lord Welt apareció en la boca del puerto avanzando majestuosamente. El corte del barco, sus dos chimeneas, su frágil y esbelta arboladura, los destellos vivísimos de sus dorados remates sobre fondo blanco, todo indicaba que aquella era una lujosa embarcación de recreo, capricho fastuoso de algún excéntrico millonario.

Domínguez, atraído por la novedad, y un

Infierno de los hombres—6

tanto intrigado por la curiosidad, le dijo a Tamarit.

—Vamos hacia el muelle y veremos más de cerca ese barco; parece un yate de recreo.

—Se nos va a hacer tarde para ir a la estación: ya sabes que el exprés llega a las nueve y veinticinco minutos: son las ocho y media.

—Después de todo, el coronel no nos ha precisado si llegaría hoy o mañana,—le replicó Domínguez.

—Por lo mismo, debemos ir a esperarle ¿qué diría si no lo hiciéramos?

—Es verdad; pero hagamos una cosa: vete tú a la estación mientras yo me acerco al muelle, por si el tren llegara antes que yo me incorporase a tí: tengo capricho de ver de cerca ese barco.

—Como quieras.

—De cualquier modo que sea, procuraré estar en la estación antes de la llegada del tren.

Tamarit se dirigió despacio hacia la estación, y Domínguez se fué hacia el muelle para ver de cerca el yate que ya se aproximaba al fondeadero. Llegado a él, echó al mar el ancla y esperó la visita de la sanidad. Poco después arrió una chalupa de vapor, cuyos hornillos debía tener encendidos a juzgar por

el humo que despedía su chimenea. Domínguez observó que se metían en ella tres o cuatro personas, y se fué hacia la escalinata del muelle para verlas desembarcar.

Al aproximarse la chalupa, creyó distinguir a bordo de ella un sombrero de señora, y no tardó en ver su traje claro; debía ser una joven y venía acompañada de dos caballeros. Cuando la chalupa se acercó más, observó que la dama era muy hermosa, y se quedó altamente sorprendido al ver que uno de sus acompañastes era el coronel Rocamora; el otro era un señor anciano de blancas patillas, que él supuso fuera su padre. El coronel reconoció a Domínguez y le saludó desde la chalupa.

Nuestro amigo, sin salir de su sorpresa, se apresuro a bajar hasta el último peldaño de la escalinata, y, en cuanto atracó a ella la chalupa, ofreció su mano a la dama para que saltase a tierra. Jacinta, a quien el coronel había indicado que aquél era uno de sus amigos, apoyó su mano enguantada en la de Domínguez, saltó agilmente a tierra y dió a aquél las gracias con sonrisa natural y afectuosa: luego, volviéndose al anciano, le dijo con marcada solicitud:

—Ten mucho cuidado no te vayas a resbalar.

Una vez todos en tierra, el coronel estrechó efusivamente la mano de Domínguez, y dijo a sus acompañantes:

—Tengo el gusto de presentar a ustedes a mi buen amigo don Luis Domínguez, doctor en medicina—y luego, volviéndose hacia éste añadió señalando al anciano y a la joven—Lord Welt y su señora, a quienes debo el honor de haberlos acompañado desde Sevilla en su yate.

—Caballero—dijo Domínguez al lord—Al ofrecer a ustedes mis respetos permítanme que dé gracias a la casualidad.

—Lo cual no obsta,—le repuso el lord,—para que mi mujer y yo lo consideremos desde este momento en el número de nuestros amigos: para ello hasta que lo sea usted del coronel.

—Muchas gracias.

—Coronel,—dijo Jacinta con voz armoniosa.—Tal vez pudiera indicarnos su amigo de usted algo respecto al hotel en que vive Remedios.

—Efectivamente. ¿Conoce usted a un caballero casado, que tiene dos niños, varón y hembra, que se apellida Salazar?

—¿Guillermo?

—El mismo,—contestó Jacinta con viveza.

—Sí, señora, les conozco, viven en el mismo hotel que yo.

—¿Están buenos?—preguntó Jacinta con interés.

—La señora está algo delicada: yo, aunque no ejerzo, la he asistido en dos ataques nerviosos, y casi puede decirse que soy su médico de cabecera, tanto por vivir en el mismo hotel, cuanto por la amistad que me une con su esposo.

—En esto llegó uno de los marineros de la chalupa, y dijo:

—Los señores tienen a su disposición un carruaje.

—Está bien,—le contestó el lord—que nos venga a buscar la chalupa a las cinco; hoy almorzaremos en tierra.

El carruaje era un landó, y en él tomaron asiento nuestros cuatro personajes; Dominguez dió las señas del hotel y el vehículo se puso en movimiento. Dominguez, en quien la despreocupación rayaba en diferencia, estaba realmente impresionado, sin saber por qué, o mejor dicho, sin atreverse a darse cuenta de ello. Sentado junto al lord y enfrente de Jacinta que hablaba con éste y con el coronel de la sorpresa que les había preparado a sus amigos, echó de ver, en brevísimo instantes, que la dama era un modelo de distinción y de

talento, como desde su primera ojeada habia visto que lo era también de elegancia y de hermosura.

—He ahí un hombre feliz,—se dijo pensando en el lord,—no tanto por los millones que tenga, que han de ser muchos. como por la mujer que le ha cabido en suerte ¡vaya una hembra!

La verdad es que Jacinta llegaba entonces al apogeo de su belleza: sus hermosos colores; su tez finísima; sus ojos grandes, negros y rasgados, velados por largas pestañas, húmedos siempre e impregnados de dulzura; su nariz correcta, su boca divina, y lo profuso y rizado de sus negros cabellos, unido todo al óvalo perfecto y agraciado del semblante, hacían su cabeza encantadora y sugestiva.

Y a la hermosura de la cabeza respondía la del cuerpo todo; la garganta, los hombros, el seno, su talle esbelto; sus manos, que eran divinas, sus pies, que parecían inverosímiles, y luego, la dulce armonía de su voz, el ceceo y el ingenio de la frase, la elegancia de su porte, la gracia de sus movimientos, todo ello natural, sencillo, sin afectación alguna, sin amaneramiento de ninguna clase.

Domínguez estaba encantado y ansiaba verse a solas con el coronel para preguntarle acerca de aquel matrimonio tan desigual en

edades. Que ella no era inglesa, sino española y andaluza, era evidente: bastaba verla y oirla para convencerse de ello. Que el matrimonio debió efectuarlo de una parte el amor senil del lord y de otra el deseo de las riquezas en la joven, también le pareció indudable: pero quería cerciorarse de ello, y lo quería sin saber por qué motivo, por que causa: por curiosidad únicamente, según él mismo se supuso.

—Diga usted, Domínguez,—exclamó Jacinta sacándole de sus meditaciones.—¿Hace mucho que está usted en San Sebastián?

—Veinte días, señora.

—¿Y Guillermo y su familia?

—Diez y ocho: llegaron dos días después que yo.

—¿Y hace mucho que está indispuesta Remedios?

—No, señora, hace una semana que le dió el primer ataque, y dos o tres días que tuvo el segundo.

—¿Es cosa grave?

—Phs... pudiera serlo.

—No le extrañen a usted mis preguntas ni las juzgue hijas de la curiosidad. Remedios y yo somos amigas desde que una y otra teníamos siete años, pero amigas íntimas, amigas verdaderas: además, su niña es ahijada nues-

tra; y natural es que yo me interese mucho por su salud:

Domínguez tuvo intención de decirle a Jacinta que la aficción de su amiga no era de las que se curan con facilidad, pero temió cometer una indiscreción, y encogiéndose ligeramente de hombros, replicó:

—Yo la he tratado poco, y aún no me atrevo a diagnosticar...

Jacinta comprendió al punto que Domínguez no quería decir lo que sabía, y lo que ella tampoco ignoraba, y, aplaudiendo en su interior, la discreción del médico, replicó:

—Veremos si entre los dos conseguiremos curarla, usted con su ciencia, y yo con mi amistad.

—Tal vez consiga V. más que yo—le replicó Domínguez—porque mi ciencia es poca, y, además, la he descuidado mucho.

—Recuerdo que V. nos ha dicho que no ejercía.

—Sí señora, no ejerzo, sino en casos rarísimos. Estudié medicina por tener una carrera; pero afortunadamente, no necesito de ella para vivir.

—El saber, nunca es un estorbo; cuando yo, siendo una niña, estudié el inglés, creí que nunca me serviría para nada, y luego me

ha servido de mucho para entenderme con mi esposo.

—Pero su esposo de V. habla el español.

—Ahora sí, pero cuando le conocí por primera vez, ni lo hablaba ni lo entendía.

—Pronto lo ha aprendido.

—Es que hace siete años que nos conocemos.

—Sería V. muy niña entonces.

—No lo crea usted: tengo ya veinticinco años; la misma edad que Remedios.

El carruaje se detuvo: habían llegado a la puerta del hotel. Domínguez se apeó con ligereza y ofreció su mano a Jacinta para bajar del coche, y luego su brazo para subir la escalera. El contacto del brazo de Jacinta causó en Domínguez un ligero estremecimiento.

¿Cuál es mi habitación?—preguntó a Domínguez el coronel cuando llegaron al piso principal.

—Ahí tiene usted a Tamarit que se la indicará—le contestó Domínguez señalando a su amigo que acababa de regresar de la estación.

El coronel se quedó con Tamarit, y Domínguez y el matrimonio siguieron hasta llegar al departamento que ocupaba Salazar con su mujer y sus hijos.

—Si ustedes me lo permiten,—dijo Domínguez—anunciaré su visita.

—Como usted guste.

Domínguez tocó el timbre y entró luego en la habitación en que estaban Salazar y Remedios.

— Cómo tan temprano — le preguntó ésta.

—Es que ahora no vengo como médico sino como amigo, con objeto de anunciarles la llegada de un caballero y de una señora que desean ver a Vdes.

Al anuncio de la visita de una señora, se contrajo el rostro de Remedios, y Guillermo se puso densamente pálido.

—Pasen ustedes adelante—dijo Domínguez en voz alta a los de fuera, sin esperar que Guillermo ni Remedios le contestaran. Jacinta y lord Welt entraron. A Guillermo le volvieron al rostro los colores perdidos; a Remedios se le dilató el semblante y exhaló un ligero grito de alegría. Las dos amigas corriendo la una hacia la otra se confundieron pronto en un abrazo cariñoso, en tanto que lord Welt y Guillermo se estrecharon las manos con efusión.

X

Los cuatro amigos.

Aquel día almorzaron juntos en la mesa redonda, el coronel, Tamarit y Domínguez. Lord Welt y Jacinta lo hicieron con la familia de Salazar en las habitaciones de éste. Después del almuerzo, los tres amigos se fueron a fumar a la terraza, cubierta con verdes enredaderas, y allí, sentados en cómodas mecedoras y aspirando la brisa que se había levantado en la parte del mar, trabaron conversación en estos términos.

—Vamos, coronel, sea usted expansivo una vez siquiera en su vida—le dijo Domínguez—o mejor dicho, por segunda vez, y díganos quienes son los propietarios del yate en que usted ha venido desde Sevilla.

—Creo habérsolo dicho a usted ya al presentarlo a ellos en el muelle: Lord Welt y su esposa.

—No, no son sus nombres los que deseo conocer; esos los sabía ya, sino su historia.

—Poco muy poco podré añadir a sus nombres. Los conocí en Sevilla hace unos días por una circunstancia casual y análoga a la

que le ha hecho a usted conocerles hoy: regresaban de la América del Sur en su yate, y se proponían ir a Inglaterra, deteniéndose en San Sebastián una temporada con unos amigos suyos: supieron que yo debía venir a ésta a reunirme con ustedes, y me invitaron a que les acompañase: les presenté mis excusas; insistieron cedí, y con ellos he venido. Lo único que he podido saber, ellos mismos me lo han dicho espontáneamente, porque, como usted comprenderá, no iba yo a cometer la indiscreción de preguntarles, y lo que de sus labios he sabido es de tal naturaleza, que no hago un misterio de ello. El lord posee grandes posiciones en la Gran Bretaña y en Irlanda, casa en Sevilla y una quinta entre Sevilla y Utrera. Sus rentas le permiten el lujo de vivir a lo príncipe y de viajar en buque propio, que por cierto es una maravilla por la fastuosidad con que está decorado y por sus excelentes condiciones marinerías. La señora del lord es sevillana e hija de personas que ocuparon brillante posición, y que, como a hija única, la educaron esmeradamente y le hicieron adquirir una instrucción envidiable. Agrege usted a eso una exquisita distinción en todo, trato afable, e incontestable talento en ambos, y no me pregunte usted más porque nada más podría decirle acerca de ellos.

—¿Ni siquiera las causas que determinaron su casamiento?

—Eso, menos que nada. Si usted no fuera excéptico y creyera en el amor, como creo yo, le diría que en mi opinión, el lord se enamoró de ella perdidamente, y que a ella no le fué indiferente el lord, a pesar de sus años, porque es persona de excelentes prendas y de un trato amenísimo.

Domínguez se sonrió de una manera enigmática y guardó silencio.

—Mucho podrá cautivar el lord con su trato—dijo Tamarit—pero su mujer le aventaja en mil por ciento, porque cautiva con su presencia: tiene unos ojos, que sin ser provocativos, son capaces de volver loco a cualquiera. Mucho me temo que su presencia en San Sebastián no arme una revolución, lo mismo entre los bañistas que entre las bañistas, aquellos a impulsos del amor: éstas, movidas por la envidia y los celos.

—¿Qué me cuentan ustedes de Labastida?—preguntó el coronel deseoso tal vez, de llevar la conversación a otro terreno.

—Bien; no tardará en venir—le contestó Tamarit.

¿Se va resignando ya?

—Vuelve a ser soñador—le replicó Domínguez—y para ello ha sido suficiente que su

esposa dulcificara algo su carácter. Ya no se cree desgraciado, como se creía hace un mes, y no ha de pasar mucho tiempo sin que se crea el más feliz de los hombres.

—He ahí la ventaja del poeta, que vive de ilusiones, sobre el escéptico, que no cree más que en lo que ve y palpa.

—No es ventaja lo que está basado en una ficción, en un sueño—replicó Domínguez.

—¿Y qué otra cosa que un sueño es nuestra vida? Calderón lo dijo—arguyó el coronel.

—Calderón fué poeta.

—Es verdad, pero un poeta que nonoció a fondo el corazón humano, y si la palabra *corazón*, suena al oído de usted de una manera inacorde, sustitúyala con la que usted le parezca, que por eso no hemos de reñir. Cada cual tiene sus ideas, y todas ellas deben ser respetadas.

—Yo—dijo Tamarit—que no soy ni soñador ni excéptico...

—Tú siempre estás en el justo medio—dijo Domínguez interrumpiéndole—que es lo más cómodo que pueda darse, porque evita, en la mayor parte de los casos, pensar y discurrir.

—Menos mal, que no niegas el pensamiento ni el discurrir.

—Tampoco niego las sensaciones; lo que

hago es no atribuirles una causa que en mi concepto no tienen.

—¿A qué las atribuyes, pues?

—A la índole de nuestro organismo esencialmente material. Todas las mujeres son iguales para mí: cuando habla mi naturaleza, no pronuncia nombre alguno, no pronuncia más que el nombre générico de mujer.

—¡Gracias a Dios que os encuentro!—dijo Labastida entrando en la terraza; y acercándose al coronel y estrechando con efusión su mano, añadió:—Coronel, sea usted bien venido: le esperábamos con impaciencia.

—Muchas gracias Labastida—le contestó el veterano.

—¿En qué tren ha llegado usted?

—En un tren marítimo—se apresuró a decir Tamarit.

—¿Embarcado?

—Sí señor—repuso el coronel.

—Embarcado en un yate precioso—añadió Domínguez.

—Y en compañía de una dama infinitamente más bonita que el yate—exclamó Tamarit entusiasmado.

¡Hola, hola! ¿Esas tenemos, coronel?

—No me es posible desmentir a su amigo de usted, porque ha dicho la verdad.

—Le felicito por ello, y ¿dónde está esa dama?

—Con los señores de Salazar — contestó Tamarit.

—¿Me presentará usted a ella?

—Con la autorización de su señora de usted, no tengo inconveniente.

—¡Mi mujer! Si la viera usted, no la reconocería.

—¿Tanto ha cambiado?

—En lo moral, no en lo físico. No sabe usted lo que va ganando de día en día, parece otra: se ha suavizado tanto y va perdiendo con tal rapidez las hábitos de pueblo, naturales en ella después de todo, que dentro de poco, nadie conocerá que ha pasado sus primeros años en la montaña de Cataluña.

—Ahora me toca a mí felicitarle a usted, porque supongo que estará usted ya contento.

—Contento, y hasta orgulloso, amigo mío, ¿Recuerdan ustedes la conversación que tuvimos una noche, hace cerca de cinco años en el café da Fornos?

—¡Tuvimos tantas! — exclamó Domínguez.

—Aquella en que Tamarit marcó un plazo de cinco años para ver quien era el más feliz de nosotros.

—La recuerdo.

—Pues bien: se me figura que yo voy a ser el que gane la partida.

Domínguez le miró fijamente, y le preguntó:

—¿En qué te fundas?

—En que ninguno de ustedes ha adelantado hasta hoy un paso en el camino de la felicidad, y yo la estoy ya tocando. El coronel sigue bajo el peso de sus recuerdos, si grato unas veces, abrumador otras; tú, no creyendo en nada, más que en la prosa de la vil materia, y Tamarit, meciéndose en el Limbo como las almas de los niños que no han recibido las aguas bautismales,

—Nunca es tarde si la dicha es buena—le contestó Domínguez, como si respondiera a un pensamiento que se le hubiera ocurrido de improviso.—La felicidad es un accidente en la vida, y suele surgir cuando menos se la espera. A veces, lo que más felicidad nos promete, es lo que más desgraciados nos hace: la vida está llena de contrasentidos.

—Yo—dijo el coronel—no estoy ya en edad de competir con ustedes: pasó mi tiempo, y sólo guardo memoria de él, memoria que unas veces es para mí un paraíso, y otras un infierno.

—En cuanto a mí—dijo Tamarit dirigiéndose—
Infierno de los hombres—7

dose a Labastida—no te otorgo la palma del triunfo, mejor dicho, no te la cedo.

—¿Según eso, eres feliz?

—Lo he sido hasta ahora, y creo que lo seguiré siendo: no hay cosa más dulce que el amor, y el amor llena toda el alma.

—¿Qué dice usted de eso Domínguez?—preguntó el coronel con cierto humorismo.

—¿Yo? Que presisto en mis creencias. Los seres humanos no se diferencian de los irracionales, sino en su mayor grado de inteligencia, en su mayor cultura. El amor no es otra cosa que el deseo de la posesión. El alma no existe.

Sin embargo, aquella noche la pasó Domínguez con mucha intranquilidad: soñó dos o tres veces, y entre las nebulosidades de su sueño vió destacarse, como un punto luminoso, la seductora imagen de Jacinta.

XI

Brisas bonancibles

—¡Cuánto deseaba verte!—dijo Remedios a Jacinta en cuanto pudieron hallarse a solas —necesitaba confiarte mis penas: ¡soy muy desgraciada!

—¿Desgraciada tú? ¿por qué?

—Porque Guillermo no me quiere ya; quiere a otras.

—¿Estás segura de ello?

—Ojalá no lo estuviera tanto.

—¿Te trata con aspereza, con desvío...?

No, eso no, todo lo contrario: desde que su corazón no me pertenece, demuestra quererme más y me tiene más atenciones, para que yo confíe en él y no vea la verdad de las cosas.

—¿Le has cogido alguna carta? ¿lo has sorprendido en alguna cita?

—Carta, no le he cogido ninguna, pero en cuanto a citas, si no le he sorprendido en ellas, sé que las ha tenido.

—Cuéntame Remedios, cuanto sepas, y no me ocultes detalle alguno por insignificante que sea. Sabes que soy tu mejor amiga y que tomo la misma parte en tus alegrías que en tus penas. Es posible que tengas razón; que Guillermo se haya dejado alucinar por otra; pero también es posible que tú estés ofuscada y que veas lo que no existe, o, por lo menos, que lo exageres. Nadie es buen juez en causa propia. Para analizar bien las cosas y para juzgarlas con rectitud, se necesitan una tranquilidad y un desapasionamiento que tú no tienes. Habla, pues, dímelotodo.

—Pues bien, te lo diré todo, te lo contaré todo, y tu juzgarás—y Remedios hizo a Jacinta una descripción detallada de cuanto ella juzgó que constituía un capítulo de cargos contra su marido.

—¿Has acabado ya?

—Sí.

—¿Lo has dicho todo?

—Todo.

—¿No has omitido ningún detalle importante?

—Creo que no.

—Pues bien, hija, acabas de quitarme un gran peso de encima, porque yo creía segura tu desgracia, y ahora dudo de ella. No aseguro que tu marido no te haya sido infiel; lo que si te aseguro es que de cuanto me has dicho no se dulce prueba alguna de que lo sea; no resulta más que un indicio, uno sólo, susceptible de ser desvanecido, como lo es toda sospecha.

—¿Qué no hay pruebas?—exclamó Remedios nerviosamente.

—Ninguna, y en vez de alterarte porque así te lo afirmé, alégrate.

—¿Y el haber permanecido hora y media en casa de la mujer del comerciante, a solas con ella, no es una prueba?

—Es ese el único indicio que se deduce de

cuanto me has dicho; pero un indicio no es una prueba.

—No faltaba más sino que lo hubiera hecho públicamente.

—Cálmate y escucha. Cuando un hecho no puede ser juzgado por sí mismo, se le juzga por los demás hechos que tengan relación con él. Claro es que no se obtendrá una prueba concluyente nunca en uno o en otro sentido, pero no es menos evidente que, o el indicio tomará mayor consistencia, o que perderá parte de su importancia. El hecho de haber permanecido Guillermo hora y media a solas con la mujer del negociante, que, según dices, era joven, hermosa y ligera de cascos, es realmente sospechoso; pero nada más. Lo mismo que pudo Guillermo caer, no pudo caer. ¿Sabes si después de aquel hecho siguió visitándola?

—No siguió visitándola, porque debió temer que yo lo espiase, como le hice espiar.

—¿Sabes, puesto que hiciste que le siguieran los pasos, si se veían en otra parte?

—No lo pude saber, pero lo más probable es que se vieran.

—Dejémonos de conjeturas y concretémonos a los hechos. ¿Descubristes algo más?

--No.

—Pues si tu espionaje no consiguió sor-



prenderlos juntos en ninguna parte, ni a tí te fué posible descubrir más, el indicio ha perdido para mí casi toda su importancia.

—¿Entonces, por qué me engañó diciéndome que se había retrasado por causa de unos amigos?

—Porque, como ya venías dándole celos, temió indudablemente, decirte la verdad. Si tu no hubieras sido celosa, es probable que te hubiera dicho: «He ido a ver a fulano, y he estado esperándole en su casa hora y media, hasta que me he cansado y me he venido».

—¿Y qué hizo en aquella hora y media?

—Hablar de doscientas cosas.

—Eres muy confiada.

—Juzgo con desapasionamiento; y ahora, vamos a lo de aquí. La explicación que te ha dado tu marido, no puede ser ni más racional ni más admisible, y se necesita estar tan obcecada como tu estás, para no comprenderlo así.

—¡Qué feliz sería yo si tuvieras razón!

—Creo tenerla, y reforzaré mis argumentos para tratar de convencerte. Vamos a suponer ahora, que no eres tú quien desconfía de tu marido, sino que es Guillermo quien desconfía de tí, y que tú vas a visitar a una amiga; que te recibe su marido; que te hace sentar diciéndote que su mujer ha salido, pero que volverá en-

seguida, que os ponéis a hablar de teatros, de circos, de carreras de caballos, y que transcurre una hora al cabo de la cual, viendo que es tarde y que tu amiga no llega, te despides, vas a tu casa y te encuentras con que tu marido, que ha hecho espiar tus pasos y que sabe que te has estado con fulano a solas más de una hora, te arma un escándalo suponiendo que le has sido infiel ¿tendría razón para ello?

—No.

—¿Por qué, entonces, la has de tener tú y no él?

—Los hombres son más frágiles que las mujeres.

—Desengáñate, que si las mujeres no lo fuéramos, no lo podrían ser los hombres. Todo acto de fragilidad en un hombre, supone otro de la misma índole en una mujer.

—En eso tienes razón.

—La tengo en todo, y me pesa que tú, que tan buen criterio tienes, te ofusques de esa manera, y que tu ofuscación ahuyente de tu hogar la paz y la confianza que son la ventura en las familias. Además, el procedimiento de las acusaciones y de las escenas tumultuosas, no es el más apropiado para nada, ni aún para volver a la razón al hombre descarriado; muy al contrario, al que va por buen camino, lo exaspera, le hace sufrir lo que no es

decible, y que, o lo precipita hasta el punto de pegarse un tiro, o lo arroja en brazos de otras mujeres, para buscar en ellos la felicidad que no encuentra en su casa.

Jacinta pronunció las últimas palabras con tal acento de persuasión, con tanta energía, que causaron en Remedios un efecto profundo.

—¿Qué hacer entonces?—preguntó esta con voz trémula.

—Tener confianza en tu marido, porque no hay razón bastante para que dejes de tenerla; y si, por desgracia, la dejas de tener algún día fundadamente, seguir un procedimiento opuesto al que has seguido hasta hoy. Lo que no consigas con dulce resignación y tierno cariño, no lo conseguirás de otra manera.

—¿De modo que tú crees que Guillermo no me ha faltado en nada?

—Así lo creo, y si otra cosa creyera te lo diría.

—¿Y que no tengo que perdonarle...?

—Al contrario: él es quien tiene que perdonarte a tí los disgustos que le has causado con tus sospechas; pero no te preocupe ese perdón, porque él te quiere con toda su alma, y te perdonará gozoso. Acuérdate de cuando en París, temió hace cuatro años, que te pudiera ocurrir algo a causa del desliz que trató de

cometer, la energía con que dijo que se levantaría la tapa de los sesos para no sufrir las amarguras del remordimiento. (1)

—Entonces, como ahora, fuiste tú, Jacinta de mi vida—dijo Remedios con los ojos humedecidos—la que volviste la paz a mi alma y la calma a mi espíritu: déjame que te abrace, como te abracé aquel día.

Jacinta le abrió los brazos y Remedios se precipitó en ellos, riendo y llorando a un tiempo mismo.

Volvieron a lucir días hermosos para Guillermo: los vientos huracanados se trocaron para él en brisas bonancibles; su Remedios volvió a ser la Remedios de antes, dulce, cariñosa, tierna, y no diremos también que confiada, porque a tanto no llegó su rápida conversión, pero, si tuvo alguna desconfianza, supo esconderla en lo más hondo de su pecho para que su esposo no lo advirtiera.

Domínguez notó el cambio y no supo a qué atribuirlo: tan grande había sido el desequilibrio nervioso, que juzgó extraña su nivelación.

—¿Como encuentra usted a Remedios?—le preguntó un día Jacinta, que no ignoraba ya el excepticismo del doctor.

—Muchísimo mejor.

(1) Léase *El Paraíso de las mujeres*.

¿A que lo atribuye usted?

—A la eficacia de los medicamentos.

—¿De modo que cree usted que la suya es una afección física?

—Indudablemente.

—Yo estaba en la creencia de que era una afección moral.

Tal es el nombre que se les suele dar a algunas afecciones, aunque indebidamente. Todas las afecciones dependen de nuestro organismo; todas dimanar de la sangre y de los nervios.

—Dispense usted que no esté conforme con su teoría, y Remedios es una prueba evidente, de que la teoría de usted es falsa.

—Señora,—dijo Domínguez algo admirado,—si no temiera disgustar a usted, me atrevería a rogarle que discutiéramos ese punto.

—No tengo inconveniente en ello; por más que yo no posea la ciencia de usted, pero, permítame usted a su vez que plantee yo la discusión.

—Como usted guste.

—¿Cuál es la enfermedad de Remedios?

—Desequilibrio nervioso y amagos de perturbación mental.

—¿Causas determinantes?

—Los celos.

—Perfectamente: estamos de acuerdo en

el diagnóstico. ¿Qué ha hecho usted para curar la afección?

—Propinarle calmantes para equilibrar el estado nervioso y alejar los amagos de perturbación.

—¿Y qué consiguió usted?

—Mejorarla algo.

—Muy bien: pues yo, que algo entiendo de esas afecciones morales que usted niega, acometí la empresa de curarla en cuanto llegué a esta (Recuerde usted que le dije que entre los dos la curaríamos), pero yo, en vez de atacar el efecto atacué la causa, y creo haber obtenido sin el empleo de medicinas, éxitos más lisonjeros, que usted con las suyas.

—Tal vez.

—Duda usted porque juzga una desatención el negar ¿no es eso?

—La verdad, no me atrevía a hacerlo, por no ofender a usted.

—Entonces, dígame usted: ¿por qué mi terapéutica ha prevalecido sobre la suya?

—En medicina ocurren fenómenos muy raros.

—Los fenómenos en medicina suelen ser lo que el infinito en matemáticas, un refugio cómodo. Desde el momento en que mi terapéutica ha prevalecido sobre la de usted, queda destruída su tesis, y es porque hay algo que

ejerce soberana influencia sobre la sangre y sobre los nervios, y ese algo es el alma, fuente de todos nuestros sentimientos, origen de todas nuestras pasiones. Usted, al hablarle al cuerpo con sus recetas, consiguió muy poco; yo, al hablarle al alma con las mías, he conseguido mucho más, sin que por esto presuma haberlo conseguido todo.

—Señora,—dijo Dominguez defendiendo su tesis,—tengo por principio no creer en la existencia de lo que no veo, y jamás he visto en las mesas de disección, el alma de las personas.

—Los cadáveres no la tienen,—replicó Jacinta, sonriendo.

—Es que tampoco he encontrado sus huellas.

—¿Ha visto usted alguna vez el aire?

—No, pero lo he sentido.

—Como siente usted las palpitaciones del corazón.

—El corazón late al impulso de la sangre.

—Pero la sangre acelera y disminuye su curso a impulso del sentimiento, y el sentimiento se genera en el alma.

—Quizá tenga usted razón,—replicó Dominguez, pensativo.

—Quisiera que se convenciese usted de

ello, en bien de la ciencia, es decir, en bien de sus enfermos.

—¿En bien de mis enfermos?

—Si, porque en casos como el de Remedios, no se limitaría usted, como ahora, a calmar el desequilibrio de los nervios, y atendería usted, al propio tiempo, a calmar la agitación del espíritu, a tranquilizar el alma.

Cuando Dominguez se separó de Jacinta, se encerró en su habitación, se sentó junto a una mesa, y reflexionó hondamente. Al cabo de un rato se fijó en que su corazón latía fuerte y apresuradamente, y apretando los puños y semi-cerrando los ojos, exclamó en tono indescifrable.

—¡Soy un imbécil! ¡creo que estoy enamorado como un estúpido! ¿Será cierto que existe el alma?

XII

Un deseo de Emilia

Las relaciones entre Emilia y Tamarit, seguían por senda de flores, merced al cuidado que ambos ponían en ocultarlas y a la venda que cubre, por lo común la venda de los ma-

ridos. La confidenta de aquellos emores, era la doncella de Emilia, llamada Nicanora, muchacha lista y bastante codiciosa, que confiaba obtener de ellos utilidad bastante, para dotarse a si misma el día que se casara; pero aquella misma codicia podía ser un peligro, y Emilia que lo conoció, la llamó a solas una tarde, y le dijo:

—¿Me conoces bien?

Señora; creo que sí—le contestó la doncella sin comprender lo que su ama le quería decir.

—Creo que no, y te lo voy a decir para que lo sepas. Yo soy generosa, pero también soy vengativa. Si me eres fiel, haré tu fortuna, pero si me vendes, te ahogaré entre mis manos, y cuenta que cumplo siempre lo que prometo.

—Descuide usted, que no la venderé por todo el oro del mundo—le replicó la doncella, convencida de que su ama era muy capaz, de extrangularla.

La normalidad de la vida en San Sebastián era la siguiente para Emilia: salía por la mañana con su marido y se iban juntos al baño; luego paseaba una hora por la playa disfrutando del pintoresco aspecto que ésta ofrecía; después entraban en la ciudad y se dedicaban a visitar tiendas hasta las once, hora en que re-

gresaban a casa para almorzar. Después del almuerzo, a eso de la una, Emilia se quedaba «a fresca» como ella decía, y Germán se iba a charlar con sus amigos hasta las cuatro o las cinco de la tarde: eran sus horas libres, horas que Emilia aprovechaba para recibir a su amante y gozar del amor con toda frescura, bajo la salvaguardia de su doncella, que, convertida en Argos, atisbaba la posible llegada de Germán para dar el oportuno aviso y hacer que Tamarit se eliminara. Desde las cinco hasta las siete, paseaban marido y mujer por tierra o por mar, comían luego, se iban después al teatro o al casino, y entre doce y una de la noche se retiraban a descansar. Apenas recibían visitas, porque Labastida, temeroso aún de los desplantes de su mujer, las evitaba en lo posible, siquiera hubiera disminuído mucho su miedo, al observar que aquella parecía irse civilizando rápidamente.

Finalizaba julio, y el calor se dejaba sentir con gran fuerza, sobre todo, en las primeras horas de la tarde. Germán se había marchado de su casa a la una, y Tamarit había entrado en ella a los dos, se había quitado la americana y el chaleco para quedarse tan «a la fresca como Emilia», se había sentado en una marquesita, y tenía sentada sobre sí a Emilia,

a la que enlazaba por el talle, en tanto que ella le tenía echado un brazo por el cuello.

—Cada día te encuentro más hermosa—le dijo él.

—Me alegro, porque así no pensarás en dejarme,—le dijo ella.

—¿Quien piensa en tal cosa?

—De menos nos hizo Dios.

—¿Dudas de mí?

Si dudara, ya te hubiera dado un puntapié, o te hubiera ahogado entre mis manos.

—¡Pero mujer!...

—¿Lo dudas?

—No: te creo muy capaz de hacerlo como lo dices, y por eso y por que te quiero de veras, no me expondré a que lo hagas. ¿Y tú, me quieres a mí?

—¡Qué necio eres! ¿Crees que si yo no te quisiera, te recibiría en mi casa como te recibí, o es que quieres que te regalen los oídos? —y fijó en Tamarit una mirada ardiente.

—¡Y aún hay quien supone que el amor no existe! —exclamó él bajo la impresión abrasadora de aquella mirada.

—¿Quién dice eso?

—Domínguez.

—Tu amigo Domínguez es un imbecil... y a propósito de tus amigos. ¿Sabes que tu migo Guillermo Salazar es un grosero?

—No le tengo por tal.

—Pues lo es. Germán me lo presentó una noche en el teatro, y aún estoy esperando su primera visita de atención, y eso que los dos le ofrecimos la casa.

—Ha tenido su mujer enferma y...

—¿Y qué?

—Que me parece que no visitan a nadie.

—¿Son orgullosos?

—Todo lo contrario, son muy amables y muy sencillos, pero creo que ella es muy celosa, y que él teme disgustarla.

—¿Tiene miedo de que yo me coma a su marido?

—No lo se, pero me parece que la presencia de él en tu palco, ha sido la causa de un gran disgusto entre ambos.

—Ya me explico la grosería.

—Dispénsalo: bastante desgracia tiene.

Emilia se quedó pensativa unos instantes había cruzado por su imaginación una idea maquiavélica, y no queriendo que Tamarit se percatara de ella, dió nuevo giro a su conversación.

—Dime, Alfredo—le dijo—¿has averiguado algo acerca del inglés y su mujer?

—Lo que te he dicho únicamente; que son un matrimonio modelo, apesar de la diferen-

Infierno de los hombres.—8

cia de sus edades; que tiene cuatro o cinco millones de renta al año, y que se dan la gran vida.

—¿Has visto su yate?

—Aún no, pero creo que lo veré pronto, porque han hablado de una gira marítima, y es casi seguro que me invitarán a ella.

—¿Y a mí?

—A tí no es fácil, porque no te tratan: en todo caso invitarán a tu marido.

—Es que si le invitan a él quiero yo acompañarle.

—De lo cual me alegraría mucho; pero...

—No hay pero que valga. O voy yo, o no vais, ni tu, ni Germán.

—Ten en cuenta que eso no depende de nosotros.

—No importa: lo quiero yo, y basta.

—Ni tu esposo ni yo tenemos bastante confianza con lord Welt, para insinuarle tus deseos.

—Pero la tiene el coronel, y con ese la tenemos todos.

—Mejor es que sea Germán el que le hable, para evitar sospechas.

--Le hablará: tengo empeño en ver de cerca a esa señora que tanto ponderan.

—Ya la has visto en el teatro dos o tres veces.

—Sí, la he visto de lejos y me ha parecido hermosa: quizá no lo sea tanto de cerca.

—Quizá lo sea más.

—¿Te gusta?

—No tanto como tú, pero no dejo de conocer que es muy hermosa.

—¡Buen tunante estás hecho!

Como la escena entre ambos se hiciera más íntima al llegar a este punto la pasaremos por alto y nos trasladaremos al siguiente día y a la hora en que Germán y Emilia, después de haber hecho su acostumbrada excursión matinal, almorzaban el uno enfrente de otro, oreados por la brisa del mar, que entraba por la ventana del comedor de su casa.

—¡Qué bonito debe ser por dentro el yate del inglés!—dijo Emilia.

—Dicen que es una preciosidad.

—¿Cómo es que no lo has visto aún, siendo amigo de esos señores?

—Tanto como amigo, no; conocido únicamente, por haberme presentado a ellos el coronel.

—Es lo mismo.

—No; es distinto; además, no han autorizado a nadie para que lo visite, y eso que son muchas las personas que han solicitado verlo. Únicamente lo conocen Salazar y su señora, que con frecuencia almuerzan o comen en él.

— ¡Es rareza!

— Ten en cuenta que el yate es la casa en que habitan sus dueños, y que eso de invadirla extraños por mera curiosidad...

— Pues si yo tuviera un barco como ese, me alegraría que lo viera todo el mundo.

— Porque tú tienes vanidad, y sus dueños no, en fuerza de ser tan ricos. Sin embargo, algo he oído referente a una gira por mar dentro de pocos días, pero creo que será muy limitado el número de invitaciones.

— ¿Te invitarán a tí?

— Es muy probable.

— ¿Y a mí?

— ¿Cómo quieres que te inviten si no te conocen?

— Saben que soy tu mujer.

— Sí, pero no te tratan.

— Eso no importa: lo natural es que la mujer vaya a donde va su marido.

— No siempre.

— Pues ahora ha de ser así, porque lo quiero yo.

— No basta que lo quieras tú, o mejor dicho, que los dos lo queramos: es necesario que nos inviten a ambos.

— Pues arréglatelas como quieras, porque, o voy yo o no vas tú.

—Pudiera suceder que no fuéramos ninguno de los dos.

—Es que yo quiero ir.

—Sí, sí, ya lo sé; pero...

—A tí, en sacándote de las musarañas, o de las Musas, que es lo mismo, no se te encuentra por ninguna parte: eres un torpe: no sirves para maldita de Dios la cosa.

—No te alteres, hija, no te alteres.

--Pues si da asco el oírte, hombre; si no tienes cabeza para discurrir nada de provecho.

—¿Qué quieres que yo haga en este caso?

—Colgarte de los faldones de la levita del coronel, que es amigo nuestro y amigo de esos señores, y no soltarte hasta que hayas conseguido una invitación para nosotros dos, y si tú no te atreves a hacerlo, lo haré yo, que gracias a Dios, no me faltan agallas para ello.

—¡Pero hija!—exclamó Germán, contrariado por el mal efecto que le produjo la frase—no digas eso, no uses un lenguaje tan vulgar.

—Yo hablo como sé, y creo que me entenderán lo mismo que a tí, y mejor aún, porque a tí no hay Dios que te entienda con eso del Rubicón, nereidas, Anfitrite y no se cuantos disparates más, mezclados con el céfiro la luna y las estrellas. Eso sí que es una jerga, no la mía.

A Labastida se le cayó el alma a los pies, como se dice vulgarmente; para él, que ya juzgaba a su mujer casi exenta de vulgaridades y de prosaismo, el desencanto fué horrible; pero se consoló en seguida al pensar que aquellas faltas no las cometía ya su mujer sino cuando se incomodaba, cuando veía contrariados sus deseos.

—No le digas nada al coronel—le dijo después de unos instantes de reflexión—le hablaré yo, y procuraré conseguir lo que desees mujer.

—No echés en saco roto lo que te he dicho: o no vas tú, o voy yo, y te repito que yo quiero ir.

—Ya lo sé,

—Y que quiero saber pronto a que atenerme, porque si tú ni el coronel adelantáis nada, lo gestionaré yo por mi cuenta.

—¿De qué modo?

—Ya lo sabrás cuando el caso llegue, porque tendrás que acompañarme.

Labastida no insistió; conocía lo bastante a su mujer para no estar seguro de que, cuando se ponía selvática, era capaz de emprenderlo todo, y de conseguirlo todo. ¡Tenía entonces tanta fuerza de voluntad y se ponía tan hermosa!

—Quedarás complacida—le dijo—hoy mis-

mo le hablaré al coronel, y mañana o pasado sabrás a qué atenerte.

No seas bobo y consíguelo: no sabes lo que deseo ver el yate y conocer de cerca a esos señores tan encopetados.

XIII

Sotiloquio interrumpido

Algo tiene Dominguez—dijo Tamarit al coronel—Hace días que le veo serio y retraído.

—Y yo también: si ejerciera su profesión, diría que le tiene preocupado la asistencia de algún enfermo, pero no visita más que a la aeñora de nuestro amigo Salazar, y esa parece que está muy restablecida.

Ambos tenían razón, Dominguez había cambiado mucho en pocos días: él, que acostumbraba a llevar a la espalda, como un fardo, su extraña filosofía, sin dársele un ardite de lo que pensarán los demás; él, que durante muchos años, había permanecido fiel a sus ideas escépticas; él, que se juzgaba a sí mismo y juzgaba a los demás seres racionales, lo mismo que a los irracionales, con la única di-

ferencia de la inteligencia y de la cultura, había empezado a dudar de la verdad de su tesis, y a sospechar que la farmacopea no tenía fórmulas apropiadas para cierta clase de enfermedades.

Sentíase desasosegado e inquieto, los nervios se le habían desequilibrado notoriamente, su imaginación se había convertido en un caos, la sangre circulaba de una manera irregular por sus venas; su sueño era intranquilo; su apetito había disminuído considerablemente. Médico, y médico aventajado, aunque no ejerciera, se juzgó enfermo, y con arreglo a sus conocimientos y a sus arraigadas convicciones, se había propinado enérgicos calmantes para restituir a los nervios su tranquilidad; a su imaginación la lucidez; a su sangre la circulación normal; a su sueño la placidez ordinaria, y a su estómago las fuerzas digestivas que creyó que le faltaban; pero la acción de los medicamentos, tropezó sin duda, con la acción de otra fuerza superior, que destruía aquella y que empeoraba el estado de su organismo, en vez de mejorarlo.

Por otra parte, en los sueños intranquilos que se barajaban en su mente durante las noches, y hasta en las pesadillas que a veces le acosaban, veía dibujarse al contorno vago, aéreo de una mujer, cuyo rostro veía a veces,

cuyo semblante adivinaba otras, mujer que, como si hubiera sido un imán poderoso, y como si él hubiera sido andeble partícula de acero, le atraía hacia sí con fuerza irresistible, con atracción incontrastable.

Domínguez, encerrado en su cuarto, sentado junto a una mesa, con el codo izquierdo apoyado en ella, y con la frente apoyada en la palma de la mano, reflexionaba profundamente acerca de su dolencia y de sus causas, mezclando en sus reflexiones el recuerdo de Jacinta y el de la conversación que con ella había tenido días antes. De pronto, saliendo de la honda abstracción en que parecía estar sumido y habriendo los ojos que tenía casi cerrados, exclamó con voz apenas perceptible y sin variar de posición:

—Voy sospechando que esa mujer ha dicho la verdad. Sobre los nervios, sobre la sangre, sobre todo nuestro organismo, noto que hay algo que ejerce una soberana influencia, algo que es superior a la acción de la terapéutica en esta clase de afecciones. Los calmantes que he tomado no me han servido de nada; mis nervios están ahora más rígidos que antes; la sangre circula por mis venas con más ardor, y afluye al corazón con mas velocidad, haciéndole palpar con doble fuerza, y esta fuerza es aún mayor cuando la veo a ella,

cuando escucho su voz, cuando siento junto a mi el roce de sus vestidos.

Si esto que me pasa ahora con ella, me hubiera ocurrido antes con otra, la explicación sería fácil; pero no me ha pasado nunca; es ahora la primera vez que lo siento, la primera vez que lo noto, y no es, por lo tanto, el deseo de la hembra lo que lo produce, sino ella, ella exclusivamente, y no bajo la forma del deseo, sino bajo otra forma distinta que no sé definir, que no me acierto a explicar.

Dicho esto, volvió Domínguez a cerrar los ojos y pareció sumirse en nuevas reflexiones.

—¡El alma—murmuró al cabo de un rato—fuente de todos nuestros sentimientos, origen de todas nuestras pasiones!... así dijo ella, y aunque no creí en semejante cosa, necesario me es convenir en que ese «algo» que impone su voluntad a la sangre y a los nervios, ha de tener un nombre, se ha de determinar de alguna manera, ha de residir en alguna parte dentro de nosotros mismos, siquiera el escalpelo no descubra la célula que le haya dado albergue, que lo haya contenido, en tanto que el soplo de la vida ha animado el cuerpo humano.

Y luego, torciendo el giro de sus reflexiones, sin abandonar por eso la idea que le preocupaba, añadió:

—¿Las simpatías y las antipatías, son acaso, simples impresiones del sistema nervioso, o son hijas de esa otra voluntad que se impone a los nervios y a la sangre? Ese poder oculto que, al dominar nuestro organismo nos subyuga de tal modo, es acaso, lo que denominan alma? ¿Cuál es su radio de acción dentro del cuerpo humano? ¿Hasta dónde alcanza su poder?

Domínguez hizo otra pausa, y luego continuó discurrendo así:

—Las simpatías, como toda clase de afectos, tienen diversas gradaciones, y a una de estas gradaciones, ha dado en llamársele *amor*. Yo he creído hasta ahora que el amor no era más que el celo que aproximaba entre sí al macho y a la hembra; una necesidad orgánica, fuerte; imperiosa, hasta avasalladora algunas veces, pero en cuya satisfacción no entraba, sino de un modo secundario la belleza de la forma; y empiezo a creer que el amor no es lo que me había supuesto, sino la absorción poderosa de un ser por otro, no en el orden físico, sino en el de las sensaciones, en el de los sentimientos. ¿Cómo de otra manera explicar lo que me sucede a mí desde que he conocido a esa mujer? Y ahora vendrá a resultar que aquellos a quienes yo juzgaba ignorantes sabían más que yo en la materia,

que el verdadero ignorante era yo, que me reía de ellos. ¡Como se habrán reído de mí, aún cuando hayan respetado aparentemente mis ideas!

Dominguez enmudeció unos momentos y luego continuó:

—¡Pobre coronel! Te había tenido hasta ahora por un loco, y empiezo a comprender que eres un martir! Tu amor ha sido tan intenso, que a pesar de la ruda prueba por que está pasando, irá contigo a la tumba. Ese sí que ha sido amor, no el aleteo del pájaro ni el inconstante giro de la mariposa. ¿Y qué es lo que siento yo? Aún no me atrevo a definirlo; aún no acierto a analizarlo con claridad; pero mucho me temo que sea un amor tan grande como el del coronel, y lo temo, porque, de serlo, será como el suyo, inextinguible.

Al llegar a este punto, abandonó Dominguez la actitud reflexiva en que había permanecido hasta entonces, echóse hácia atrás en la silla en que estaba sentado, apoyó la cabeza en el respaldo, y animando algo la expresión de su rostro, exclamó con voz más perceptible:

—Vamos a cuentas, Luís, porque te importa mucho ponerlas en claro. Has llegado hasta la edad de treinta años negando la existencia del amor, como pasión moral y la

existencia del alma. Nada te ha hecho conocer en ellos que tales cosas pudieran existir, y tu vida se ha deslizado plácida y tranquila, riéndote de cuantos sustentaban opiniones contrarias a las tuyas.

Pero he aquí que se ofrece a tus ojos una mujer, y que al verla, sientes un estremecimiento vago que jamás sentiste; que tu sangre se enardece, que precipita su curso, y que acelera y hace más fuertes los latidos de tu corazón; que sueñas con ella; que su voz te atrae; que su modo de hablar te seduce; que su ingenio y su saber te encantan; que por más que quieras despreocuparte de ella no lo consigues; que su imagen se ha fijado en tu retina de una manera imborrable; que es el objeto constante de tus pensamientos; que te entristeces cuando no la ves; qué te alegras cuando la miras, y que, apesar de tantas atracciones de parte de ella, y apesar de tanta solicitud de parte tuya, tu naturaleza no se ha revelado, como otras tantas veces a la vista de una mujer cualquiera. ¿Que deduces de todo esto, Luís? ¿que nombre tiene ese estado patológico-moral en que te encuentras? ¿será el amor sublime emanación del alma, como dicen los poetas? ¿Será que los locos estaban cuerdos y el cuerdo era el único que estaba loco? ¿Qué es lo que vas a hacer al en-

trar ahora en el dominio de la razón? Vas a decirles a tus amigos que has reconocido lo absurdo de la tesis que venías sosteniendo hasta ahora? No; eso, nunca: del mismo modo que los militares deben conservar el honor de las armas, tu debes conservar el honor de tu bandera: seguirás pareciendo excéptico, aunque hayas dejado de serlo. ¿Le confesarás tu amor a la mujer que te lo ha inspirado? Las más elementales reglas de caballerosidad te dicen que no debes hacerlo, que no es noble hacerlo, porque esa mujer no es libre, ni tu amor es una pasión lujuriosa, en el gráfico sentido de la frase. No: la razón te dice que no debes hacerlo, pero ¿prevalecerá la razón sobre los impulsos de tu alma? pues ya tienes que confesar que el alma existe.

Iba sin duda a dar Domínguez satisfacción a aquellas preguntas, cuando llamaron a la puerta de su cuarto.

—¿Quién es?— preguntó un tanto contrariado.

—Yo, contestó Tamarit.

Domínguez, cuyo semblante había perdido su taciturnidad en el largo curso de sus reflexiones, se levantó y abrió la puerta.

—¿Qué demonios haces en tu cuarto cerrado por dentro? ¿será cosa de que escondas algún contrabando?

—No, y puedes cerciorarte de ello si quieres,—le contestó a su amigo.

—¿Entonces, que haces?

—Me dedico hace unos días a estudios clínicos.

—¿Sin clínica?

—¿Qué falta hace la clínica para el estudio de las afecciones que vosotros llamáis morales?

—¿Y, al estudiar esas afecciones, no has dado aun con el alma?

—¡El alma! ¿cómo quereis que dé con élla si decís que es invisible e inpalpable?—contestó sonriendo.

—Invisibles e inpalpables son también los dolores.

—Efectivamente: en eso tienes razón. Los dolores son sensaciones nerviosas, y por mucho que los sienta el enfermo, el médico no los ve nunca.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo?

—¿A dónde?

—A donde te parezca.

—Como gustes; tomaremos un bote y nos iremos a dar una vuelta por la bahía.

—Parece que empiezan a gustarte los paseos marítimos.

—Sí, porque se cansa uno menos y se respiran brisas más frescas.

La verdadera razón de Domínguez no era aquella, sino la de pasar cerca del yate, y ver, si le era posible, el rostro de Jacinta.

XIV

Diplomacia femenil.

Coronel— dijo Labastida—yo vengo expresamente a pedirle a usted un favor.

—Ya sabe usted que estoy siempre a su disposición ¿qué es ello?

—Un capricho de mi mujer.

—En ese caso, lo estoy con doble motivo, explíquese usted.

—Tengo entendido que lord Welt y su señora proyectan una gira marítima en su yate...

—A propósito de ello—dijo el coronel interrumpiéndole—anoche me autorizaron dichos señores para que invitase en su nombre a usted a Tamarit y a Domínguez, como amigos míos: la gira se efectuará el domingo: la chalupa nos esperará en el muelle a las seis en punto de la mañana. Queda usted, pues, invitado.

—En tanto que yo dé las gracias personal-

mente a los señores de Welt, ruego a usted, coronel, que se las dé en mi nombre; pero.....

—¿Qué?

—Que como dije a usted antes, mi mujer tiene un capricho, y ya conoce usted lo obstinada que es cuando se encapricha.

—¿Qué desea su señora de usted?

—Concurrir también a la gira.

El coronel que algo sabía por Jacinta de los celos de Remedios y de la escena del teatro, contestó a Labastida con la más perfecta naturalidad.

—El deseo de su señora de usted es muy razonable, pero tropieza con una dificultad.

—¿Cuál es? — preguntó German contrariado.

—Con la de no haber sido presentada a esos señores: ya sabe usted que los ingleses son muy puntillosos en ese particular.

—Ciertó; pero esa dificultad puede desaparecer puesto que aun hay tiempo para que yo les haga su presentación, contando con su permiso previo.

—No lo veo tan fácil como usted cree, porque ni ellos reciben a bordo más visitas que las de Salazar y las mías, ni es fácil hallar en tierra una oportunidad para hablarles, dado lo escaso del tiempo. Sin embargo inténtelo usted.

Inferno de los hombres.—9

—¿No le parece a usted mejor otra cosa?—
dijo Labastida, temeroso del éxito de su
empresa.

—¿Cuál?

—Que usted que ha sido el encargado de
invitarnos, rogase en mi nombre a los señores
de Welt permiso para ampliar la invitación a
mi esposa, previa la presentación correspon-
diente, si tan de rigor es.

—Lo haré, si usted tiene gran interés en
ello—le contestó el coronel, que no encontró
medio de llevar más adelante su resistencia
sin herir la susceptibilidad de Labastida.

—Tanto es mi interés, que si mi mujer no
va, no podré yo ir: es tan voluntariosa y a ve-
ces, tiene un carácter tan entero, que pre-
veo, en esta ocasión, un disgusto serio, si no
realiza su propósito. Hágalo usted, coronel,
más bien que en obsequio suyo, en el de mi
tranquilidad.

—Lo haré.

—Gracias de todo corazón ¿Cuándo podré
saber el resultado de mi ruego?

—Mañana probablemente.

—En usted confío.

—Haré cuanto pueda.

El coronel era hombre sério y de palabra:
dos horas después tomó un bote y se hizo con-

ducir al yate, en donde fué cariñosamente recibido.

—Algo trae V.—le dijo Jacinta sonriendo—cuando viene a vernos sabiendo que dentro de dos horas íbamos a saltar a tierra: algo trae V., que no debe ser muy satisfactorio, a juzgar por lo que leo en su semblante.

Si no la conociera a V. hace ya algún tiempo—le replicó el coronel con galantería—su observación me daría la medida de su perspicacia.

—¿He acertado, pues?

—Si señora: vengo impulsado por la amistad a pedir a Vdes. un favor, que no quisiera pedirles.

—Y que sabe V. lo tiene concedido desde luego—dijo el lord.

—No, eso no—replicó el coronel—el asunto es de tal naturaleza, que merece discutirse antes.

—¿Tan grave lo considera V?—preguntó Jacinta.

—Júzgue V. por sí misma. Mi amigo La bastida ruega a Vdes. por mi conducto, que tengan Vdes. la bondad de ampliar a su señora, la invitación que ha recibido para la excursión marítima.

—¡Ah!—exclamó Jacinta.

Comprendiendo—yo que la presencia de

su señora en el barco, pudiera ser causa de rozamientos o de disgustos, dado el carácter de Remedios, le objeté que no habiendo sido Emilia presentada a Vdes., veía una dificultad en complacerle, pero tanto insistió y de tal manera lo hizo, que ofrecí transmitir a ustedes su ruego y apoyarlo en cuanto pudiera.

—En verdad, coronel, que si otro que usted lo hiciera, la negativa hubiera sido inmediata: siendo V. el que transmite y apoya el ruego, me atengo a lo que antes le dijo Eduardo. Concedido.

—¿Lo ha pensado V. bien?—le preguntó el coronel lleno de admiración.

—No he pensado más que en complacer á usted: lo demás lo pensaré luego.

—¿De modo que puedo decirle a Labastida?...

—Que la invitación es extensiva a su señora.

—¿Sin previa presentación?

—Sin previa presentación.

—Muchas gracias en su nombre y en el mío, sobre todo.

—No coronel —le dijo Jacinta con el rostro radiante de alegría— las gracias se las damos a V. nosotros por habernos ofrecido una oca-

sión en que podamos demostrarle lo mucho que le queremos: Hoy comerá V. con nosotros.

—Señora: si usted me permitiese rehusar la invitación...

—No, porque dejaría de ser una verdad la ley de las compensaciones; he accedido a su primera petición, y justo es que ahora ¡me niegue a la segunda.

—Como usted guste—repuso el coronel sonriendo.

—Además—le dijo el lord—usted es de casa, ahora y siempre, y no necesita que se le invite á nada en lo sucesivo: venga usted a comer con nosotros cuando quiera; disponga de nosotros como se le antoje, y crea que, cada vez que lo haga, nos proporcionará usted una verdadera satisfacción, y que, cuando no lo haga, nos causará un disgusto.

—Y como ese disgusto y esa satisfacción serán iguales para ustedes que para mí—le repuso el coronel estrechando la mano que el lord le ofrecía—prometo usar, y hasta abusar de su generoso y noble ofrecimiento.

Aquella misma noche supo Labastida por el coronel que estaba autorizado para que su esposa le acompañara en la excursión marítima, y dispensado de la previa presentación, noticia que le llenó de júbilo y que corrió inmediatamente a comunicar a su mujer.

Ni el lord ni Jacinta saltaron a tierra aquel día, como hacían de costumbre, y temerosa Remedios de que alguno de ellos se hubiera puesto malo, convino con su esposo en que irían al yate a la mañana siguiente, como lo efectuaron. No hay que decir que Jacinta los esperaba.

—¿Qué ocurre?—le preguntó a esta Remedios.

—Nada de particular.

—Como no bajasteis ayer a tierra.

—Te diré: vino el coronel Rocamora a ver-
nos; le hicimos que se quedara a comer con
nosotros; nos subimos luego a la toldilla a
tomar el fresco y el café; se enredó la conver-
sación, y, cuando quisimos recordar, era ya
tarde para vestirse y saltar a tierra, ó mejor
dicho, tuvimos pereza de hacerlo.

—Me alegro que no haya sido más que eso:
temí otra cosa.

—Tú ves muchas visiones—le dijo Jacinta
sonriendo y acariciándola mimosamente.—Y
a propósito, ahora que estamos solas, dime:
¿te vas persuadiendo de que tus celos no te-
nían razón de ser, ni era otra cosa que visio-
nes de tu imaginación calenturienta?

—Sí; voy empezando a sospechar que te-
nías razón.

—¿Empezando a sospechar nada más?

—Te parece poco.

—Sí, muy poco, porque ya debías estar persuadida de ello.

—El día que lo esté, volveré a ser completamente feliz.

—¿Es decir, que aún dudas?

—Aún, y eso que Guillermo, desde que vosotros habéis llegado, se porta correctamente.

—Como lo hacía antes, a pesar de tus suposiciones.

—Que quieres, hija—arguyó Remedios haciendo un mohín—aún no estoy segura del todo.

—Pues yo he de hacer que lo estés.

—¿De qué modo?

—Curando la llaga de tu corazón por el mismo procedimiento que emplean los médicos para curar las úlceras; aplicándole un cauterio.

—No se lo que quieres decir con eso.

—¿No? Pues te lo explicaré para que lo entiendas. ¿No me dijiste que estabas celosa de la mujer de Labastida por haber visto a tu marido una noche en su palco?

—Sí.

—Pues bien, no para persuadirte, sino para convencerte de que tus celos han sido infundados, y que no has hecho otra cosa que ver visiones, a la única señora que he invita-

do para que nos acompañe en la excursión de pasado mañana, ha sido a ella.

Remedios hizo un fuerte movimiento de contracción y se puso seria.—Jacinta se echó a reír.

—Primer efecto del cauterio—dijo—lo esperaba.

—¿Dices que la has invitado?—preguntó Remedios sin perder su seriedad.

—Sí.

—En ese caso, no cuentes con nosotros.

¿Que no? ¡Vaya si cuento!

—Te digo que no.

—Y yo te digo que sí; escucha: ¿Me supones capaz de favorecer los amores ilícitos de tu marido?

—No.

—¿Crees que yo pueda haber concebido el propósito de hacerte pasar un mal rato?

—Tampoco, pero el hecho es...

—Calla y déjame hablar. Las dudas no se desvanecen con suposiciones, sino con hechos. El enemigo es menos temible cuando lo vemos a la luz del día, que cuando se oculta en la sombra. Puesto que dudas aún, quiero que los hechos te demuestren que haces mal en dudar y, para ello, saco de la sombra a esa mujer que crees enemiga tuya, y la pongo a la luz del día para que veas sus actos y los de

tu marido, y te convenzas de que tus celos han sido quimeras, desvaríos de tu mente y nada más.

—¿Y si resultara lo contrario de lo que tú esperas?

—Si resultara lo contrario de lo que espero y creo, lo deploraría hondamente, y te diría: tienes razón; tu marido es indigno de tí: despréciale, o resígnate con tu suerte, según te dicte el corazón.

—Bien—dijo Remedios, dominada por el acento persuasivo de Jacinta—me someto a la prueba por dolorosa que pueda ser para mí: cuenta con nosotros.

Jacinta la abrazó cariñosamente y le dijo con dulzura:

—Ahora, lo que te ruego es que abras bien los ojos para no ver visiones, y que ni en tu semblante ni en tus actos, reveles contrariedad alguna en presencia de esa señora que, por lo que el coronel me ha contado, no brilla a gran altura por su educación ni por su lenguaje.

—Es muy hermosa.

—Pero palurda, sin que tal falta le pueda ser imputable; nacida en la montaña y criada en un pueblo, no ha podido aprender más que lo que le han enseñado, y eso, que ya la lima de su esposo dicen que la ha pulimentado mu-

cho. Te hago esta observación. para que puedas apreciar mejor sus actos y sus palabras y evitar que les des torcida interpretación.

Remedios, que no había dejado de estar pensativa hasta entonces, dibujó en sus labios una sonrisa plácida y exclamó:

—Me figuro lo mucho que habrá sufrido Labastida con las vulgaridades de su mujer, y ahora me explico por qué no visita a nadie.

Remedios ocultó detrás de aquella frase, el pensamiento que se le había ocurrido de vengarse de los malos ratos que Emilia le había hecho pasar, riéndose de sus desplantes.

Cuando lord Welt y Guillermo, se acercaron con los niños al sitio, en que estaban sus respectivas mujeres tomando el fresco, éstas habían cambiado de conversación, y concertaban un viaje en familia para el año siguiente, a las grandes posesiones que el lord posía en Inglaterra, y en las cuales abundaba la caza, diversión favorita de Guillermo.

XV

A bordo del yate

Po indicación de Jacinta y con objeto de que los niños no madrugaran tanto, habíanse ido a dormir al yate, Remedios, su esposo y

sus hijos, la víspera del día concertado para la expedición, y lord Welt, que había sabido la manera ingeniosa con que su mujer había salido del atolladero, tuvo ocasión de advertir a Guillermo que entre los expedicionarios se contaba la señora de Lastida.

—¿Lo sabe Remedios?—preguntó algo desconcertado.

—Anteayer se lo dijo Jacinta.

Guillermo se quedó asombrado: no comprendía cambio tan radical en su mujer.

A las seis de la mañana desatracó del muelle la chalupa, y pocos minutos después llegó al yate el resto de los expedicionarios, se izó la chalupa hasta dejarla pendiente de los pescantes de estribor, se levó el ancla, y se puso en movimiento la poderosa hélice.

La presentación de Emilia a los dueños del barco y a Remedios, hecha por Germán, no acusó circunstancia alguna extraordinaria ni justificó la fama de vulgar de que iba precedida la presentada: se conocía que ésta había tomado bien las lecciones que para aquel acto le diera su marido. Remedios también estuvo correctísima, a pesar de que el corazón le palpitaba con más fuerza que de costumbre.

—Señores,—dijo Jacinta,—ante todo, vamos a desayunar: después les haré a ustedes los honores de mi casa. Coronel: ofrézcame

usted el brazo: doctor,—dijo a Dominguez,—ofrézcale el suyo a Remedios, que mi esposo hará otro tanto con la señora de Labastida: los demás,—añadió sonriendo,—tengan ustedes paciencia, y vayán solos.

El comedor, situado en la cubierta y en el tercio anterior del yate, era espacioso, ventilado, alegre, y estaba artísticamente alhajado: sus paredes eran de cedro, pero pintadas al óleo, ofreciendo dibujos encantadores; el techo estaba pintado igualmente al óleo, y era la obra maestra de un pintor célebre: la mesa, situada en mitad del comedor y capaz para doce cubiertos, era una joya del arte de la ebanistería, así como los sillones giratorios que la rodeaban: toda la vajilla era de plata repujada: las copas eran de cristal de Bohemia, y tanto aquella como éstas, ostentaban una E. y una J. entrelazadas, o sean las iniciales de sus dueños, cifra que campeaba igualmente en el mantel, en las servilletas y en los cubiertos.

Emilia quedó sorprendida al ver tanta fastuosidad, tanta riqueza, y no quedaron menos sorprendidos que ella, su esposo, Tamarit y Dominguez. Para Emilia, aquello fué un deslumbramiento; para Labastida, un sueño de hadas; para Tamarit, un cuento de las *Mil y*

una noches, y para Dominguez, la magnificencia en un imposible.

Té, café, chocolate, pastas deliciosas, flambres exquisitos, vinos de las mejores marcas del mundo, frutas delicadas, todo ello entre girnaldas de flores caprichosamente esparcidas sobre la mesa, flores que parecían derramarse de hermosas canastillas, sostenidas en los ángulos del comedor por cuatro artísticas figuras de bronce, y que evidenciaban ser una sevillana la reina de aquella mansión flotante.

—Queda suprimida la etiqueta durante el viaje,—dijo Jacinta al tomar asiento en la mesa:—pida cada uno lo que guste y tome lo que quiera.

—¿Que vá usted a tomar?—le preguntó al coronel, que se sentó a su lado.

—Una taza de té con leche y unas pastas: mi desayuno ordinario.

Los camareros, vestidos de frac y corbata blanca, atendieron a todos con solícito esmero. Remedios tenía a Emilia enfrente de sí. Guillermo se había sentado al lado opuesto de la mesa en sitio en que ni él veía a Emilia ni Emilia podía ver a él, para evitar a su mujer todo género de disgusto; pero excusado es decir que ésta, aunque parecía no mirarlos, no separaba los ojos de ella.

A las siete terminó el desayuno, y en tanto que los caballeros se fueron al gabinete de fumar, las señoras subieron a la toldilla, sombreada por un doble toldo de lona. El yate, marchando a una velocidad de diez y ocho millas por hora, bordeaba la costa en dirección a Bilbao, levantando con su afilado tajamar torrentes de espuma.

—¿Le gusta a usted el mar?—le preguntó Jacinta a la mujer de Labastida.

—Me gusta cuando está tranquilo como hoy,—le contestó ésta.—pero no cuando se pone furioso.

—Entonces es cuando hay que admirarlo,—le dijo aquella.

—Eso dice Germán,—replicó Emilia,—pero ¡como dice tantas tonterías!

Jacinta se le quedó mirando fijamente; Remedios se mordió los labios para no soltar la carcajada.

—Figúrense ustedes—siguió diciendo Emilia—que siempre anda a vueltas con las Musas, o con las musarañas como yo las llamo, y que nunca da a las cosas su verdadero nombre, sino otros que yo no entiendo.

—Los poetas usan un lenguaje especial—replicó Jacinta.

—Por eso me carga la poesía—dijo Emilia con aplomo.

—Yo siento que Guillermo no sea poeta—dijo Remedios.

—Pues no lo debe usted sentir—le replicó Emilia—porque si lo fuera ya tendría usted los oídos podridos de tanto oírle decir versos.

—El lenguaje poético es muy armonioso—dijo Jacinta sonriendo.

—Sí, como la música.

—¿Tampoco le gusta a usted la música?—le preguntó Remedios.

—Me gustan las canciones del Ampurdán, las camarellas y las sardanas: todo eso se entiende, pero lo demás me aburre; por eso voy tan pocas veces a la Opera.

—Ya se le irá a usted acostumbrando el oído y acabará por gustarle—le dijo Remedios.

—No lo crea usted: cada día me carga más: prefiero los títeres: en éstos me distraigo y me río, mientras que en el teatro, si no fuera porque me entretengo hablando o viendo la gente, me dormiría.

Los cabelleros, después de fumar un cigarrillo, subieron a la toldilla; Jacinta salió a su encuentro, y les dijo:

—¿Han acabado ya de fumar?

—Si señora—le contestó Tamarit.

—¿Quieren ustedes ahora ver mi casa?

—Con mil amores—dijo Labastida—aun-

que, por lo que ya hemos visto de ella, es de presumir que sea una mansión de hadas.

Jacinta de una parte y lord Welt de otra, hicieron a sus invitados los honores del barco, que, si no era una mansión de hadas como había dicho Labastida, era una mansión flotante verdaderamente regia, en la que lord Welt había acumulado, en obsequio a Jacinta, cuanto la comodidad, el buen gusto y la riqueza pueden conciliar para recreo de los sentidos y embellicimiento de la vida. Distribución hábilmente acertada del entrepuente para habitaciones de los dueños del yate; tapices riquísimos, cortinajes espléndidos, alfombras pérsicas, mármoles, bronce, porcelanas, todo ello admirablemente colocado, sin aglomeración, en consorcio perfecto, con gusto exquisito, respondiendo a una idea general, pero sobresaliendo entre todo por su magnificencia, el salón, el tocador de Jacinta y la biblioteca del lord.

Imposible precisar los millones que todo aquello habría costado, como imposible también describir el efecto que su vista produjo en los invitados. Emilia se quedó pasmada, según dijo luego; su esposo se quedó estático, Domínguez meditabundo, y Tamarit como si soñara, pues nunca imaginó tantas grandezas

en espacio tan reducido y expuesto a las contingencias de un naufragio.

—Ahora—dijo Jacinta—a tomar el fresco en la toldilla y a descansar un rato hasta la hora de almorzar, que el yate cambiará de rumbo. Esta tarde daremos un paseo por la playa de Biarritz.

Ya en la toldilla, se acercó un instante a Remedios y le preguntó:

—¿Estás contenta?

—Hasta ahora no he observado nada en Guillermo—le contestó su amiga.

—¿Y en ella?

—En ella sí: parece que le busca con los ojos.

—Aún cuando lo que te parece sea cierto —le objetó Jacinta—no debe preocuparte. Las mujeres somos, a veces, el demonio, y nos complacemos en hacer rabiar a las demás por gusto, por capricho, o por mala intención. Mientras tú no veas que tu marido se entusiasma o que la busca, nada temas y sea lo que fuere lo que veas, ten la prudencia de contenerte y de no demostrar tu contrariedad.

—Procuraré hacerlo así.

—No basta que lo procures: es preciso que lo hagas.

—Bien, lo haré.

Infierno de los hombres.—10

—¿Me das palabra de ello?

—Te la doy.

Domínguez subió a la toldilla fuertemente impresionado; en presencia de tanta maravilla como había deslumbrado sus ojos, la figura de Jacinta tomó para él proporciones colosales, y al lado de aquella figura, se consideró un pigmeo. Desde que sus ideas habían tomado otro giro, no dudaba ya de la existencia del amor, y comprendía que este empezaba a invadir y tiranizar todo su sér; pero aunque nada esperaba, aunque ninguna pretensión tenía, el crecimiento colosal de aquella mujer que se le había entrado por los ojos y aposentado en el alma, le hacía daño, porque suponía para él otro imposible más.

La frente le ardía cuando subió a la toldilla, y en vez de sentarse, como los demás hicieron, se acercó a la borda y fijó su mirada en el mar. Jacinta, después de hablar con unos y con otros, se acercó a él y le preguntó:

—¿Que tiene usted doctor? Le veo algo pensativo.

—¿Quién no lo ha de estar,—repuso Domínguez procurando ocultar su emoción,—ante la grandeza del mar y las magnificencias de la tierra?

—Me extraña esa admiración en usted,—le replicó Jacinta.

—¿Por qué?

—Porque, dada su especial filosofía, no creí que tuviera usted numen poético.

—Todo cambia en este mundo,—le dijo Domínguez.

—¿Y desde cuaddo ha cambiado usted?

—Desde que me ha hecho usted conocer que existe el alma.

—¡Ah! ¿luego está usted convencido ya de ello?

—Sí, señora; pero no la diga usted a nadie, porque se reirían de mí.

—Le guardaré el secreto,—le dijo Jacinta sonriendo,—y permítame que me felicite de haberle convertido. ¡Era cosa tan triste ver a un hombre del talento de usted, marchando por sendas tan extraviadas!

—Sin embargo, señora, aquellas sendas me eran conocidas, y avanzaba por ellas con paso firme, en tanto, que al encontrarme hoy en la senda verdadera, no me atrevo a adelantar un pie, por miedo de tropezar y de caer en el abismo.

—Ya encontrará usted quien le guíe por ella; aún es usted joven: no se desamine usted,—y sonriendo con su acostumbrada naturalidad, fué a sentarse en el corro que formaban los invitados.

—Señora; llega usted a tiempo,—le dijo

Tamarit, — estábamos conviniendo una gira campestre para el domingo próximo, y deseamos conocer su opinión.

—No me parece mal la idea,—repuso Jacinta.

—¿De modo que acepta usted?

—¿Por qué no?

—En ese caso, Labastida y yo nos cuidaremos de prepararlo todo.

Jacinta miró de soslayo a Remedios y no leyó en su rostro señales de contrariedad: se conocía que estaba satisfecha de la conducta de Guillermo.

El almuerzo y la comida fueron delicados y espléndidos: el cocinero del yate debía de ser un consumado maestro en el arte culinario: el repostero estuvo a la altura del maestro de cocina: los vinos fueron exquisitos, y las frutas, exóticas en su mayor parte y admirablemente conservadas.

A las seis y media de la tarde, después de doce horas de una navegación deliciosa, el yate fondeó en la rada de Biarritz, y los expedicionarios desembarcaron en la playa. ●

En sitio pintoresco de ella y sentada sobre una pepueña roca, veíase una dama, joven y bella, con la vista fija en el mar y al parecer pensativa: a la aproximación de los paseantes levantó la cabeza, se puso en pie, y se adelan-

ta hasta ellos con la sonrisa en los labios y la alegría en el rostro.

— ¡Que feliz casualidad! — exclamó dirigiéndose a Jacinta y alargándole la mano.

— En efecto, condesa, — dijo ésta estrechando la mano que aquella le ofrecía y sonriendo de una manera equívoca.

— Lord: le felicito a usted, — prosiguió la dama, — casualmente me encontraba en Londres cuando su casamiento.

La señora que así se expresaba no era otra que Herminia, condesa de Crouchy, antigua amiga de Jacinta, cuando esta brillaba como un astro en París cuatro años antes.

— ¿Y Cecilia? — le preguntó Jacinta con cierta frialdad, pues no había olvidado el desvío de Herminia en Calais, dos años antes.

— Con unas amigas tuyas, pero no tardará en venir, pues sabe que la aguardo aquí. ¿Donde verenean ustedes?

— En San Sebastián.

— ¿En tierra?

— A bordo del yate.

Herminia, que no se había fijado hasta entonces en los acompañantes de Jacinta, reconoció a Guillermo, y alargándole la mano con fina coquetería, le dijo sonriendo.

— Dispense usted señor de Salazar: no le había visto.

Salazar correspondió atentamente al saludo, aunque contrariado por el encuentro.

—¿Y su familia de usted?—le preguntó la dama con disimulada ironía.

—Tengo el honor de presentarle a usted, condesa: mi mujer, y mis hijos,—dijo indicándolos, y luego, dirigiéndose a su mujer añadió: —La condesa de Crouchy, a quien tuve el honor de conocer en París en casa de nuestra amiga Jacinta.

Remedios saludó a Herminia con marcada frialdad: la hermosura de la condesa se le había indigestado, y más aún que ésto, el que su esposo no le hubiese hablado nunca de tal conocimiento.

—El domingo próximo,—dijo Herminia a Jacinta, iré a hacerles a ustedes una visita con mi sobrina.

—No nos encontrará, porque ese día lo vamos a pasar en el campo, para el que hemos proyectado una excursión.

—Ese no es un inconveniente,—exclamó el lord.—La señora condesa y su sobrina pueden, si gustan, concurrir a la expedición.

—Acepto, desde luego,—dijo Herminia con marcada alegría. Remedios contrajo el rostro, y Jacinta disimuló habilmente su contrariedad.

Momentos después se despidieron todos de

la condesa y siguieron su paseo por la playa. Remedios se acercó a su marido y le dijo con resquemor:

—Veo que por todas partes conoces mujeres bonitas.

—Es verdad—le repuso él con mimo—desde que te conocí a tí, que eres la más bonita y la mejor de todas.

—¿Por qué no me has hablado nunca de esa señora?

—Porque fué una de las muchas que conocí en París en las reuniones a que asistí, y cuyos nombres tenía completamente olvidados.

A las siete y media reembarcaron los expedicionarios y el yate hizo rumbo a San Sebastián. Emilia, que no había desistido de su idea de hacer rabiar a Remedios, y que hasta entonces no había dado con la oportunidad de hacerlo por el cuidado que Salazar había tenido de esquivar todo encuentro con ella, aprovechó un instante en que aquel se fué hacia la borda del yate, y levantándose y acercándose a él de manera que Remedios lo observara, le dijo:

—Oiga usted Salazar.

—¡Señora!...—contestó él inclinándose con exquisita finura, pero visiblemente contrariado.

—Estoy resentida con usted.

—Lo siento mucho, señora.

—Le ofrecimos a usted nuestra casa y aún no ha parecido usted por ella, ¿cree usted que eso está bien?—le preguntó Emilia clavando en él sus grandes ojos.

—Ocupaciones, de una parte, y de otra la delicada salud de mi mujer, me han impedido cumplir con el deber de visitarla,—le contestó Guillermo con naturalidad.

—¿Pero lo hará usted?

—En cuanto mi esposa pueda hacerlo conmigo.

—Lo mismo me da que vaya usted solo que acompañado: el hecho es que nos debe usted una visita y que no se la perdono,—dijo Emilia sonriendo de una manera provocativa, para que lo viese Remedios.

—Pagaré la deuda,—replicó Salazar sin corresponder a su sonrisa—y ahora, permítame usted que la deje, porque veo que Jacinta me hace señas de que vaya. A los pies de usted.

Lo de las señas de Jacinta fué un pretexto, pero Salazar estaba en áscuas y comprendía lo que su mujer estaría sufriendo, dado su carácter y la predisposición que tenía contra Emilia.

—Esa mujer es una infame,—dijo Remedios a Jacinta en voz baja.

—No hagas caso; ya habrás visto que tu marido no ha podido estar más correcto.

—Los hombres saben disimular cuando les conviene.

—No conjetures, que ese es el defecto que tienes y que te hace sufrir tanto: atente siempre a los hechos.

—El hecho es que ella le está provocando.

—Y que él se muestra impasible ante la provocación.

—¿Y esa condesa que hemos encontrado en Biarritz?

—No fué más que una simple conocida suya, te lo aseguro.

El yate fondeó en San Sebastián, y a las diez de la noche estaban en tierra todos los pasajeros, después de haber dado las gracias al lord y a su esposa por sus exquisitas atenciones, pero no todos estaban igualmente contentos. Remedios estaba preocupadísima: comprendía que su esposo había observado una conducta irreprochable, pero aquellas dos mujeres, y sobre todo Emilia, le habían excitado los nervios de una manera horrible. Domínguez no estaba menos preocupado que ella, aunque por distinta causa: la regia fastuosi-

dad en que vivía Jacinta, le pareció, que agigantaba la distancia que le separaba de ella, y, sin embargo, la imagen de aquella mujer se le iba grabando cada vez más en el corazón.

XVI

Visita inesperada

Remedios no pudo conciliar el sueño en toda la noche, y no obstante lo correctamente que había estado su esposo, veía en peligro su felicidad; no tanto por parte de la condesa de Crouchy, que al fin y al cabo, no había cometido irregularidad alguna, como por parte de Emilia, que todo el día había estado buscando a Guillermo con los ojos, y que, por último, se había atrevido a llamarle y a provocarle con miradas y sonrisas acariciadoras. Pudiera no ser aquello más que coquetería, porque todos las mujeres tienen, en mayor ó menor grado, el coquetismo en la sangre, pero la coquetería en la mujer, es siempre un peligro para el hombre, es el jabón que hace resbalar, y caer a veces, al que más presume de marchar con paso firme.

De otra parte, las mujeres criadas en los pueblos arrinconados, lejos del verdadero trato social, ni son tan dadas al coqueteo como las de las ciudades, ni poseen tan a la perfección como éstas el arte de fingir, y al dejarse llevar por sus impresiones y por sus sentimientos, exteriorizan más y se venden con mayor facilidad.

Para Remedios fué evidente, después de las largas divagaciones de su espíritu en aquella noche, que le pareció larguísima, que Emilia había concebido el propósito de arrebatarle el cariño de Guillermo, que éste, aun cuando resistiera a la tentación, corría peligro de caer en ella, dada la hermosura sugestiva de aquella mujer voluntariosa, por cuyas venas debía correr lava en vez de sangre.

Nada, sin embargo, dijo a su esposo: hasta temía llamarle la atención sobre aquella mujer; nada le dijo, pero como la idea no se separó ya de su mente, su intranquilidad fué aunmentando en vez de disminuir. Guillermo, que se percató de la preocupación de su mujer, y que temió otro desbordamiento de celos, procuró tranquilizarla extremando sus atenciones para con ella y no separándose del lado suyo, sino el rato que, después de comer, pasaba con sus amigos en la terraza del hotel. Jacinta, con la cual Remedios no se franqueó

en aquella ocasión, también procuró tranquilizarla.

El jueves por la noche supo Remedios que Labastida y Tamarit habían acordado emplear toda la mañana siguiente en explorar el camino que conduce a Tolosa, no por la parte de Hermani, sino por entre Choritoquieta y Burantza, para elegir sitio apropiado y disponer todo lo necesario para la gira del domingo siguiente, y sonrió con satisfacción: en su estado de febril exaltación había concebido un proyecto descabellado, y aquella excursión de los dos amigos, le facilitaba los medios de realizarlo.

—Mañana pienso ir a confesarme—le dijo a su esposo—¿quieres quedarte cuidando los nenes?

—¿Por qué no?—le repuso él.

—No estaré fuera más de una hora.

—Puedes tomarte el tiempo que gustes; ya sabes que no salgo de casa como no sea contigo.

Remedios se vistió de negro a la mañana siguiente, se echó el velito sobre el rostro, cogió el devocionario y salió del hotel, pero en vez de encaminarse a la iglesia, se dirigió a la casa que vivía Labastida, cuyas señas se había hecho dar previamente: llamó y preguntó a la criada que le abrió la puerta:

—¿Está en casa la señora de Labastida?

Nicanora, que no había recibido órdenes en contrario, le contestó afirmativamente.

—¿Está visible?

—Sí, señora

—Hágame usted el favor de anunciarle la señora de Salazar.

—Pase usted adelante,—le dijo la doncella, y tenga usted la bondad de esperar un momento.

Emilia se quedó sorprendida al saber que Remedios iba a verla sin su marido; pero se encogió de hombros y dijo a la doncella:

—Que pase adelante.

Remedios entró en la sala en la que Emilia le esperaba de pié; se echó atrás el velo que le cubría el rostro, y saludando a aquella con una inclinación de cabeza, le dijo con seriedad:

—Permítame usted que venga a saludarla sin mi marido.

—¿Está enfermo?

—No, señora, pero lo que tenemos que hablar, no debe oírlo él.

Emilia indicó a Remedios un sillón, y le dijo:

—Siéntese usted,—y tomando a su vez asiento en otro sillón enfrente de ella añadió:

—Hable usted.

—¿Qué haría usted si una mujer cualquiera tratase de arrebatárle el cariño de su esposo? —preguntó Remedios, yendo derecha al asunto. Emilia la miró fijamente, reflexionó un instante, y contestó:

—Una de dos: ó sacarle los ojos o no hacerle caso.

—¿Y no cree usted que hay un procedimiento intermedio entre esas dos soluciones?

—Puede ser que lo haya, pero yo no lo veo,—le contestó Emilia—no me he visto en ese caso, y no sé en realidad, lo que haría si me viese en él. ¿Por qué me dice usted eso?

—Porque observé el otro día algo incorrecto en la conducta de usted, que me hizo comprender que tiene pretenciones sobre mi marido.

—¿Yo...? ¡Me gusta la franqueza!

—Sí,—dijo Remedios con la voz algo trémula,—observé que no separó usted los ojos de él en todo el día, y que no paró usted hasta que le llamó aparte y le dijo... no sé lo que le diría usted, pero sí ví cómo le miraba y cómo se sonreía al hablarle.

—Señora,—exclamó Emilia con cierta exaltación.—Si está usted celosa, pídale cuentas a su marido, no me las pída usted a mí.

—Se las hubiera pedido a él,—le dijo Remedios cada vez más nerviosa,—si hubiera

visto que él era el que la buscaba a usted, pero como fué lo contrario, a usted se las pido.

—Yo no doy cuentas a nadie de lo que hago.

—¿Ni a mí?

—Ni a usted tampoco,—y al decir ésto, levantó la cabeza con arrogancia semisalvaje.

En momentos como aquél era cuando Emilia estaba más hermosa: el color que acudía a sus mejillas, el brillo que fulguraba en sus ojos, y la altivez natural que se dibuja en todo su semblante, realzaba extraordinariamente su belleza y la hacían más terrible a los ojos de cualquiera otra mujer. Remedios, al considerarla en aquel instante, se consideró irremisiblemente perdida, sintió que le faltaba el ánimo que hasta entonces la había sostenido; se le encogió el corazón, y empezó a llorar amargamente.

El llanto desconsolado de Remedios impresionó a Emilia, quien, como sabemos, al coquetear con Guillermo no había tenido otra intención que la de hacer rabiar a su mujer por haber tenido celos de ella.

—Cálmase usted—le dijo deponiendo su actitud altiva—y no llore por lo que no debe llorar: ni pienso conquistar su marido de usted, ni he pensado nunca en ello: si otra cosa fuera, se lo diría a usted con la misma fran-

queza; gracias a Dios no tengo pelos en la lengua.

—¿Que no ha pensado usted...?—le preguntó Remedios con voz entrecortada y mirándola fijamente.

—No señora.

—¿Entonces, por qué le perseguía usted tanto con los ojos? ¿por qué le llamó usted aparte? ¿por qué le miró usted de aquella manera provocativa?

Ja, ja, ja—exclamó Emilia con naturalidad—lo hice, porque tuvieran alguna razón de ser los celos de usted: me habían dicho que estaba usted celosa de mí y que por eso no dejaba usted que su marido nos hiciera la visita que tenía el deber de hacernos, y quise vengarme; pero crea usted que si hubiera sabido que tanto le había de escocer a usted, no lo hubiera hecho.

Dijo esto Emilia con tal acento de persuasión, que Remedios respiró con alguna más libertad.

—Mire usted, señora,—continuó diciendo Emilia—hace una hora la tenía a usted atravesada en el estómago, porque, la verdad, me ofendieron sus celos; pero al verla sufrir lo que usted sufre sin motivo, me ha dado usted lástima y quiero desengañarla. Tiene usted un marido que no se lo merece, un marido que,

según dice mi esposo, el coronel, Tamarit y Domínguez, la quiere a usted con toda el alma hasta el extremo que hace groserías por no disgustarla. No podrá usted decir que no soy franca.

—Señora—dijo Remedios—recobrando su serenidad—comprendo que es cierto lo que usted me dice.

—Se lo he dicho con el corazón en la mano.

—Así lo creo y le doy a usted las gracias por ello: no sabe usted el enorme peso que me ha quitado de encima.

—Pelillos al mar—le dijo Emilia levantándose de su sillón y abrazándola sin cumplido alguno—seamos buenas amigas: le he confesado mi falta, usted me perdona, y en paz.

—¿Su falta?

—Sí; el haberle querido dar celos, por capricho.

—Usted es la que tiene que dispensarme a mí el paso que he dado; pero hace algunas noches que ni descanso ni duermo: ¡si supiera usted lo horrible que es la duda en estos casos!

—Pues a vivir y a descansar. Supongo que el domingo será usted de la partida.

—Ahora, sí.

—¿Y que ya no tendrá usted celos de mí, no es verdad?

Infierno de los hombres.—11

Fué tan ingénua la pregunta, que Remedios, desvanecida hasta la última de sus sospechas, le contestó con todas las veras de su alma.

—No señora, no los tendré. Y ahora voy a pedirle a usted un favor.

—Ya le he dicho a usted que soy su amiga: pida usted lo que quiera.

—Que no hable usted de mi visita a nadie, ni aun a su esposo: quiero que lo ignore el mío.

—Por mí no lo sabrá nadie.

Despidiéronse afectuosamente ambas jóvenes, y diez minutos después, entró Remedios en su casa con el pecho dilatado por la satisfacción: ¿Duraría esto mucho?

XVII

La víspera de la gira

El amor hacía rápidos progresos en el corazón de Domínguez, é iba borrando una tras otra cuantas ideas escépticas habían constituido hasta entonces el fondo de su carácter.

Y aquel amor, no era un amor pasajero ni un amor liviano, sino un amor profundo, un

amor noble, un amor digno, que no aspiraba a la conquista material de la mujer amada, sino al consorcio de sus sensaciones, a la identidad de sus ideas, a la unificación de sus pensamientos.

Sin embargo, a pesar de lo espiritual de sus aspiraciones, su recta conciencia se lo reprochaba, y se decía a sí mismo:

—Eres un infame: esa mujer debe ser sagrada para tí: pertenece a otro hombre, a un hombre que se llama amigo tuyo, que te honra con su trato, que te distingue con sus atenciones, y al cual quieres robarle el cariño de su esposa, y hacerle, tal vez, desgraciado el resto de sus días.

Y cuando así reflexionaba, Domínguez se sentía fuerte para dominar su pasión y recluirla en lo más hondo de su pecho: pero cuando veía a Jacinta, cuando oía el eco dulce y armonioso de su voz, cuando sentía el roce de sus vestidos o el calor de su mano en la suya, la voz de su conciencia se acallaba, y el amor surgiendo del pecho con impulso poderoso, pugnaba por llegar a los ojos y a los labios y por desbordarse en miradas acariciadoras y en palabras ardientes y apasionadas.

Al entrar en la vida del espíritu, en la vida del alma, empezó a sentir grandes y levan-

tadas aspiraciones que hasta entonces no había sentido, nobles anhelos, ambiciones honrosas, deseos de nombre y de fama que lo elevaran por encima de la generalidad de los hombres.

Hubiera querido ser pintor como Velázquez, músico como Bellini, filósofo como Spencer, orador como Castelar, guerrero como Napoleón; hubiera querido ceñir a su frente la aureola de los genios para que su nombre, grabado en mármoles, fuera transmitido a la posteridad, de generación en generación.

Pero estas aspiraciones suyas, hijas de la conversión de sus ideas, no salían de su fuero interno por temor al ridículo, por miedo de que sus amigos, que tanto habían censurado su escepticismo, se rieran de él y le tacharan de versátil. Sin embargo, el coronel, hombre viejo y de mundo, había leído en su interior y comprendía, sin decírselo, lo que pasaba en su alma.

Labastida estaba gozoso, halagado por la distinción de que su mujer había sido objeto de parte de los opulentos dueños del yate y por los adelantos que iba notando en ella, había descornado de nuevo en su mente la cortina que velaba sus ilusiones, y se mecía en dorados sueños. Hombre relativamente acaudalado, se había propuesto corresponder en la

medida posible a las deferencias de lord Welt ofreciendo a éste y a su señora una fiesta campestre en la que, a falta de las suntuosidades del lujo, brindase la Naturaleza sus encantos en la forma más variada y deliciosa, y a este efecto había elegido, en unión de su amigo Tamarit, un vallecito enclavado en las vertientes accidentales del monte Buruntza, en cuyo centro se elevaba una casita rodeada de árboles frondosos entre verdes y robustas cepas cargadas ya de racimos, no dorados aún, pero sí agradables a la vista; nnmerosos grupos de adelfas esparcidos acá y allá y coronados por las ramas de los árboles, formaban una serie de pequeños cenadores naturales llenos de sombra y de frescura; ancho emparrado, impenetrable al sol, brindaba, en el frente principal de la casita, sitio apropiado para poner la mesa y descansar de las fatigosas incursiones que se pudieran hacerse en el accidentado terreno que rodeaba a aquella, y un arroyuelo que deslizaba sus aguas cristalinas por entre plantas y flores a pocos pasos de distancia, completaba los encantos de aquel sitio retirado y agreste.

Una vez elegido el sitio y convenido Labastida con el dueño de la posesión, dispuso todo lo necesario sin escatimar gasto alguno para que la gira, sin perder su carácter esencial men-

te campestre, resultara espléndida y digna de aquellos a quienes la ofrecía. Tamarit quedó tan satisfecho como él del resultado de su investigación, y encantado de la disposición del terreno y, sobre todo, de aquella especie de cenadorcitos desparramados sin simetría alguna, que tomaron para él el aspecto de nidos de amor formados por la Naturaleza para el cambio furtivo de un abrazo o de un beso.

Pero el que más contento estaba, era Guillermo: la honda preocupación de su esposa, que tan intranquilo le tenía, había desaparecido el día antes al regresar aquella del templo, como si en él se la hubiera dejado radicalmente. «Sabio debe ser el confesor—se dijo—cuando tal cambio ha logrado operar en ella en breves instantes.» Pero lo que más le sorprendió, lo que le dejó más admirado, fué oírla decir después del almuerzo:

—Me parece que tanto tú como yo estamos cayendo en ridículo.

—¿Por qué?—le preguntó él.

—Porque ya hemos debido ir a visitar a Labastida y a su señora.

Guillermo creyó que aquello era un lazo que le tendía su mujer, y contestó:

—No corre prisa.

—Te parecerá a tí, pero yo creo lo contrario: en primer lugar, porque te ofrecieron

su casa hace ya bastante tiempo, en segundo, porque la mútua presentación hecha en el yate parece indicarlo, y en tercero, porque la invitación para la gira de mañana procede de ellos.

—Si así lo crees—le replicó Guillermo—estoy a tus órdenes: yo no me hubiera atrevido a proponértelo nunca.

—¿Por el temor de disgustarme, no es verdad?

—Precisamente.

—Tú no me disgustas nunca, cuando procedes con la corrección de ahora—le dijo Remedios acercándose a él, apoyando el brazo en su hombro y ofreciéndole un beso con la expresión de la más suprema ternura.

Aquella tarde llegaron a San Sebastián, desde Biarritz, la condesa de Crouchy y su parienta Cecilia, con objeto de concurrir a la fiesta para que habían sido invitadas por Labastida; tomaron habitaciones en una fonda, y a eso de las seis se fueron al puerto, tomaron un bote y se hicieron conducir al yate para visitar a Jacinta.

Esta, que no había olvidado el desaire de Calais, (1) y que previó dicha visita, se propuso vengarse de la condesa, aunque no era

(1) Léase "El Paraíso de las Mujeres".

rencorosa, y dió al afecto las órdenes oportunas, así es que, al atracar el bote a la magnífica escala del yate y preguntar al ayuda de cámara del lord, que se acercó al portalón, si estaba visible Jacinta, respondiera aquel.

—Los señores no reciben: se están preparando para bajar a tierra.

Herminia disimuló habilmente su contrariedad, y entregando al ayuda de cámara su tarjeta, le dijo:

—Entréguela usted a los señores: tal vez al verla nos reciban.

—Es orden absoluta, señora—le contestó el ayuda de cámara—a esta hora no reciben los señores a nadie. Si usted quiere dejar la tarjeta, se la entregaré cuando vayan a embarcar en la chalupa.

El desaire, si lo era, estaba tan bien urdido que Herminia no creyó deber resentirse, y contestó:

—Bien: entréguela cuando salgan, y dígales que procuraremos verles esta noche en tierra.

—Está muy bien.

El bote desatraco del costado del yate, y Jacinta dijo al lord poco después, sonriendo:

—Hubiera dado algo por ver la cara que habrá puesto Herminia.

—No te creía rencorosa—le dijo él.

—No lo soy—replicó Jacinta—y la prueba

es que de ahí no pasa mi rencor. Si esta noche las vemos, las trataré como si nada hubiera ocurrido entre ellas y yo.

—¿No presumes que su asistencia a la gira puede dar lugar a que se agüe la fiesta?

—Te diré: anteayer lo hubiera tenido por seguro, pero hoy no se, porque he notado en Remedios un cambio tan radical como brusco: hoy no parece que haya tenido celos en su vida.

—Los celos son una enfermedad que se podrá aliviar momentáneamente, pero que no se cura jamás, y que surge cuando menos se espera.

—¿Los has tenido tú alguna vez?

—No, hija mía, y eso que, por donde quiera que vas, hay hombres que se apasionan de tí, y es natural: eres joven, eres hermosa, eres rica y eres buena, y ese conjunto de hermosas cualidades, difícil de hallar en el mundo, no puede menos de encender los corazones de otros como encendiste el mío, helado ya por la mano del tiempo; pero tengo en tí una confianza absoluta.

—La verdad es—le dijo Jacinta con dulzura—que no he querido a nadie como te quiero a tí.

—Lo sé; pero por mí no has concebido, ni podías concebir, más que un cariño dulce,

tranquilo, y hay pasiones que llenan el alma y que convierten en fuego la sangre de las venas.

—Si contra mi deseo y contra mi voluntad surgiera en mi pecho una pasión de esa índole—dijo Jacinta con voz vibrante—te juro que sería capaz de arrancarme el corazón antes de ser ingrata contigo.

—También lo sé—dijo el anciano—y quiera Dios que esa pasión no surja en tu pecho mientras yo viva, no tanto por mí, cuanto porque no luches desesperadamente entre el dulce cariño que me tienes y la fuerza avasalladora de la pasión.

Jacinta abrazó al anciano, lo estrechó tiernamente contra su seno, le envolvió en una mirada dulcísima, y le besó con inefable ternura. Su esposo era para ella un ídolo al que profesaba un cariño rayano en la adoración, un ídolo al que se creía capaz de ofrecer en sacrificio la más ardiente de las pasiones: a tal punto llegaba su gratitud hacia él.

Media hora después, el lord y su esposa saltaban a tierra en busca de Guillermo y de Remedios para llevarlos al teatro, en el que lord Welt tenía abonado uno de los palcos de proscenio.

XVIII

Día aciago

El domingo amaneció un día hermosísimo: ni la más ligera nube empañaba los rayos del sol al derramarse oblicuamente por la tierra: tan ténue era la brisa, que apenas hacía oscilar las hojas de los árboles: las suaves emanaciones de las flores y de las plantas, se columpiaban en la atmósfera saturándola con sus perfumes; los pajarillos, posados en las ramas, dando frente al sol, extendían una de sus alas, como para desentumecerlas, y erizaban sus plumas para que los rayos solares penetrasen por entre ellas; todo volvía a la vida después de unas cuantas horas de reposo, a impulso de la luz y del calor.

Por el estrecho camino que entre dos vertientes empinadas nace en un extremo de la concha y se interna en giro tortuoso en dirección a Tolosa, desfilaba alegremente la original carabana organizada por Labastida. Todos los expedicionarios iban montados en sendos burros primorosamente enjaezados: los que montaban las señoras iban provistos de jamugas, y de albardas los que montaban los caballeros.

Cada señora tenía designado un caballero para que la atendiera durante todo el día, y la designación la había hecho Germán. Lord Welt no tenía pareja, bien es verdad que había solicitado para sí el cuidado de los niños, diciendo:

—Puesto que los viejos volvemos a la primera edad, y yo soy aquí el más viejo de todos, me cuidaré de Carlitos y de mi ahijada, y seremos tres niños en vez de dos.

Las parejas habían quedado organizadas en la forma siguiente:

Herminia con Guillermo Salazar

Jacinta con Domínguez

Emilia con Tamarit

Cecilia con el coronel, y

Remedios con Labastida.

Cada señora iba seguida de su correspondiente caballero por el orden que hemos indicado: a retaguardia iban los niños con lord Welt, y detrás de éstos y cerrando la marcha, media docena de criados para lo que pudiera necesitarse.

Nada tan natural y exsento de incidentes como una calgata, para la gente del campo, ni nada tan extraordinario ni accidentado como ella para las personas de la alta sociedad. El menor tropezón de un borrico; el que éste rebuzne de improviso; el que agache o aguice

las orejas, basta para que la señora que lo monte se asuste y grite y para que griten y serían todas las demás. Los ginetes, y es de advertir que hay pocos ginetes que montando un burro dejan de apearse por las orejas, hacen coro a las risas de las damas y contribuyen al incesante clamoreo y a la expansión alegre que caracteriza dichas cabalgatas.

La hora y media que los expedicionarios invirtieron en llegar al pintoresco sitio en que debían pasar el día, fué lo más alegre de la jornada, pues si la condesa gritaba y reía a cada tropezón de su cabalgadura, y si Emilia, maestra en el arte de montar en burro allá en su pueblo, urgaba a éste para que respingase e introdujese el desorden en las filas, promoviendo la hilaridad, Jacinta y Remedios, tampoco se quedaron cortas en el reir. ¡Hacía tanto tiempo que no lo hacían de buena gana, especialmente la última!

Llegados a la casa, metidos los asnos en la cuadra y tomado el desayuno que bajo el ancho emparrado les aguardaba, esparciéronse todos al rededor de la casa, los unos a coger frutas, los otros a examinar las cepas para ver si había en ellas algún racimo que estuviese ya maduro, y los restantes a sentarse sobre el césped a orillas del arroyuelo que se deslizaba a corta distancia.

La mañana se pasó alegremente, sin que accidente alguno turbase la buena armonía que reinó entre todos, y la conversación general que se mantuvo durante el almuerzo, fué animada sin ser chispeante, a pesar del honor hecho a los excelentes vinos que en él se sirvieron. Remedios, hasta cierto punto desocupada, no vió en su esposo ni en la condesa nada que pudiese alarmarla: Emilia, de su parte, evitó darle motivo alguno para que volviese a sospechar de ella.

El lleno del día lo pasaron todos a la fresca protegidos por el emperrado, pero en cuanto las altas cimas de los montes situados a poniente interceptaron los rayos del sol, volvió a hacerse desbandada con objeto de hacer apetito para la hora de la comida.

Domínguez, en fuerza de estar bien, se encontraba mal: encargado de atender a Jacinta todo el día, no se hubiera cambiado por otro alguno en el mundo, y, sin embargo sufría horriblemente al tener que contener los impulsos de su corazón, que velar sus pensamientos, que amordazar sus palabras. Tenía concentrada su vida en los ojos, y aun así, tenía que bajar estos con frecuencia para que sus miradas no denunciasen el estado de su alma.

Jacinta o no advirtió nada, o no se dió

por advertida de ello, y siguió tratándole todo el día con la misma naturalidad y sencillez con que trataba a los demás y con que lo había tratado a él mismo hasta entonces: a quince o veinte pasos sobre la derecha de ellos y en la misma dirección, iban, Herminia y Guillermo hablando de París y recordando las reuniones en que una y otro se habían encontrado

—¿No le parece a usted extraño —preguntó Jacinta á Domínguez— que tan despreocupada esté Remedios?

—No durará mucho su despreocupación —le repuso Domínguez— son intermitencias de la enfermedad que padece.

—¿De su enfermedad?

—Sí, de su afección moral.

—¿Luego confiesa usted ya que existen afecciones morales?

—¿No lo he de confesar, si lo sé por experiencia? —dijo sin poderse contener.

—¿Usted?

—Yo, si señora, y si no temiera disgustar a usted, —dijo arrastrado por la pasión— le diría a usted que lo sé, porque la quiero a usted con toda mi alma.

Jacinta se detuvo, miró fijamente a Domínguez, leyó en sus ojos algo que la hizo estremecer y sonriendo luego, le dijo con dulzura:

—A ninguna mujer le disgusta agradar ni que la quieran; pero le ruego a usted que no me lo vuelva a decir.

—¿Por qué?

—Por dignidad mía y por la del hombre cuyo apellido que llevo.

—¿Es decir, que me deshaucia usted?—preguntó Domínguez con abatimiento.

—En absoluto, y no lo tome usted a agravio—le dijo Jacinta pausadamente—los sentimientos no se imponen; nacen espontáneamente en el fondo del alma, y salen, o no salen de ella, según las conveniencias y la fuerza de voluntad de cada uno: yo le agradeceré que su voluntad sea lo bastante poderosa para contener los suyos.

—Me será imposible no amar a usted,—dijo Domínguez contrariado.

—No le he exigido tanto. Comprendo lo difícil que debe ser ahogar un pasión, y sin pretender averiguar si es o no una pasión lo que usted siente por mí, me he limitado a rogarle que no exteriorice sus sentimientos en manera alguna.

—¿Es decir, que me autoriza usted a que la ame en silencio?—preguntó el joven con ansiedad.

—Tampoco: yo no puedo autorizar lo que no está en mi mano prohibir; lo único que

hago es rogarle que, si me ama, no me lo diga ni me lo demuestre en manera alguna, por conveniencia de usted y por dignidad mía.

El acento firme con que Jacinta pronunció las últimas palabras, debió convencer a Dominguez de que no debía insistir, y bajando la cabeza exclamó:

—Sera usted obedecida, y sentiría que se hubiera usted disgustado por lo que le he dicho.

—No, pero me disgustaré si reincide, puesto que ahora ya sabe usted a que atenerse.

Un grito, que pareció salir de la pequeña espesura que se extendía enfrente de ellos; sobre la derecha, puso fin a aquella conversación.

—¿Ha oído usted?—preguntó Jacinta.

—Me ha parecido oír un grito de mujer hacia la parte del matorral,—contestó Dominguez,—pero supongo que no será nada:

—También lo han oído Guillermo y Herminia, porque veo que corren hacia allá; sigámosles.

En efecto, la condesa y Guillermo corrían en dirección al matorral, pero con cierta dificultad con motivo de las hierbas y raíces que había por el suelo. De pronto Herminia, que iba delante, se detuvo, vaciló y, girando sobre la derecha, hubiera caído en tierra, a no acu-

Infierno de los hombres.—12

dir a ella prontamente Salazar que la recibió en sus brazos: se le había enganchado el vestido en una rama.

Un segundo grito, más agudo, más penetrante, más desgarrador que el primero, detuvo la marcha de Jacinta y de Domínguez, Remedios, pálida y con el semblante desencajado, acababa de salir del matorral y miraba con los ojos fijos el grupo que en aquel instante mismo formaban la condesa y Guillermo al caer aquella, y recibirla éste en sus brazos. Remedios se cubrió los ojos con las manos, y un momento después cayó en el suelo sin sentido.

Los cuatro acudieron aceleradamente a socorrerla y, levantándola del suelo, la llevaron a la casa, en la que Domínguez consiguió reanimarla haciéndole aspirar vinagre y rociándole el rostro con agua fresca. Todos menos Herminia comprendieron la causa del síncope, causa inocente debida a la fatalidad, y temblando por las consecuencias, dijo el doctor a la condesa:

—Dejemosla ahora con su esposo y su amiga: nosotros estorbamos.

—¿Lo cree usted así?—preguntó la condesa. Si señora y ruego a usted que venga conmigo al emparrado: tenemos que hablar.

La condesa siguió a Domínguez.

—Señora—le dijo éste—una desgraciada casualidad ha hecho que la señora de Salazar que es muy celosa, la haya visto a usted en los brazos de su marido, sin haberse podido percatar, como la señora de Welt y yo, de la causa de ello, causa involuntaria y de todo punto inocente.

—Mi vestido desgarrado es una prueba de ello,—replicó la condesa.

—Será nube que se deshará pronto, pero entre tanto he debido de evitar la presencia de usted en la habitación en que están.

—Ha hecho usted bien, y deploro el incidente: pero dígame usted ¿á que ha obedecido el otro grito que dió antes?

—No lo sé, y por cierto que también lo oímos la señora de Welt y yo, y que por eso aceleramos el paso.

El primer grito de Remedios había sido por causa más grave que el segundo, según van a ver nuestros lectores.

Remedios iba con Labastida, y éste, gozoso más que nunca al saber que Remedios y su marido irían a visitarlos el martes, decía:

—Me alegro, porque así conocerán ustedes mejor a mi mujer: es algo voluntariosa, como toda mujer cuando sabe que se la quiere, pero en el fondo es un ángel, y si no fuese porque aun conserva algún ligero resabio de las cos-

tumbres y modo de hablar de su pueblo, sería una mujer perfecta.

—Lo mismo creo yo—dijo Remedios pero ese ligero resabio se le quitará muy pronto: lo esencial en la mujer es que sea virtuosa y buena.

—Buena y virtuosa lo es a carta cabal: le respondo a usted de... ¡¡Ah!!

Allí enfrente de ellos, a unos treinta pasos de distancia y semi-ocultos entre las adelfas, Tamarit y Emilia, agenos de que pudieran ser vistos, sellaban su amor, dulcemente abrazados, con apasionados veso.

Al oir la exclamación de Germán, los dos amantes se desprendieron, y Tamarit se colocó delante de Emilia como para protegerla. Labastida abanzó resueltamente hacia él. Entonces fué cuando Remedios lanzó su primer grito y retrocedió corriendo con objeto de pedir socorro.

¿Qué fué lo que pasó después? Lo diremos en cuatro palabras.

Labastida llegó hasta donde estaban Tamarit y su mujer, y dijo al primero con voz alterada:

—Necesito una explicación.

—La creo inútil—le contestó Tamarit—puesto que me has cogido *infraganti* abrazando a tu mujer.

—Ese abrazo te costará la vida.

—Estoy a tus ordenes.

—En cuanto á esa infame...

—Esta señora—dijo Tamarit con entereza—hará lo que disponga el que de nosotros sobreviva; en tanto, te ruego que no la ofendas.

—Sea, pero que se vaya y no la vuelva a ver en mi vida. Acaba de destruir en un momento toda mi felicidad y de convertir para mí la tierra en un infierno.

Tentado estuvo Tamarit por decir que para él le había convertido en un paraíso, pero se guardó bien de hacerlo: en el fondo, estaba pesaroso de lo que ocurría: hubiera deseado seguir siendo feliz en los brazos de Emilia, pero sin causar la desesperación de su amigo.

—¿En qué quedamos?—le preguntó a Germán.

—En que nos batiremos mañana.

—Conforme; pero como a estas cosas se les debe dar la menor publicidad posible, creo que con un testigo cada uno tenemos bastante, y esos pueden serlo lord Welt y el coronel Rocamora.

—No tengo inconveniente en ello: elije el que quieras.

—Me es igual: el coronel.

—Le hablaré al lord para que esta noche se

pongan de acuerdo: adios — y volviendo la espalda se dirigió hacia la casa.

—¿Tú—dijo Tamarit a Emilia—quieres seguirme si salgo en bien, o quieres marcharte con tu familia?

—Yo no quiero separarme de tí.

—En ese caso, y para evitar el mal papel que harías aquí, te vas a marchar en seguida a San Sebastián; arregla un baúl con lo más preciso, vete a la estación y toma el primer tren para Vitoria, en donde me esperarás. Yo pondré a tu disposición dentro de un instante, dos caballerías y un criado para que te acompañen. Ven y te colocaré junto al camino. ¿Necesitas dinero?

—Tengo dos o tres mil pesetas.

—Si mañana a la tarde no estoy en Vitoria o no tienes carta mía, sigue hasta tu casa, porque será señal de que he muerto.

—No, tu no morirás—dijo con acento de seguridad Emilia.

—¿Por qué?

—Porque no quiero yo que mueras.

—Tampoco quiero yo morir, por no perderte. Vamos—y los dos se dirigieron hacia el camino atravesando matorrales.

Excusado es decir que el regreso de la expedición fué triste.

XIX

Cabos sueltos

La complejidad de los acontecimientos y su simultaneidad, apenas nos ha permitido darlos a conocer, y casi no hemos hecho más que enumerarlos: antes, pues, de seguir adelante en nuestra historia, debemos atar los cabos sueltos para la mejor inteligencia de nuestros lectores.

Cuando Remedios volvió en sí de su desmayo y recuperó el conocimiento, asistida por su esposo y por Jacinta, no supo, por el momento, darse cuenta exacta de lo que le había ocurrido: los oídos le zumbaban aún, le hormigueaba la sangre por todo el cuerpo, y le parecía tener como un velo delante de los ojos.

Insensiblemente, y a medida que fueron desapareciendo aquellos fenómenos propios del entorpecimiento en la circulación de la sangre, fué recobrando la memoria, y, al fijarse entonces en su marido, contrajo el semblante, y con voz que parecía un rugido, le dijo:

—Vete: no te quiero ver: quitate de mi presencia.

—Ten calma, Remedios—le dijo Jacinta cariñosamente—la fatalidad ha hecho que juzgues mal a tu marido, pero cuando sepas la verdad de lo que ha pasado, te convencerás de que no ha habido motivo para ello.

—Es un infame, un vil—exclamó Remedios fuera de sí.

—Váyase V., Guillermo—le dijo Jacinta—yo me encargo de convencerla: entre tanto, su presencia de V. aquí es contraproducente.

Guillermo convencido de la verdad de lo que decía Jacinta, salió de la habitación abatido y contrariado.

—Ya se fué—dijo Jacinta—recobra tu tranquilidad por un momento y escúchame, que te conviene.

—No intercedas por él—exclamó Remedios con acento lúgubre—no intercedas por él, porque hasta llegarás a hacer que dude de tí.

Jacinta sonrió amargamente ante aquella injuria, y le replicó:

—Bien: haré lo que tú quieras para no incurrir en tu desagrado y para evitar ofensas que no merezco: creía que nuestra amistad estaba por encima de tus celos: veo que me he equivocado.

Remedios pareció dulcificarse ante la amargura de Jacinta; y al observar los ojos de

ésta bañadas en lágrimas, le asió cariñosamente ambas manos, y le dijo sollozando:

—Perdóname: conozco que te he ofendido, pero !soy tan desgraciada!

Jacinta la abrazó con ternura, la besó en la frente, y, adoptando táctica distinta, la dijo dulcemente:

—Desde el momento que no has querido ofenderme, nada tengo que perdonarte. Cuéntame lo que has visto, por penoso que te sea, y luego te diré lo que hemos visto Dominguez y yo, que tal vez será lo mismo.

—¿Lo que yo he visto?... pues bien, escucha: Iba yo con Labastida algo adelante de vosotros, y me hablaba él de la virtud y de las prendas angelicales de su mujer, cuando de pronto descubrimos a ésta entre un grupo de adelfas abrazada a Tamarit y besándose ambos; la impresión que aquello me causó fué indefinible, pero cuando ví que Labastida, lanzando una exclamación corrió hácia ellos, presentí una desgracia, exhalé un grito, y retrocedí corriendo para pedir socorro. En aquel estado de ánimo, me encontré de repente, al salvar un matorral, con que Guillermo tenía en sus brazos a esa condesa que Dios confunda y que debió ser su querida en París, y... no se lo que después ocurrió, porque sentí un

dolor agudísimo en el corazón y perdí el conocimiento.

Jacinta quedó altamente sorprendida de aquel relato.

—¿Dices que sorprendistéis a Tamarit y a la conde abrazados y besándose?

—Sí.

—¿Estás segura de ello?

—Completamente.

Jacinta reflexionó un instante, y luego dijo:

—Bien: dejemos eso y vamos a lo que más nos importa. También vimos nosotros a la condesa en brazos de tu marido, pero como nosotros íbamos cerca de ellos y a su vista, conocemos lo que tu ignoras, conocemos la causa que no fué una liviandad como tú supones, sino un accidente: Herminia tropezó, se le enganchó el vestido en una rama, iba a caerse, y tu esposo lo evitó asiéndola por la cintura.

—¡Que coincidencias!—exclamó Remedios sin dar crédito a su amiga.

—Te lo juro que es la verdad y si dudas de mí, pregúntaselo a Domínguez.

—¿Para qué, si os habréis puesto ya de acuerdo?

—¿Para engañarte?

—Sí, para engañarme, llevados del buen deseo de aliviar mis penas.

—Te equivocas: ya te dije en otra ocasión que el día que me convenciese de que Guillermo te era infiel, te lo diría para que te separases de él, o te resignaras con tu desgracia.

Remedios movió tristemente la cabeza en señal de duda y replicó:

—Si me quisieras menos, tal vez te creería, pero tu gran amistad y tu gran ingenio, son capaces de inventar la fábula más difícil para hacerme creer que el día es noche y la noche día.

—No hay peor sordo que el que no quiere oír—le replicó Jacinta verdaderamente apenada—Sigue, pues, en tu error, pero te suplico que disimules y no hagas que tengamos hoy un disgusto más. Tu desmayo puede haber sido originado por la impresión que te produjo la actitud de Labastida; haz, por lo menos, que así lo crean todos.

—No se si lo podré hacer—contestó Remedios.

—Inténtalo al menos: sé mujer de mundo, ya que tu cabeza obstinada se niega a admitir la verdad de lo ocurrido.

Remedios, haciendo sobre sí un esfuerzo violentísimo, pudo dominar los sentimientos de su corazón y los arrebatos de su mente en

el resto del día, pero esquivó hallarse un momento a solas con su marido, y no contestó sino con monosílabos a las palabras de éste.

Emilia esperó en el sitio en que la dejara Tamarit, la llegada del criado con las dos caballerías, y acto seguido se encaminó a San Sebastián y entró en su casa. Aunque seria, no revelaba su semblante tempestad alguna en su alma.

—Ayúdame, Nicanora—dijo a su doncella—vacía ese mundo, pero pronto; vuélcalo si es preciso.

—¿Qué ocurre, señora?—le preguntó la doncella obedeciéndola.

—¿A qué hora sale el tren para Madrid!—dijo sin contestarle.

—A las cuatro y minutos.

—Son las tres y cuarto; tenemos tiempo. Toma; ve colocando eso ahí—y empezó a darle ropa blanca, y luego dos o tres vestidos, guantes, abanicos, etc.

—¿Nos vamos?—se atrevió a preguntar Nicanora.

Sí.

—¿Por mucho tiempo?

—No lo se, y no me preguntes más: arregla ahora tu baúl, y busca en seguida un coche para que nos lleve a la estación.

—¿No esperamos al señor?

—No; vete.

Emilia abrió uno de los cajones de su cómoda y sacó de él un fajo de billetes de banco: eran sus economías.

—¡Cerca de tres mil pesetas! —dijo después de haberlos contado.—Tengo bastante; esto es mío.—Luego recogió sus halajas y las metió en un saquito de noche, diciendo:—También esto me pertenece. No dirá que me llevo nada de lo suyo.

Media hora después se metió con su doncella en un coche y se dirigió a la estación donde tomó el tren para Vitoria. Cuando Germán llegó a su casa, a eso de la oración, supo por la cocinera que su mujer y Nicanora se habían marchado.

—Ha hecho bien en irse—exclamó Germán para sí.—De haberla encontrado aquí fácil es que no me hubiera podido contener y que la hubiera estrangulado—luego se encerró en su cuarto, se sentó junto al velador, apoyó en él los brazos, dejó caer sobre ellos la cabeza, y empezó a sollozar como un niño.

¡Pobre Germán! triste, desconsolado, con el alma desgarrada, lloraba sobre la tumba de sus muertas ilusiones.

Herminia, causa involuntaria de los graves acontecimientos del día, pero acostumbrada a intrigas y enredos de aquella clase, no

dió a ellos más que una importancia relativa y, aprovechando el último tren, se restituyó a Biarritz con su parienta, que todo el día lo había pasado con los niños de Salazar en compañía de lord Welt y del coronel Rocamora.

Jacinta acompañó a Remedios hasta las once de la noche, hora en que se fué con su marido al yate, persuadida de que la enfermedad de su amiga era de las que no tenían cura.

—¡Qué lástima!—dijo—¡tan buenos como son los dos!

XX

Tras de... lo uno, lo otro

Lord Welt y el coronel Rocamora habían aceptado el encargo que respectivamente les dieran Tamarit y Labastida, los cuales no les ocultaron la verdadera causa del desafío y su propósito de celebrarlo en la mañana siguiente, sin más testigos que ellos ni otro médico que Domínguez, con el objeto de que el hecho no tuviera publicidad ni pudiera ser estorbado por las autoridades.

De tal naturaleza era aquel, que ni el lord ni el coronel se atrevieron a intentar la reconciliación, ni atenuar las condiciones propuestas por el agraviado, y ambos convinieron en que el duelo se verificase a pistola, a veinticinco pasos de distancia, y disparando alternativamente hasta que uno de los dos quedara fuera de combate.

También aceptó Domínguez su encargo, pero como no ejercía tuvo que adquirir aquella noche un estuche quirúrgico, vendas, hisas, en fin, todo cuanto creyó necesario para el desempeño de su cometido.

—Tengo que pedirte un favor—le dijo Tamarit cuando aquél regresó a la fonda.

—Habla—le dijo Domínguez.

—Que si mañana, por desgracia, me matara Germán, tomes uno de los trenes que pasan por Vitoria, busques en dicha ciudad a Emilia que estará en alguno de los hoteles más próximos a la estación, y le digas que se vaya a su pueblo con sus padres.

—Serás complacido ¿y si te hiere únicamente?

—En ese caso, ya te diré lo que debes hacer, si es que no puedo hacerlo yo.

El duelo se verificó a las cinco de la mañana siguiente, tal como estaba concertado: al quinto disparó cayó Labastida con el hom-

bro derecho atravesado de un balazo: los padrinos dieron por terminado el desafío.

Tamarit fué el primero en correr en auxilio del herido, y pudo llegar junto a él al mismo tiempo que los testigos y Domínguez; pero Labastida le hizo con la mano izquierda señal de que no le tocara, y le dijo con seriedad, pero sin acrimonia:

—Vete.

Tamarit, visiblemente contrariado, bajó la cabeza y se alejó.

Domínguez desgarró las ropas de Labastida; examinó con rapidez la herida; vió que la bala había hecho dos orificios, uno de entrada y otro de salida; aplicó en ellos fuertes compresas empapadas en percloruro de hierro para contener la hemorragia; las sujetó con dos vendajes que a prevención llevaba, y ordenó la conducción del herido a uno de los carruajes que allí los habían llevado.

—¿Es cosa grave?—le preguntó el coronel.

Sí; pero no creo que sea mortal de necesidad.

—¿A donde cree V. que le debemos llevar?

—A su casa.

—¿Cree usted que su mujer le asistirá bien?

—Su mujer no está ya en San Sebastián: se marchó ayer mismo.

—¡Ah...! en ese caso le asistiré yo.

—Le cuidaremos entre los dos, y si hiciese falta otro médico, lo enviaríamos a buscar.

Domínguez se metió en el coche en que iba el herido, dió las señas de la casa de éste y mandó al cochero que llevara el caballo al paso y que evitara los baches y las piedras del camino: lord Welt, Tamarit y Rocamora tomaron el otro carruaje y se adelantaron para no despertar sospechas. Llegados a casa de Labastida, despidióse Tamarit del lord y del coronel, dando a aquél las gracias por el servicio que acababa de prestarle y rogándole que lo despidiese de su señora, toda vez que, después de lo ocurrido, creía prudente, alejarse de San Sebastián.

Una vez desnudo Germán y colocado sobre su cama, Domínguez, auxiliado por el lord y por el coronel, le quitó los vendajes, le levantó las compresas, lavó la herida, la sondeó con minucioso cuidado, operación que el herido sufrió con entereza, y le hizo la primera cura en toda forma.

—No creo que haya habido fractura ni lesión de ningún nervio importante, y si así es, la curación no será larga—dijo Domínguez—pero necesito confirmación de mi pronóstico.

—¿Quiere usted que mi médico le ayude? le preguntó lord Welt.

Infierno de los hombres—13

—Si la fiebre me denuncia alguna complicación o mayor gravedad de la que supongo, si señor; de lo contrario no. De todos modos, doy a usted las más expresivas gracias en nombre del herido y en el mío.

—¿Juzga usted útil para algo mi presencia aquí?

—Por ahora, no: el coronel y yo alternaremos en la asistencia del enfermo, y, en todo caso, haremos que venga una hermana de la caridad.

—Quizá fuera eso lo más conveniente: las mujeres son más apóspito que los hombres para asistir enfermos.

—Y para seducirlos también—dijo Domínguez inconscientemente y con suprema amargura.

Ni el coronel ni el lord comprendieron la verdadera significación de aquellas palabras: verdad es que el caso se prestaba a darles otra significación distinta.

—Me retiro; hasta la tarde—dijo lord Welt.

—Váyase usted también, coronel—dijo Domínguez—yo empiezo el turno: venga usted de seis a siete, después que haya comido: si algo ocurriera, le avisaría.

—¿No cree usted que puede necesitar me para nada?

—No.

—En ese caso, me voy con el lord. Hasta luego.

—Adios señores.

Los dos viejos se marcharon, y Domínguez se quedó a solas con el paciente y con sus propios pensamientos, no menos punzantes que la herida que retenía en el lecho a su amigo Germán.

—Para las heridas del cuerpo—murmuró—hay médico y hay medicinas ¿pero qué medicinas ni que médico hay que curen las heridas del alma?

En el curso de la mañana recordó la observación de lord Welt y, considerándola oportuna y acertada, llamó a la cocinera y le dijo:

—Convendría que buscara usted una hermana de la Caridad para que le ayudara en el cuidado y en la asistencia del enfermo.

—Como usted guste.—le contestó aquella.

—Búsquela usted y tráigala, advirtiéndole que se le pagará con largueza.

—Está muy bien.

A las cuatro de la tarde entró la cocinera en la habitación en que había instalado Domínguez su botiquín y dijo.

—Está usted servido y ahí fuera está la enfermera que usted me ha mandado buscar.

Era ésta una mujer como de sesenta años, con el rostro flaco y descolorido, pero con la fi-

sonomía simpática, unode esos seres abnegados que se imponen la misión de sacrificar su existencia en pró de la existencia de los demás.

Domínguez la instruyó convenientemente acerca de cuanto tenía que hacer, y luego le dijo:

—No estarán usted ni Dorotea, que así se llamaba la cocinera, mucho tiempo solas, porque otro amigo mío y yo, alternaremos también en el cuidado del paciente; pero ya no será lo mismo que si estuviéramos solos, y podremos almorzar y comer en el hotel a las horas de costumbre.

La hermana se sonrió dulcemente y dijo:

—Los viejos dormimos poco, de suerte, que pueden ustedes molestarse lo menos posible, y en cuanto a asistencia esmerada, les respondo a ustedes que la tendrá el enfermo.

Domínguez no esperó a que el coronel le relevase, y a eso de las seis salió de la casa, pero en vez de dirigirse al hotel, se encaminó al muelle, y en él se detuvo más de una hora contemplando desde lejos el yate en que suponía que estaba Jacinta. Cuando llegó a la fonda, acababa de salir de ella el coronel.

Este llegó a casa de Salazar y fué introducido por Dorotea en la habitación de Germán, que aunque débil por la sangre perdida, apenas había podido conciliar el sueño alguno

que otro rato, atormentado por sus dolores morales y físicos.

—¿Cómo se encuentra usted?—le preguntó Rocamora.

—Demasiado bien—contestó Germáu—hubiera querido haber muerto ya, para no sufrir lo que sufro.

—Paciencia y resignación, amigo mío.

—Y no es la herida lo que más me atormenta—murmuró el paciente—sino el pensamiento, y, sobre todo, cierta clase de pensamientos.

—Procure usted no pensar.

—Eso se dice muy fácilmente; pero...—y luego, como si pensara en voz alta, exclamó con acento amargo:—Acertado estuvo el que llamó pequeños evangelios a los refranes. ¡Tras de... *lo uno*, lo otro!—y suspirando profundamente cerró los ojos y quedó como sumido en el sopor del sueño.

XXI

¡La última ilusión!

Como el reposo absoluto del paciente había sido una de las principales prescripciones facultativas, el coronel se retiró de puntillas, y,

atravesando la sala, fué, a sentarse en el gabinete opuesto, que era el en que Domínguez había colocado las hilas, los vendajes y los instrumentos de cirujía, y echado en una marquesita, pensó en la triste situación de Labastida, traicionado por su mujer y gravemente herido por su rival, y en la crisis que atravesaba el espíritu de Domínguez, al que suponía realmente enamorado de Jacinta, es decir, un imposible.

Más de un cuarto de hora llevaba sumido en sus reflexiones, cuando le sacó de ellas el vago rumor de unos pasos, que, sin el profundo silencio que allí reinaba, no hubiera podido percibir: eran de la hermana de la Caridad que había entrado en la sala y se acercaba a la habitación del enfermo.

El coronel que no sabía que Domínguez la hubiera mandado a llamar, lo presumió al oír pasos de mujer y, levantándose de la marquesita, se dirigió al salón con el doble objeto de saludarla y de enterarse de las prescripciones del doctor. Al ruido que hizo, volvió la hermana la cabeza y ahogando un grito, exclamó:

—¡Guillermo!

—¡Amparo!—exclamó a su vez el coronel inmovilizado por la sorpresa.

¡Gracias, Dios mío!—dijo la enfermera con voz conmovida elevando la mirada al te-

cho de una manera seráfica—Gracias, por haber escuchado mis ruegos.

—Ven, ven —le dijo el coronel con acento conmovido—no conviene que interrumpamos el descanso del paciente. Ven, siéntate aquí, y hablemos.

Amparo obedeció: sus ojos contraídos por la edad, estaban llenos de lágrimas.

—Habla, Amparo; dime que ha sido de tu vida en estos últimos nueve años; dime por qué viste ese hábito.

Amparo bajó la cabeza y cruzó las manos, como si estuviese orando: luego, lanzó un suspiro y fijando sus ojos en los del coronel que la miraba con ansiedad, dijo pausadamente:

—Dios lo ha querido, sea: cúmplase su voluntad. Escucha, Guillermo: Cuando cambiamos nuestros retratos y nos despedimos en Zaragoza, creí yo, que, nuestro amor flotaba sobre la miseria de nuestros cuerpos, y que aún podíamos ser felices no viéndonos sino en los retratos que marcaban la edad más esplendorosa de nuestra vida. ¡Error lamentable! nuestro encuentro casual en la estación había sido nuestra desgracia y su recuerdo estaba llamado a perturbarnos siempre. Luché, luché lo que no es decible por olvidarlo, pero inútilmente; aquel recuerdo, que era para mí la muerte de

mis ilusiones, como debió de serlo para tí, se sobrepuso a todos los esfuerzos y acibaró todas las horas de mi existencia. Contrariada, intranquila, deseosa de la paz del alma, ingresé en las Hermanas de la Caridad por cinco años con destino a la asistencia de enfermos, y Dios, misericordioso conmigo, ha trocado en dulce y grato recuerdo. el recuerdo abrumador y candente que abrasaba mi espíritu y consumía mi ser, y cuando sentí en mí el cambio operado, y cuando estuve segura de que el amor había muerto en mi pecho siendo sustituido por un cariño fraternal, importuné a Dios de nuevo rogándole que no me privara de la vida, sin haber tenido antes el gusto de volverte a ver. Esa es toda mi historia de estos últimos nueve años.

¿Y no sufres ya?—le preguntó el coronel.

—No: desde que, fijos los ojos en las tristes realidades de la vida, huyeron de mí las engañosas ilusiones que flotaban en mi espíritu, no gozo, pero tampoco sufro; soy uno de los mejores seres que vejetan sin pena ni gloria como vulgarmente se dice, y sin otro afán que el que acaba de otorgarme Dios en este momento solemne. ¿Y tú?

—Yo—repuso el coronel—he sido más feliz, y más desgraciado que tú. Mis ilusiones han persistido hasta hoy, y cuando el recuer-

do de nuestra última entrevista, venía a borrarlas, lo ahogaba en cerveza y lo hacía desaparecer. Ahora — añadió el coronel con suprema amargura — ahora, creo que eso me será ya imposible.

—No lo sientas, Guillermo, no lo sientas: a tí te sucederá lo que me ha sucedido a mí. Con tu última ilusión desaparecerá el amor que aún arde en tu pecho, y surgirá en éste, como ha surgido en el mío, un afecto dulcísimo, un afecto fraternal, que no necesita de ilusiones para existir, un afecto que se adapta a las realidades de la vida y que no nos tiene en constante tensión el espíritu.

—Quiera Dios que aciertes, Amparo, y que, al perder el resto de mis ilusiones, halle como tú, la tranquilidad del espíritu, la paz del alma, y no se convierta la vida en un infierno perpétuo para mí.

—No lo temas, Guillermo: nuestro encuentro de hoy ha sido providencial.

—También lo fueron los anteriores.

—No: aquellos fueron casuales, y si la Providencia tuvo parte en ellos, debió ser para hacernos sufrir un purgatorio, antes de concedernos esa tranquilidad del espíritu y esa paz del alma que yo disfruto en este momento, y que tú disfrutarás en breve.

El coronel inclinó la cabeza sobre el pecho



y se quedó profundamente reflexivo. Un mundo de recuerdos y de ideas se agolpó a su imaginación; por su mente desfilaron en confuso desorden los cuarenta y tres últimos años de su vida, sobre cuyos múltiples y variados accidentes había flotado hasta entonces una ilusión consoladora.

La sangre, que ya circulaba perezosa por sus venas, dejó de golpear sus sienes: poco a poco sintió que el desfallecimiento se apoderaba de su corazón, y que un punzante escalofrío invadía su cuerpo y su alma...

La última ilusión del coronel había quedado desvanecida para siempre.

XXII

La explosión

Habían pasado más de treinta horas desde que Remedios volvió en sí de su desmayo, y aun no le había dirigido una palabra a su marido ni contestado a ninguna pregunta de éste. Seria, taciturna, con la mirada fosca y el rostro contraído, ni siquiera lloraba: tan fuerte y tan honda era la tempestad que rugía en su pecho.

Jacinta le había escrito diciéndola que no

la esperase, porque su esposo, que apenas había dormido la noche anterior, se sentía ligeramente indispuesto y se había acostado por prescripción de su médico. Las niños jugaban en la terraza con los de otros huéspedes.

Remedios estaba sentada en una mecedora junto al balcón: Guillermo, entristecido y meditabundo paseaba de un lado a otro de la sala con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja; el mutismo de su mujer le tenía desasosegado inquieto.

—¿Quieres —dijo parándose de pronto— que vayamos a dar un paseo?

Remedios ni pestañeó siquiera.

—Vamos, hija, no seas así—le dijo con acento dulce y persuasivo—¿no ves que me estás haciendo sufrir lo que no es decible?

Remedios por toda respuesta, le miró de una manera feroz y luego separó de él los ojos con gesto despreciativo.

—Hay que dejarte por imposible—exclamó Guillermo contrariado.

—A tí, si que hay que dejarte por imposible, infame—rugió Remedios—eres un villano y no mereces más que el desprecio.

Salazar respiró con fuerza y movió tristemente la cabeza.

—¿Por qué te callas ahora, dí, por qué no contestas?

—Porque no te quiero faltar en lo más mínimo.

—No, si tú no me faltas nunca; si lo que haces es sobrarme.

—Hija, si te sobro, me iré.

—¿Conque te iras? ¿a buscar a la francesa, no es cierto?

—A cualquier parte donde no éste de sobra como aquí.

—Eres un monstruo: vete donde quieras: preferible es que te vayas a que les des a tus hijos el ejemplo que les estás dando.

—Por Dios Remedios, no desatines; pueden oírte, y...

—¿Y que me importa que me oigan, si todo el mundo sabe que tengo razón, que eres un mal padre, un mal esposo, un...

—Remedios, por Dios, no me enciendas la sangre de ese modo: ten prudencia al menos; que no digan que somos unos locos.

—El loco eres tú, y no será difícil que tus locuras acaben por volverme a mí también el juicio. Mentira parece que a los treinta y dos años te hayas desenfrenado de esa manera.

—Lo que parece mentira—le replicó Guillermo procurando tener resignación—es que uno mujer de talento como tú, se ciegue de

tal modo, y se ponga tan en ridículo al poner en ridículo a su marido.

¡Oh, si! nosotras somos muy ridículas cuando no os dejamos hacer vuestros caprichos, cuando velamos por nuestra honra, cuando defendemos el nombre y el porvenir de nuestros hijos: lo que no es ridículo es ser un libertino, un calavera, un canalla!

Guillermo había tenido hasta aquel instante el suficiente dominio sobre si mismo para sufrir las recriminaciones injustas de su mujer, pero el apóstrofe de *canalla* le exacerbó; la sangre, que durante aquella especie de disputa, le había refluído al corazón, se le subió a la cabeza en inmensa oleada: de pálido que estaba se puso rojo como las cerezas, rechinó los dientes, cerró los puños, y con voz gutural dijo a Remedios:

—No tientes a Dios: no me pongas en el disparadero con tus injurias, porque no respondo de lo que pueda hacer.

— Pégame—le replicó ella despreciativamente—es ya lo único que te falta hacer para estar en carácter, para igualarte con la canalla; mátame de una vez y no a disgustos, como lo estás haciendo intencionalmente con el propósito de gozar luego de la libertad a tus anchas, sí, mátame.

Guillormo acabó de cegar; su paciencia y

su resignación habían llegado al último límite: la sangre que se le había subido a la cabeza lo ahogaba: zumbábanle los oídos, y todo lo veía rojo, como si ante sí hubieran extendido un velo sangriento. Fijó en Remedios su vista extraviada con expresión indefinible; lanzó de su pecho un rugido sordo; se llevó las dos manos a la cabeza como queriendo arrancar de ella un pensamiento parricida, y salió de aquella estancia con el paso vacilante del beodo y sin cuidarse de coger el sombrero. Remedios, ni siquiera volvió la cabeza para verle salir.

La tensión nerviosa en que Remedios había quedado, no cedió, como otras veces, con el decurso del tiempo. Inmóvil y rígida continuó sentada en la mecedora bajo la impresión de la escena tumultuosa que había tenido con su esposo, y de las palabras de aquél, que ella había traducido por una amenaza brutal.

A las diez y media entraron en la habitación sus hijos, y Carlitos, al no ver en ella a su padre, le preguntó:

—¿Y papá?

Ha salido—le contestó Remedios concisamente. El niño comprendió que entre sus padres había mediado algún nuevo disgusto, y no volvió a preguntar nada.

—Ya es hora de que os acostéis—les dijo

su madre, y procedió a desnudarlos: después que les dejó a cada uno en su cama, retiróse a su habitación, se desnudó a su vez, y se acostó.

Se acostó, pero no pudo conciliar el sueño: seguía en el mismo estado de sobreexcitación nerviosa, y no hizo más que dar vueltas en la cama y darle vueltas a sus embrollados pensamientos!

El reloj de la iglesia más próxima dió doce campanadas.

—Capaz es de haberse ido al teatro—murmuró Remedios—y volvió a sumirse en sus dolorosos pensamientos.

Dió la una, y Guillermo no había regresado, ó, por lo menos, no le había oído ella: el dormitorio de su marido estaba contiguo al suyo, y bien pudo haber entrado Guillermo de puntillas para que ella no lo notase. Aguzó bien el oído para escuchar, pero nada le denunció que hubiese vuelto.

A las dos empezó Remedios a intranquilizarse: sus nervios habían empezado a distenderse, y su mente empezaba a regir con más claridad. La duda de si habría vuelto o no su marido, la fué inquietando cada vez más. ¿Habría estado ella demasiado fuerte para con él? ¿Se habría propasado quizá?

A las dos y media ya no pudo resistir más

y con el pretexto de ver como dormían sus hijos, encendió la bujía que tenía sobre su mesa de noche, echóse encima una bata, se calzó las zapatillas y pasó por enfrente del dormitorio de Guillermo, dirigiendo hacia él una mirada oblicua. En el dormitorio no había nadie: la cama estaba intacta. De pronto se fijó en la percha, y vió en ella el sombrero de su esposo.

El corazón le dió un vuelco. ¿Qué significaba la presencia allí de aquella prenda? ¿Se había marchado sin ella su marido, o había regresado éste sin que ella lo hubiese oído? ¿Pero en este caso, donde estaba?

Su corazón le hizo presentir alguna nueva desgracia. Entonces recordó confusamente las últimas palabras de Guillermo y la tétrica actitud de éste, y se sintió estremecer de espanto. El cariño de la mujer se sobrepuso por completo a los celos de la esposa.

Dieron las tres, y el eco de aquellas campanadas rompiendo el imponente silencio de la noche, le pareció el fúnebre toque de agónía. No pudiendo contenerse ya por más tiempo, oprimió el botón del timbre que comunicaba con el cuarto de la doncella puesta a su servicio, y esperó.

Los minutos se le hicieron siglos; la angus-

tia la ahogaba. A los diez minutos se presentó la doncella.

—¿Que manda la señora?—preguntó.

—Averigüe usted por medio del conserje—le dijo Remedios—si ha regresado a casa el señor y a que hora.

—Está bien.

¡Ah! pregunte usted también si cuando salió anoche llevaba puesto el sombrero o no.

La doncella, a quien extrañó la comisión, no hizo, sin embargo, observación alguna, y se marchó. Un cuarto de hora después regresó diciendo:

—El conserje vió salir anoche al señor entre nueve y nueve y media y cree que no haya vuelto, dice que no se fijó en si llevaba puesto el sombrero o en si lo llevaba quitado.

—¿Está seguro de que no ha vuelto?—preguntó Remedios temblando.

—Cree estarlo, porque dice que él entró de servicio a las nueve, y que no se ha separado de la puerta para nada ni se ha dormido.

La seguridad del conserje y la presencia del sombrero en la percha aterraron a Remedios: su angustia no tuvo límites: quiso llorar y no pudo; se le contrajeron los nervios, y cayó en tierra presa de una fuerte convulsión. La doncella, asustada, corrió a avisar a Do-

mínguez que sabía que era el médico de su señora.

El accidente revistió caracteres de rebeldía y no pudo ser dominado hasta las cinco de la mañana. A dicha hora, ni había regresado Guillermo, ni se había logrado tener noticia alguna de él.

Domínguez, preocupado, escribió a lord Welt la siguiente carta, que hizo que le llevaran en seguida:

«Mi distinguido amigo: Anoche entre nueve y diez, después de un altercado con su esposa, salió de casa nuestro amigo Salazar, y aún no ha regresado, al parecer se marchó sin acordarse de cojer el sombrero: me temo una desgracia,

»Remedios ha sufrido un fuerte ataque nervioso que le ha durado dos horas y que le repetirá sin duda.

»Creo conveniente que se vengán ustedes a consolarla, y en previsión de cualquier contingencia funesta.

»De usted con la consideración más distinguida».

Luis Domínguez.

XXIII

Arrepentimiento.

Veamos lo que había sido de Salazar.

En tal estado de desesperación le habían puesto las inmerecidas injurias y el desdén despreciativo de su mujer, a quien él tanto quería, que al salir a la calle no se percató de que iba sin sombrero: la fresca brisa de la noche no disipó, ni aminoró siquiera, el golpear de la sangre en sus sienes: cegada su inteligencia por la fuerza de la sangre, dejóse arrastrar por el impulso de ésta.

La vida se le había hecho imposible, se había convertido para él en un martirio constante, en un infierno horrible. Al salir del hotel llevaba la idea fija de librarse de aquella carga abrumadora que ya no podía soportar por más tiempo. Ni por un instante acudió a su imaginación el recuerdo de sus hijos, para él ya no existía el mundo, no existía más que la idea de muerte redentora.

Inconscientemente dirigió sus pasos, evitando el encuentro de los transeuntes, hacia el muelle de la Zurriola: el abismo le atraía:

no sabía nadar, y su muerte sería cuestión de algunos segundos.

El sordo rumor del oleaje le hizo acelerar el paso, como si temiese que alguien le siguiera é intentara detenerlo; nada hay tan impulsivo como la obsesión de la muerte. A medida que se acercaba, parecía acrecer dicho temor y ser mayor el impulso: cuando divisó el agua, cuando hirió sus inyectados ojos la fosforescencia de las olas, emprendió una rápida carrera: su mente había dejado de regir en absoluto. Llegó al borde de las rocas, y se precipitó en el mar de cabeza.

Pero Dios había dispuesto que Guillermo no muriese por entonces. Tres marineros que en un bote pasaban no lejos de allí, le vieron lanzarse al agua, y juzgando instantáneamente que se trataba de un suicidio, acudieron con prontitud, y con el bichero lograron asir a Guillermo por las ropas, cuando el contraimpulso natural de su cuerpo en el agua le volvió a llevar a la superficie.

Cogiéronle entre dos y lo metieron en el bote.

—¡Calla!—dijo el que hacía de patrón—¡si es el señor Salazar.

Este había perdido por completo la noción de la existencia.

—¡Que hacemos?—dijo un marinero.

--Lo mejor de todo será llevarlo al yate para que lo vea el médico: en tanto, ponerlo boca abajo para que eche el agua que ha tragado.

—Ya está—dijeron los grumetes cumpliendo la orden.

—Ahora, manos a los remos y ¡hala! adelante.

Recordarán nuestros lectores que lord Welt estaba ligeramente indispuerto y que había tenido que meterse en cama por prescripción facultativa. Jacinta, sentada en un diván en la saleta que precedía al dormitorio de su esposo, velaba su sueño leyendo un libro.

Eran las diez y media aproximadamente.

Una de las doncellas de Jacinta llamó suavemente a la puerta. Jacinta se levantó y fué a ver lo que era, para evitar que el lord despertara.

—¿Que hay preguntó en voz baja.

—Una desgracia, señora. Acaban de traer a bordo al señor Salazar medio ahogado.

Jacinta se sobresaltó, cerró cuidadosamente la puerta y le dijo a la doncella:

—Ven.

Una vez en el salón, le preguntó.

—¿Donde está el señor Salazar?

—El doctor, al cual se avisó en el momento, ha hecho que le lleven al camarote que

suele ocupar el señor Salazar cuando duerme aquí con su señora.

Jacinta, seguida de la doncella y con manifiesta inquietud, se dirigió al camarote indicado: al llegar a la puerta se encontró con el doctor que salía de él.

—¿Que ocurre?—le preguntó.

El doctor, que era una eminencia médica, le contestó:

—El señor Salazar está grave: tiene una congestión cerebral.

—Me habían dicho que estaba medio ahogado.

—No hay nada de eso: apenas tuvo tiempo de tragar agua: es más, sin la impresión del baño, la congestión hubiera sido funesta: tal vez no existiera ya.

Jacinta adivinó con su natural perspicacia, todo lo ocurrido: y se confirmó en sus sospechas cuando los marineros le explicaron el caso.

—Convendrá avisar a Remedios—dijo.

—Creo lo contrario—replicó el médico.

Esperemos hasta mañana para conocer el resultado del tratamiento a que he sometido al enfermo, toda impresión fuerte le perjudicaría ahora: ni aún usted debe entrar a verle.

La energía con que el doctor atacó la congestión, y el baño sufrido por Guillermo,

reaccionaron a éste en pocas horas: a las dos se le descargó mucho la cabeza y concilió el sueño: a las cuatro despertó con perfecta conciencia de si mismo.

—¿Donde estoy?—preguntó.

—Entre amigos—le repuso el doctor.

—¡Ah! en el yate... ¿Y mi mujer?

—En tierra, pero vendrá pronto.

Salazar respiró profundamente.

—¿Cómo es que estoy aquí?—preguntó.

—Ya hablaremos de eso: ahora silencio y reposo.

Cuando Jacinta recibió la carta que Domínguez envió al lord, llamó al médico y le dijo:

—Vamos a tener aquí dos enfermos en vez de uno: lea usted.

El doctor leyó, y dijo tras un momento de reflexión:

—No importa que se traiga usted a su amiga, con tal de que no vea a su marido hasta que yo lo autorice.

Lord Welt despertó restablecido y respondió: Jacinta le comunicó todo lo ocurrido.

—Tu amiga acababará en algún manicomio, y hará que su marido se suicide.

—Opino de diferente manera—le contestó Jacinta—Dicen que a veces la locura desaparece merced a una fuerte impresión, y si

los celos son una locura, creo que los de Remedios desaparecerán ahora, porque la impresión que reciba ha de ser terrible, te lo prometo.

Acto seguido mandó preparar una canoa, se vistió y sin permitir que nadie le acompañara se fué a tierra. Eran cerca de las siete de la mañana cuando llegó al hotel.

Domínguez, que la esperaba, le dijo:

—Desde las cinco está anegada en llanto y en un desconsuelo horrible: cree que su marido se ha suicidado.

—Lo ha intentado al menos, pero vivió— repuso Jacinta.

—¿Dónde está?

—En el yate; ahora, déjame usted a solas con ella, hasta que yo le avise.

Jacinta encontró a Remedios hecha una Magdalena.

—¿Que tienes mujer, que tienes?—le preguntó aquella cariñosamente.

Cuando Remedios pudo hablar, le explicó con interminancias lo ocurrido, y llorando luego desesperadamente añadió:

—¡Indudablemente se ha matado!

—No, hija, no—le dijo Jacinta—está vivo a pesar de que tú has hecho todo lo posible por que se matara.

—¿Que está vivo?—exclamó la infortunada esposa con ansiedad indescriptible.

—Sí; está vivo, pero enfermo de gravedad.

—¿Que tiene?

—Congestión cerebral. y gracias a que su mismo afán por buscar la muerte, le ha salvado la vida.

—No comprendo—dijo Remedios temblando como una azogada.

—¿No? pues compréndolo para que otra vez no des lugar a ello. Tu marido, desesperado, se congestionó horribilmente, y hubiera muerto, a no haberse echado de cabeza al mar con intensión de ahogarse.

—¿Quién le salvó?

—La Providencia.

—¿Donde está?

—En el yate, asistido por nuestro médico.

La tensión nerviosa que hasta entonces había sostenido a Remedios, desapareció, y la joven cayó postrada en el lecho sollozando amargamente.

—Doctor — dijo Jacinta en tono ligero— aquí tiene usted a esta loquilla, que ahora necesita reactivos en vez de calmantes. Propínele usted lo que sea, porque me la quiero llevar a bordo.

Dos horas después, todos, menos Domín-

guez, estaban en el yate: aquél había tenido que quedarse al cuidado de Labastida.

Cuando al siguiente día el médico autorizó que los esposos se vieran, Remedios se arrojó en brazos de su marido, y entre besos y lágrimas le dijo:

—Perdóname, nene mío. Te juro que no te volveré a dar celos en la vida, ni por apariencias, ni por realidades, no quiero volver a sufrir lo que he sufrido en estas cuarenta y ocho horas:

Remedios dijo aquello de todo corazón, con todas las veras de su alma: pero ¿tendría fuerza de voluntad para cumplirlo? ¿la impresión recibida, habría sido bastante a curarla de su enfermedad?

Guillermo no lo creyó, pero demostró creerlo y devolvió a Remedios tiernamente sus caricias.

XXIV

Lasciate ogni speranza

Ocho días después de los sucesos que acabamos de narrar, el yate de lord Welt se hallaba listo para levar el ancla y hacer rumbo a Inglaterra. El médico de a bordo había aconsejado la conveniencia de que el anciano se fuera a pasar un mes a sus posesiones de Irlanda, y Jacinta había conseguido de Remedios y de su esposo que los acompañaran.

El coronel y Domínguez habían ido a bordo a despedirse de ellos: el primero parecía haber perdido en pocos días muchos años de vida.

—Ya no estamos para trotes, amigo mío— le dijo lord Welt.—La asistencia de Labastida le ha hecho decaer a usted mucho ¿por qué no se viene usted con nosotros?

—Porque le he dado al herido mi palabra de hacerle compañía hasta que pueda levantarse de la cama y salir de casa, y no quiero faltar a ella.

—¿Cómo está?

—Va mejorando visiblemente.

Domínguez, más apasionado cada vez, bus

có la manera de hablar a solas con Jacinta, y le dijo en tono suplicante:

—Tenga usted compasión de mí, y no me deje sumido en la desesperación. No pretendo que sea usted indigna del nombre de su esposo, no: mi amor es tan grande, que no concibe la bajeza ni el desconocimiento del deber, es más; si fuera usted indigna de su marido, no la creería digna de mi cariño. No quiero que me diga usted si corresponde o no al mío: lo único que deseo, lo único que le pido es que no se vaya usted sin darme una esperanza, siquiera sea remota.

—Imposible, Domínguez, de todo punto imposible—le contestó Jacinta con solemnidad —El porvenir es aún más insondable que el corazón humano, y en éste únicamente Dios puede leer con perfecta claridad. Seamos amigos y confórmese con ello.

Domínguez bajó tristemente la cabeza, y murmuró:

—Sea usted amiga mía; pero yo la amaré a usted siempre, a pesar de que me niega usted toda esperanza.

Media hora después saltaron a tierra Domínguez y el coronel y se encaminaron a casa de Labastida: de pronto detúvose aquél, y dijo.

—Siga usted, coronel, yo iré después: re-

cuerto ahora que tengo que ir a ver un amigo: será cosa de pocos momentos.

El coronel comprimió un suspiro, y se limitó a decirle:

—Tarde usted el menos tiempo posible: tiene usted que hacerle la cura a Germán.

Tan luego hubo desaparecido el coronel, Domínguez volvió sobre sus pasos y se dirigió al muelle desde donde estuvo contemplando el yate hasta que éste, después de levar anclas, hizo rumbo hacia fuera y se ocultó detrás del castillo de la Mota.

El coronel llegó a casa de Labastida, y tomó asiento a la cabecera de éste: sentíase muy fatigado.

—¿A que no sabe usted, coronel?—le dijo Germán—en que estaba pensando cuando usted llegó?

—Difícil es adivinarlo.

—Pues pensaba en que soy el más desgraciado de todos los hombres.

El coronel movió la cabeza en señal de negación.

—¿Cree usted que lo haya sido Salazar?

—Sí, Salazar lo ha sido, y tal vez sea, mas desgraciado que usted, pero aún hay otros más infortunados que él.

—¿Quiénes?

—Domínguez, por ejemplo.

—¿Por qué?

—Porque ha conocido ya que tiene alma, y lleva un infierno dentro de ella, infierno que, como el del Dante, tiene una inscripción fatal.

Lasciate ogni speranza

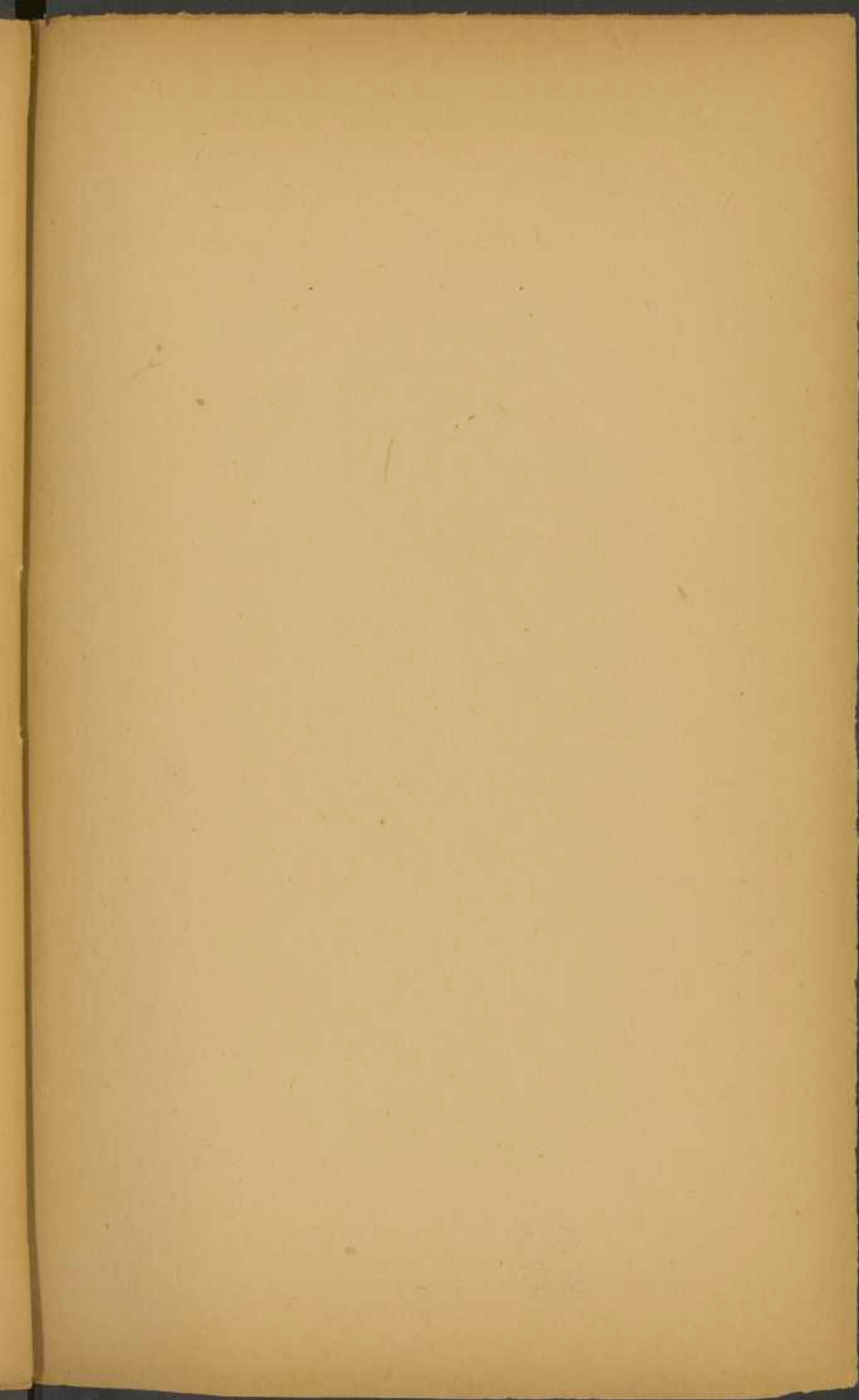
FIN

En nuestro nuevo libro que se titula "El purgatorio de las solteras", volveremos a encontrar a algunos de los personajes que figuran en esta historia.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA



2,000
intoms

- LEL



14 MAR. 2001

Biblioteca Tragi-Romántica

M. IBO ALFARO.— Malditas sean las mujeres.

I. A. Malditos sean los hombres.

» Malditas sean las suegras.

» Marina ó la hija de las olas.

» El Hada de los mares.

» El paraíso de las mujeres.

» El infierno de los hombres.

» El purgatorio de las solteras.

» Su majestad el Amor.

» La hija de las flores.

» Por qué se casan los hombres.

» Por qué se casan las mujeres.

» Por qué reinciden las viudas.

» Por qué pecan las mujeres.

» Por qué murmuran las viejas.

» Las obreras del amor.

» Las hijas del champagne.

» El collar de esmeraldas.

» Maldito sea el amor.

» La niña de los jazmines.

» ¡Viva mi novia!

» El nido de ruiseñores.

» La hija de Venus.

» Amor y martirio.

» Pasionarias de amor.

» La decadencia del amor.

» Las vendedoras de caricias.

» Arte de buscar marido.

» El novio prestado.

» La corte del Amor.

» Las Evás modernas.

» La viuda alegre.

» El sí de las niñas.

» La princesa del dollar.

Maucci Hermanos

EDITORES

Cuarta de Tacubá, n.º 40

MÉXICO

N. TOMMASI

CASA EDITORA

Lavalle, 1127-BUENOS AIRES

I. A.

EL INFIERNO DE LOS HOMBRRES

4 reales